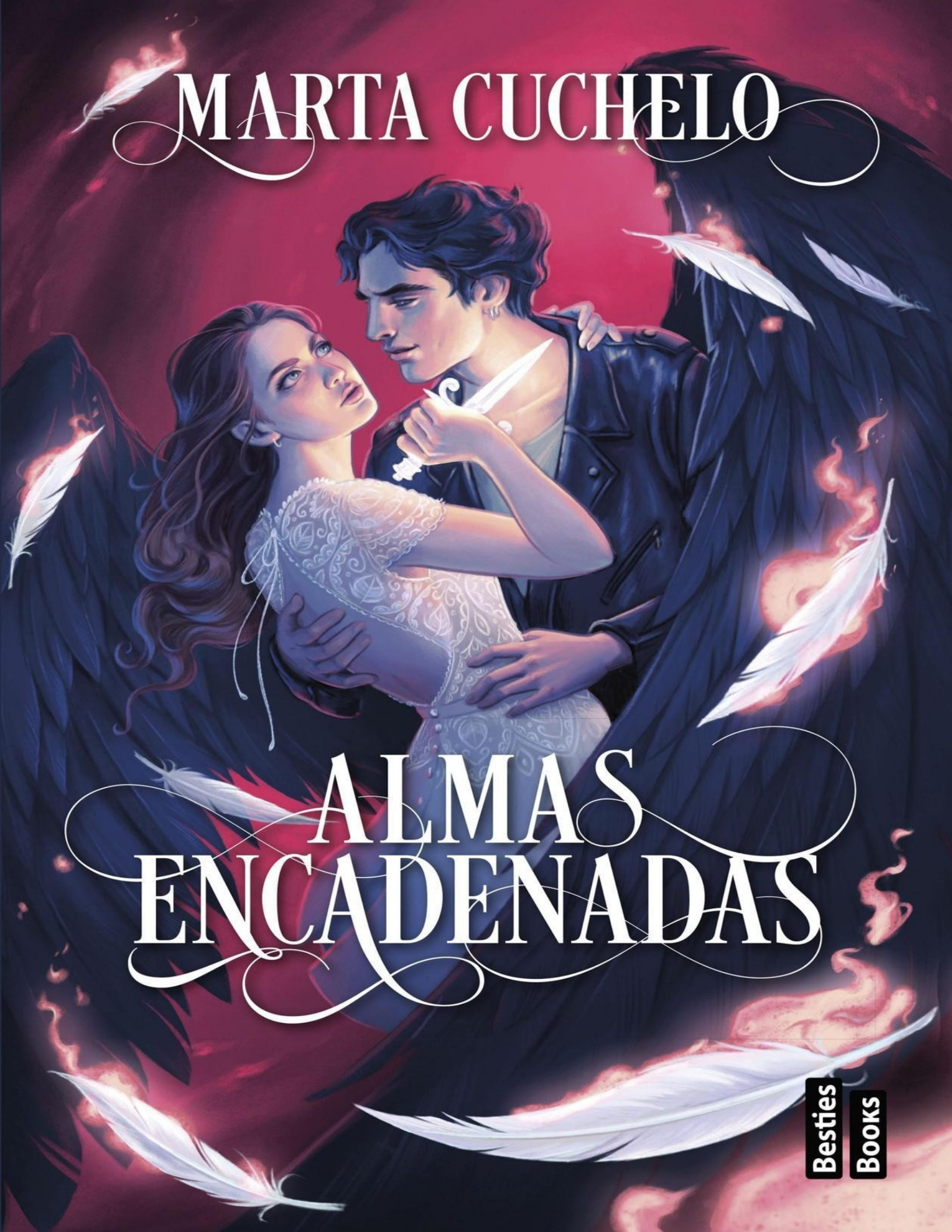




MARTA CUCHELO

ALMAS
ENCADENADAS

Besties

Books

Almas encadenadas [Equilibrio]

Marta Cuchelo

Published: 2023

Source: <https://www.wattpad.com>

¡PUBLICACIÓN!

Este es el gran anuncio que llevo guardando **1 año**:

¡"ALMAS ENCADENADAS" (antes conocido como "EQUILIBRIO") ya está a la venta en físico de la mano de MR Ediciones (editorial del Grupo Planeta)!

¡Estoy super feliz de daros esta noticia porque vais a tener a Ian y Riona en vuestras manos en su mejor versión!

Su publicación es el motivo por el que ando algo ausente de Wattpad y por el que no he podido dar fecha de las próximas historias que subiré. Este año, entre LEM y Almas encadenadas, estoy a full corrigiendo novelas, revisando maquetación y de todo. Es algo MUY bueno, pero no podía contar nada así que entiendo que algunas personas puedan haberse sentido abandonadas.

Pido disculpas por ello, pero espero que esta noticia lo compense.

Ahora os voy a enseñar de cerca la maravillosa portada que me han hecho. De verdad estoy super contenta y ni yo habría podido hacerla mejor:

La portada representa a la perfección la historia y me ENCANTA el nivel de detalle que tiene. Se ve la temática de ángeles y demonios, el enemies to lovers, la tensión entre ambos y, mi detalle favorito, se intuye que algo anda mal con el poder de Riona al ver sus plumas blancas ardiendo.

No quiero hacer mucho spoiler, pero también habrá sorpresitas en el interior ;)

Espero que a vosotros también os guste y espero que podáis conseguirla. Podéis seguirme en Instagram donde comparto todo el proceso y también fechas importantes de directos y firmas (en España).

Muchas gracias a todos los que apoyasteis esta novela, sobre todo los que lo hicieron mientras estuvo en el Programa de Pago. Sin vosotros, no estaría aquí y me alegra mucho poder dar el siguiente paso y traerla a vuestras manos.

Mil gracias a todos.

~Información importante~

¡Hola a todos!

A raíz de la publicación en físico de "Almas encadenadas" (antes conocida como "Equilibrio"), retiro los capítulos y dejo solo los primeros. El lanzamiento es el 18 de octubre del 2023 y será publicado por MR Ediciones (editorial del Grupo Planeta).

Muchas gracias a todas las personitas que leyeron esta historia y espero que sigáis acompañando a Ian, Rio, Gael y todos los demás en esta nueva etapa.

¡Muchas gracias por todo vuestro apoyo!

Prólogo

La suite estaba en lo más alto de ese hotel de vanguardia. Era un espacio abierto, con amplias alfombras, muebles de líneas rectas y superficies marmóreas. Se encontraba en completo silencio salvo por el ruido del agua al caer. Gota tras gota, creaba una composición disonante y caótica.

Al fondo, tras la cama doble, se abrió la puerta del baño y el cazador emergió de entre una nube de vapor. Acompañado por el sonido chirriante de las cadenas que colgaban de sus vaqueros, caminó hasta el minibar del salón y se sirvió una copa. Se apoyó contra la cristalera y contempló Madrid extendida bajo sus pies.

Las luces de neón sustituían el resplandor de la luna llena y las estrellas eran solo un recuerdo. En esa era de tecnología, no era ella la reina de la noche, sino los carteles publicitarios iluminados que recubrían los edificios.

Tres palabras acudían a su mente cuando la contemplaba desde las alturas: diminuta, insignificante y perecedera.

Desde su suite podía entender con claridad la frialdad del cazador al apuntar a su presa. Porque todo era tan insignificante que no merecía la pena darle importancia.

Las avenidas estaban tan alumbradas, que los ojos del cazador podían ver con la claridad de un depredador. Él sabía que en esas calles, en el interior de sus edificios, se escondían monstruos. Criaturas que pretendían controlarlo todo, y encadenar al mundo mediante reglas, moral y miedo. Deseaban moldear la sociedad e imponer su orden. Por ello existían seres como él, para purgar la ciudad y así liberar las mentes de sus habitantes.

Frustrado por no poder dar con ninguno de esos monstruos, se dejó caer en el sofá frente a la televisión. Zapeó unos minutos hasta que, hastiado, dejó el mando a un lado. Bien sabía que a esas horas de la madrugada no habría nada mínimamente interesante para distraerlo en aquella noche de insomnio.

Le echó una mirada vaga al par de pistolas que descansaban sobre la mesa esperando a ser utilizadas. Sin embargo, hasta el momento, el cazador solo había eliminado objetivos banales, no a los enemigos que con tanto ahínco buscaba.

Movió la copa realizando círculos, contemplando los cubitos de hielo dando vueltas concéntricas. El vapor ya se había condensado sobre la piel de su pecho y la luz intermitente del televisor hacía brillar las gotas de agua como si fueran diminutos cristales.

A pesar del lujo que lo rodeaba, el cazador no se sentía satisfecho. Su alma negra ansiaba algo más que comodidades y riqueza. Lo que de verdad deseaba era algo oscuro que lo consumía cada día. Y es que la venganza no es un deseo fácil de cumplir, es esquivo y se evapora entre los dedos. Daba igual a cuántos de sus enemigos asesinara, aún no era suficiente.

Guiado por aquellos lúgubres pensamientos, el joven cazador se volvió hacia la mesita para coger el móvil. Lo desbloqueó con su huella dactilar e introdujo un par de palabras en el buscador. Bajó entre los resultados hasta encontrar el que le interesaba en un periódico online. A fecha de 24 de noviembre la noticia más destacada era los misteriosos asesinatos que se habían extendido por Madrid. Asesinatos de los que él y su compañera eran responsables.

A pesar de ello, no le preocupaba lo más mínimo que las autoridades se hubieran volcado en la búsqueda de los homicidas. Ninguno de esos humanos descubriría jamás que se trataba de

ellos y, en el improbable caso de que lo hicieran, nunca podrían atraparlos. Ni siquiera podían determinar qué había matado a sus ciudadanos.

Los seres como él buscaban derrumbar ciudades como Madrid, pues solo cuando cayeran podrían resurgir de sus cenizas en todo su esplendor. Para lograrlo, debían encontrar humanos que era necesario eliminar para tambalear los cimientos de su sociedad. Hasta la fecha, él y su compañera se habían ocupado de varios cargos del cuerpo de policía así como algunos funcionarios de la alcaldía. Por el contrario, no les habían puesto la mano encima los corruptos de la sociedad madrileña.

Su último objetivo había sido Bernardo Arango, un gran empresario que colaboraba en obras benéficas y realizaba generosas donaciones, aunque no tanto como la fortuna que amasaba. Gente como él les hacía pensar a los madrileños que había esperanza en su forma de vida. Pero él y su compañera se encargarían de hacer desaparecer esas quimeras y desenmascarar la falsa y cruel sociedad.

Tan concentrado estaba en sus lúgubres pensamientos que no percibió que alguien más había atravesado el umbral de la suite hasta que la luz del salón se encendió con un suave "clic".

La figura curvilínea de su compañera quedó iluminada por la lámpara de diminutos cristales que pendía del techo.

—Estaba tan oscuro que casi tropiezo con tus cosas —se quejó.

Caminó hacia él utilizando sus altas botas de tacón para apartar la ropa tirada y los objetos esparcidos por el suelo, algunos de ellos hechos añicos.

—Si no te gusta, puedes largarte, Laura —replicó el joven sin apenas dirigirle una mirada.

Ella puso los ojos en blanco. A veces detestaba su temperamento.

—Te veo un poco sombrío —comentó mirándolo de reojo mientras se servía una copa—. Tal vez deberías salir a divertirte un poco —agregó maliciosamente.

A diferencia de él, su compañera era cruel, retorcida y amante del lujo. Lo que para él era una misión con la que estaba enteramente comprometido, para ella era pura diversión, algo que hubiera hecho aunque no fuera su deber.

—Ya me he divertido bastante —replicó mordaz y se terminó su copa de un trago—. Ahora quiero hacer aquello por lo que nos enviaron a Madrid.

La verdad era que estaba algo más que aburrido, estaba frustrado, ávido de acción. Quería dar con algo más que simples humanos, quería toparse con su verdadero enemigo. Pero no era necesario que lo dijera en voz alta, Laura lo sabía perfectamente.

—Nunca hay suficiente diversión.... —murmuró con sus labios rojos humedecidos por la bebida—. Tal vez echar un polvo te vendría bien para relajarte —le sugirió.

Ian le dirigió una mirada amenazadora:

—¿Has venido para algo en particular o solo para irritarme? —inquirió molesto por la sonrisa burlona que ella le dirigía.

—Vengo a alegrarte la vida, Ian —contestó poniendo los ojos en blanco.

—Sería la primera vez... —susurró el cazador.

—Cállate —le espetó antes de introducir la punta de sus dedos en su pronunciado escote. Tanteó unos instantes hasta lograr extraer un sobre negro que le lanzó de un rápido movimiento. Ian lo atrapó sin apenas levantar la vista haciendo uso de sus excelentes reflejos.

Era grueso y satinado, y aún estaba caliente a causa del tiempo que había permanecido en el escote de la rubia. El sello de lacre rojo estaba roto. No hizo ningún comentario al respecto; a fin de cuentas, Laura era su superior, tenía permiso para supervisarlo.

A pesar de que no había remitente, Ian sabía de quiénes procedía y se apresuró a abrirlo con

un brillo de avidez en sus ojos azules.

En el interior solo había una fotografía y un nombre escrito en el reverso, que era todo lo que un cazador como él necesitaba para encontrar a su nuevo objetivo.

Concentró la mirada en el rostro de la chica de la fotografía y lo grabó a fuego en su mente: tez clara, ojos verdes, castaña, pecas. Debía de tener dieciséis o diecisiete años. Su nombre: Riona Dávila.

Parecía que al fin tendría un reto de verdad.

Una sonrisa torcida se garabateó en su rostro y Laura puso los ojos en blanco.

—Para que luego digas que no te cuido —ronroneó—. El Tribunal la quiere muerta cuanto antes, así que no me hagas quedar mal y encuéntrala pronto —añadió antes de marcharse.

Ian no apartó la vista de la fotografía cuando contestó, aún con esa inquietante sonrisa en el rostro.

—Descuida.

Capítulo 1: el último día

Sinuoso y retorcido como la culebra que escapa del frío, el pálido rayo de sol se coló por entre las cortinas adentrándose en una habitación de paredes lilas cubiertas de posters. Los había de famosos grupos de POP y Rock que contrastaban fuertemente con las elegantes fotografías de bailarinas de ballet. Sus gráciles movimientos se adivinaban incluso a pesar de tratarse de simples imágenes estáticas, congeladas en el clímax de su danza.

El rayo serpenteó por el suelo de madera, atravesó la alfombra morada y escaló por el edredón estampado. Su objetivo era el pie que asomaba por el borde y que se estaba quedando frío. Pero, unos instantes antes de que alcanzara su destino, el irritante ruido del despertador hizo que el pie rebotara sobre el colchón mientras en la cabecera de la cama emergía una cabellera castaña terriblemente enredada.

Eran exactamente las seis y media de la mañana y las mantas se agitaron mientras Rio trataba de liberarse de aquel embrollo y parar la alarma. Cuando al fin acalló el maldito pitido, salió de la cama arrastrándose.

Lo primero que salió de su boca fue, probablemente, lo mismo que estaba haciéndose eco por todo Madrid un lunes por la mañana:

—Odio los lunes...—murmuró con la boca pastosa.

Logró ponerse el uniforme dando tumbos asegurándose de escoger las medias más gruesas de su armario. Detestaba tener que utilizar falda con el frío que hacía.

Caminó hasta el cuarto de baño y se contempló en el espejo, demasiado dormida como para sentirse horrorizada ante la mata de pelo que tendría que peinar.

Se inclinó sobre el lavabo y se echó agua fría en la cara en un intento por despejarse. Frotó con tanta fuerza que, más que querer eliminar las legañas, parecía que pretendía borrar las pecas desperdigadas por su rostro.

Cuando fijó la vista de nuevo en el espejo dispuesta a peinarse, tuvo que cerrar los ojos cuando su superficie reflejó un intenso haz de luz. Parpadeando, miró hacia arriba, hacia los focos del baño. Ninguno parecía estar torcido, apuntando al espejo.

Bajó la vista de nuevo, el haz ya no estaba. Se encogió de hombros, terminó de peinarse y se recogió el pelo en una coleta.

Cuando entró en la cocina, desesperada por un café, no se sorprendió al no encontrar a su madre. Sabía que Diane tenía que entrar antes al trabajo esa semana, aunque continuara dejándole notas todos los días.

En un intento por romper el silencio que tanto la incomodaba, Rio encendió la radio y se apresuró a poner en marcha la cafetera. Últimamente, no dormía bien y necesitaba una buena dosis de cafeína para aguantar la jornada.

Estaba mojando una galleta en la taza cuando el murmullo de la radio pasó a ser su foco de atención. Con dedos temblorosos, subió el volumen y escuchó conteniendo la respiración:

—...la policía ha hallado otra víctima esta madrugada. Aún es pronto para afirmarlo, pero todo apunta a que este nuevo asesinato sigue la línea de las últimas semanas. Habrá que esperar a la autopsia, pero no se cree que se puedan encontrar indicios de la causa de muerte —recitaba el locutor—. Ninguno de los cuerpos encontrados hasta el momento presenta lesión alguna,

síntomas de envenenamiento o enfermedad. Lo único que los forenses han logrado determinar es la hora aproximada de la muerte que, en todos los casos, se encuentra entre las once de la noche y las cinco de la madrugada. Con esta ya son un total de once las víctimas encontradas, dos de las cuales fueron descubiertas fuera de sus respectivas viviendas...

Riona escuchaba atentamente mientras un fuerte nudo se iba formando en su estómago. Sintió sus piernas temblorosas y, de no haber estado sentada, se habría tambaleado. Minutos después, aún le temblaban los dedos. No era simple empatía lo que la había alterado de esa manera, sino el hecho de que aquellas muertes sin causa le resultaban terriblemente familiares.

Una tragedia similar había ocurrido en su familia hacía nueve años, durante el tiempo que habían vivido en una pequeña población en las costas irlandesas. Habían encontrado a su padre muerto en el interior de su casa destrozada, sin embargo, los médicos nunca pudieron dar con la causa de su muerte. Diane no tardó en abandonar el país con Rio en brazos.

La muchacha no conocía los detalles, pero sabía que su madre había huido de *algo*. Y lo más parecido a una respuesta que había conseguido había sido una historia absurda e imposible que Diane le había contado de la que su padre había sido víctima.

A pesar de la incredulidad con la que Riona había escuchado el relato, le prometió a Diane que le contaría cualquier cosa anómala que le ocurriera, por insignificante que pareciera. Pero habían transcurrido años sin nada destacable y no habían vuelto a mencionar el tema. En realidad, su madre quería olvidarlo, ambas lo deseaban.

Tras repatriar el cuerpo de Adriano a España y enterrarlo, se esforzaron por tener una vida normal donde solo las noches más oscuras hacían resurgir las pesadillas. Pero aquella noticia había vuelto a traer a flote aquel extraño relato de sombras que asesinaban sin dejar rastro.

No estuvo segura de cuánto tiempo permaneció escuchando al locutor, pero cuando le echó un vistazo al reloj de la pared, ya iba tarde. Apagó la radio con brusquedad, dejó sobre la encimera el café a medio beber y tiró la galleta mordisqueada: no se veía capaz de dar un bocado más.

Esforzándose por apartar aquellos pensamientos de su mente, corrió a su habitación para coger su mochila y salir disparada por la puerta.

Apolo, su enorme perro canela, se despidió de ella en el vestíbulo después de que le acariciara las orejas.

Para llegar a su instituto debía viajar en metro, por lo que bajó corriendo las escaleras de la boca y se resignó a entrar en uno de los vagones llenos hasta arriba de viajeros.

Cuando al fin salió a la superficie, no tuvo más que cruzar una calle para toparse con la marabunta de estudiantes que se dirigía hacia un conjunto de tres edificios bordeado por una gran verja de hierro negro y elegante. La fachada neoclásica combinaba terrenos ajardinados con modernas instalaciones deportivas. Todo ello la convertía en una escuela de alto nivel a la que acudían hijos de empresarios, diplomáticos y otros cargos importantes. Rio asistía a ella solo gracias a la herencia de su padre a pesar de que hubiera preferido ir a un instituto público donde no llamara tanto la atención.

Sonrió ligeramente al contemplar la hora en el reloj del edificio principal, al final no había llegado tarde aunque le temblaban las piernas por la carrera y el escaso desayuno que había tomado.

Buscó a sus amigas tratando de distinguirlas entre la multitud, pero le fue imposible y decidió dirigirse directamente al aula.

Encontró a Lucía y a Silvia sentadas en sus pupitres charlando animadamente. Sonrieron al verla llegar y rápidamente la pusieron al día. No dejaron de conversar hasta que el profesor de

economía se hubo vuelto hacia la pizarra comenzando a escribir la lección.

Con voz monocorde, Fernando los introdujo en las matemáticas aplicadas al mundo empresarial. Rio no solía prestarle demasiada atención porque, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, no iba a heredar ningún negocio familiar. Pero ese día le resultaba aún más complicado pues estaba cansada, le dolía la cabeza y sentía malestar en todo el cuerpo.

Después de soportar las clases de economía y lengua, se desplomó sobre el libro y cerró los ojos.

—¿Rio, estás viva?—. Escuchó que le preguntaba Lucía tratando de contener la risa.

—Déjala... —le advirtió Silvia que tenía la nariz entre uno de los libros de misterio que tanto le gustaban.

Con los ojos entrecerrados, Riona alzó la vista topándose con los ojos marrones de Lucía que la contemplaba de cerca con una sonrisilla.

—Lo siento —se disculpó—. No he dormido bien y he venido corriendo...

—Y no has desayunado —completó Silvia.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó sorprendida.

Una sonrisa de suficiencia curvó sus labios sin dejar de contemplar las páginas a través de sus gafas de montura cuadrada.

—Porque te han sonado las tripas en medio de clase —contestó.

Y, sin poder reprimirse más, Lucía rompió a reír inclinándose hacia delante. Rio enrojeció y trató de esconder el rostro cuando varios compañeros se volvieron a mirarla.

—Toma —dijo Lucía tendiéndole una bolsa de fritos cuando se tranquilizó.

Sin embargo, a pesar del hambre que tenía, Rio apartó el rostro y arrugó la nariz.

—Gracias, pero no creo que pueda dar un solo bocado sin vomitar.

—¿Te encuentras mal? —preguntó sorprendida su amiga apartando de inmediato la bolsa.

—Estás pálida —intervino Silvia que cerró el libro y se inclinó hacia ella.

Riona iba a quitarle importancia al asunto cuando sintió una punzada de dolor atravesarle la cabeza.

—La verdad, no me encuentro bien.

—Ven, te acompañaremos a dirección para que te dejen irte a casa —decidió Silvia poniéndose en pie.

Después de conseguir el permiso que la dispensaba del resto de clases, Rio necesitó varios minutos en el baño para recuperarse. Se mojó la frente y la nuca, y bebió agua antes de sentirse lo suficientemente bien. Al fin, suspiró aliviada cuando salió del recinto del instituto.

Atravesó una avenida atestada de gente en busca de un taxi porque solo de pensar en meterse en el metro, hacía que se mareara más de lo que ya estaba. Sin embargo, no había ninguno. Era sorprendente cómo se topaba con ellos a todas horas en la calle, pero no había ni rastro cuando los necesitaba.

Se encontraba junto a una de las entradas del Parque del Retiro cuando se vio obligada a apoyarse en un murete al sentir una arcada. No llegó a vomitar pero le llevó un par de minutos recuperarse.

Rio entró al parque y se sentó en el primer banco que encontró. Ahora estaba asustada. Aquello no podía tratarse de un simple virus estomacal, no cuando le dolían las articulaciones y no cesaban las punzadas en su cabeza.

Lo mejor sería llamar a su madre y que fuera a recogerla. Sacó el móvil del bolsillo y estaba a punto de marcar cuando una mano la agarró de la muñeca que sostenía el teléfono.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó alguien junto a ella.

Rio alzó la mirada y se topó con el rostro de un joven tal vez un par de años mayor que ella. Su rostro era anguloso y vestía ropa negra que adornaba con cadenas y pulseras de cuero.

No se parecía en nada a los chicos de su instituto, pero no fue su aspecto lo que provocó que Rio se liberara de su agarre con un enérgico tirón. Todo su ser la instó a alejarse en cuanto sintió la ira que emanaban sus ojos azules. Sin siquiera pensarlo, echó a correr por el camino de gravilla empleando cada músculo de su cuerpo.

Varias gotas de agua comenzaron a caer sobre su abrigo, mojándola poco a poco. Pronto, la lluvia se hizo más intensa dificultándole la visión. Riona buscó refugio bajo unos árboles, se retiró el agua del rostro y entrecerró los ojos en busca del joven de negro. Solo cuando hubo comprobado que ya no la seguía, los latidos de su corazón comenzaron a calmarse. Se tomó unos instantes para respirar hondo antes de decidirse a llamar a su madre.

Pero entonces vislumbró una silueta emergiendo de entre unos arbustos. Retrocedió asustada y miró en varias direcciones en busca de alguien que pudiera ayudarla. Pero no había nadie a su alrededor pues la lluvia había espantado a los pocos paseantes.

Más asustada de lo que había estado en toda su vida, tomó aire con la intención de gritar con todas sus fuerzas. Sin embargo, su voz quedó adherida a la garganta cuando, en lo que dura un parpadeo, se encontró con el rostro del joven a escasos centímetros del suyo. Él se llevó el dedo índice a los labios con los ojos fijos en los suyos.

—No quiero que nadie nos interrumpa —susurró al tiempo que la empujaba tras el tronco de un grueso árbol. Rio luchó contra la parálisis repentina que la había invadido y trató de resistirse con todas sus fuerzas, pues tenía la certeza inexplicable de que, si se adentraba entre los árboles, jamás saldría.

—No me lo pongas difícil, *monstruo* —gruñó él inmovilizándola.

Y, entonces, Riona sintió que algo frío presionaba su costado a la vez que escuchaba el inconfundible "clic" de una pistola al retirar el seguro.

La muchacha retrocedió de un salto y su espalda chocó contra la gruesa corteza del árbol dejándola sin aire. Cuando alzó la mirada jadeando, vio la muerte sonriéndole en el fondo de las pupilas del joven.

El cazador la miró con el ceño fruncido. Esa chica no era poderosa, apenas estaba despertando a juzgar por las ondulaciones perladas a su alrededor. No era importante, tampoco lo era nadie en su familia. Entonces, ¿por qué había ordenado el Tribunal su muerte?

La miró dubitativo, temblando frente a él y apretó los dientes. Si el Tribunal había ordenado su ejecución, solo podía significar que si la dejaba viva se convertiría en un enemigo temible, en un verdadero monstruo.

No debía dudar de sus motivos.

El cazador colocó suavemente, casi con mimo, la punta de su pistola sobre la sien de Rio que no podía dejar de temblar.

—¿Por qué me miras de ese modo? —preguntó—. Como si yo fuera un monstruo —soltó una carcajada—. Cuando aquí, el único monstruo eres tú —dijo señalándola.

La muchacha abrió los ojos desmesuradamente. Su cerebro, embotado por el miedo, recordó algo que su mente de niña olvidó para protegerse: ella y su madre, huyendo de Irlanda en un barco rodeado de niebla. Rio nunca supo de qué tenía miedo Diane pero, en ese instante de lucidez, lo tuvo claro: huían de monstruos como él.

—No pareces saber demasiado —susurró él observando su expresión—. Y eres débil —siseó molesto—. Creí que serías capaz de plantarme cara aunque fuera unos segundos, pero eres... —murmuró entrecerrando los ojos—. Solo eres un polluelo—. Soltó una palabrota por lo bajo sin

dejar de apuntarla—. Maldita Laura —suspiró—. En fin, prometo no hacerte sufrir. A fin de cuentas, aún no has hecho nada —añadió encogiéndose de hombros.

Sentía el cañón del arma frío como un témpano de hielo sobre la piel de su frente cubierta de sudor. El miedo la atenazaba impidiéndole moverse o articular palabra.

Lo último que vio, fueron los ojos azules, oscuros como un mar tempestuoso, y la muerte aguardándola en sus profundidades.

Capítulo 2: venator

Todo puede cambiar en un solo instante.

Hay momentos fuera de nuestro control que significarán un antes y un después en la vida de los demás. Y alguien sabía que ese preciso instante era decisivo, no solo para la vida de Riona Dávila, sino para el mundo.

En el ático de un elevado edificio, sentado sobre un sofá de cuero negro y rodeado de paredes blancas, un individuo con el pelo gris contemplaba la escena que tenía lugar en el Retiro. Era capaz de extender su conciencia por toda la ciudad como si de una telaraña se tratara, permitiéndole abarcar con una sola mirada todo lo que ocurría en Madrid.

A pesar de sus capacidades, no se entrometía en la vida de los ciudadanos. Sin embargo, desde que aquellos cazadores habían llegado a la ciudad, los asesinatos habían comenzado a llamar demasiado la atención y pronto llegarían más como ellos a disputarse el destino de Madrid. Aquello suponía un contratiempo, ya que su propia existencia consistía en permanecer oculto y era el motivo por el que se había mantenido al margen durante años. Demasiados años.

Sin embargo, la situación acababa de dar un giro inesperado.

Mientras contemplaba el rostro aterrorizado de la muchacha a punto de ser asesinada por uno de los forasteros, se debatía entre intervenir y salvar su vida, o continuar manteniéndose al margen como siempre había hecho. No se trataba de una decisión que tomar a la ligera, pues era consciente de que, una vez se revelara, atraería fantasmas del pasado hasta la misma puerta de su casa.

Por otro lado, aquella chica podría ser también lo único que le permitiera ser libre de una vez por todas. Arriesgaba mucho, pero, después de tantos años oculto, tal vez fuera el momento de cambiar su situación.

Fijó sus ojos grises en el rostro de la muchacha una vez más y suspiró.

Esperaba no arrepentirse de aquella decisión. Cerró los ojos y algo insólito ocurrió. Una neblina lo rodeó por completo y desapareció. Como si fuera un espectáculo de magia, volvió a aparecer en el mismo corazón del Retiro.

Lo que sucedió en aquel rincón del parque fue demasiado rápido como para que un humano pudiera asimilarlo. Incluso para el cazador que apuntaba su pistola hacia la muchacha fue difícil de comprender.

En el preciso instante en el que Ian se disponía a apretar el gatillo, su presa fue apartada de la trayectoria de la bala. Falló, pero logró rozarle la cabeza dejándola inconsciente. La chica se desplomó ante los ojos sorprendidos del cazador que se volvió rápidamente hacia el recién llegado.

—Apártate de ella y lárgate —le ordenó el individuo de pelo gris.

Ian entrecerró los ojos observándolo detenidamente. Parecía joven a pesar de que el color de pelo envejeciera sus facciones; sin embargo, percibió de inmediato un aura poderosa, mucho más que la suya propia. Además, su porte altivo y sus movimientos calculados le indicaron que aquel individuo era mucho mayor de lo que aparentaba.

El cazador se mantuvo en su posición, con los músculos tensos y la pistola apuntando hacia el recién llegado que frunció el ceño al ver que no se marchaba.

—¿Es que no me has oído? ¿Quieres que te mate? —le espetó. Y entonces, Ian pudo ver claramente el brillo mortífero que desprendieron sus ojos grises.

No era el momento de alardear. El joven enfundó su pistola y se esfumó en el aire dejando un rastro de oscuridad. La única evidencia de que había estado ahí era el leve olor a pólvora y la muchacha desplomada sobre el suelo.

Los párpados temblaron y las pestañas revolotearon como polillas antes de que Rio abriera los ojos. Sus pupilas se contrajeron a causa de la luz que entraba a raudales por la cristalera. Cerró los ojos rápidamente y frunció el ceño. Sentía la cabeza embotada además de un ligero pitido en los oídos.

Mientras intentaba liberarse del sopor que la adormecía, palpó con las manos tocando la superficie mullida de un sofá. También le pareció escuchar unas voces, a veces agudas y emocionadas; otras, secas y graves. Lentamente, recuperó el dominio sobre su mente y las voces se oyeron más alto hasta que logró distinguir algunas palabras:

—¡Despierta! ¡Despierta! —exclamó la voz aguda.

Rio volvió a abrir los ojos y, en esta ocasión, no los cerró esperando a que se acostumbraran a la luz y su vista se aclarara.

—Hola —exclamó la misma voz de antes muy cerca de ella.

Cuando la joven logró enfocar la vista, se encontró con un rostro redondo, muy pálido, rodeado de mechones rubio ceniza y unos ojos grandes, quizá un poco saltones, de color avellana.

—¿Hola? —la saludó el rostro menudo—. ¿Estás bien?

Rio la contempló muda, confusa al encontrarse con una desconocida tan cerca de ella.

—Momo, no te echas sobre ella. Déjala respirar —intervino un joven del pelo gris sentado en una butaca.

—Perdón, perdón—se disculpó la adolescente alejándose unos centímetros que, si bien no era mucho, si logró que Rio se tranquilizara lo suficiente como para hablar:

—¿Dónde estoy? —preguntó aún con la mente embotada.

—En mi casa —contestó el joven con el semblante serio. A continuación se puso en pie y se acercó unos pasos para contemplarla desde arriba—. Aquí no podrán hacerte daño.

¿Daño?

—¡Eso, eso! Porque Gael los espantará—exclamó—. Como ha hecho con ese que te perseguía.

Y eso fue lo único que necesitó la mente de Rio para recordar. Lo que había confundido con retazos de una pesadilla, emergía ahora a su memoria.

Con dedos trémulos, se rozó la sien izquierda esperando encontrar una aparatosa herida; en su lugar sintió el tejido almohadillado de una venda.

—No te preocupes —dijo Gael al verla—. No fue una herida profunda.

Rio fijó sus ojos en aquel extraño que la escudriñaba sin disimulo. Con dedos suaves pero firmes, la agarró del mentón. Había estrechado los ojos hasta convertirlos en rendijas plateadas. Parecía concentrado, como si buscara algo escondido entre los iris verdes de Riona y las pupilas.

Era tal la intensidad de su mirada, que no pudo evitar temblar de nuevo ante el joven que, repentinamente, se le antojaba mucho más mayor, como un anciano.

—¡Gael! —intervino Momo disipando la tensión que acababa de apoderarse del amplio salón de paredes blancas—. ¡La estás asustando!

El aludido soltó a Rio pero sus ojos continuaron mirándola. Se cruzó de brazos y, por unos segundos, pareció satisfecho con lo que había visto, tras lo cual su rostro volvió a estar

impasible.

—Tenía que asegurarme —se justificó como si aquello lo aclarara todo.

—¿De qué? —preguntó Rio con voz entrecortada.

Pero Gael no contestó.

—Bueno —volvió a intervenir Momo—, ahora que ya está claro, tal vez deberías contárselo —y terminó con un encogimiento de hombros ante la mirada entre severa y ceñuda que le dirigió Gael.

—¿Contarme qué? —se metió Rio. No pudo evitar que se le quebrara la voz, pero se esforzó por mantener los puños apretados con el fin de que no vieran cómo continuaban temblándole las manos.

Gael volvió a mirarla con detenimiento. Pero, esta vez, no como si fuera una bomba a punto de explotar, como hacía unos minutos, sino preguntándose si era el momento para *ella*. Si no era así, las consecuencias para su espíritu podrían ser irreversibles.

En cualquier caso, que el cazador hubiera ido tras ella solo podía significar que estaba preparada para afrontar lo que se avecinaba. Tampoco le quedaba otra.

Suspirando, se acomodó de nuevo en la butaca y entrelazó los dedos apoyando los codos sobre las rodillas. Le llevó varios segundos poner sus pensamientos en orden y decidir por dónde empezar. Cuando lo hizo, miró a Riona directamente a los ojos y la muchacha sintió que se hundía en ellos como si sus pupilas fueran un pozo sin fondo.

—No vas a interrumpirme en ningún momento mientras hablo —le advirtió con una mirada hipnotizadora.

Rio se percató de que Gael esperaba algún tipo de respuesta por lo que asintió rápidamente.

—De acuerdo —murmuró.

Tras una nueva pausa de unos segundos, comenzó a hablar:

—El individuo que ha intentado asesinarte es algo de lo que solo habrás oído hablar en las cuentas —comenzó con un tono profundo y fluido—. Él es parte de un mal que acecha a la humanidad desde antes de que esta fuera concebida. Tú representas, en cierto modo, una amenaza para ellos, al menos lo serás en un futuro próximo —añadió dirigiéndole una breve mirada mezcla de decepción y escepticismo que no supo interpretar—. Las criaturas como él buscan corromper a la sociedad y guiar a los humanos hacia el completo caos. Ellos...

—Era un demonio, ¿verdad? —lo interrumpió Riona.

Gael la miró sin poder ocultar su asombro.

—Así es —contestó al cabo de unos segundos—. Se trata de un demonio *venator* o cazador. Ha sido enviado a Madrid con el objetivo de corromper la ciudad asesinando a sus pilares básicos y eliminando posibles obstáculos, como tú. Pero, ¿cómo eres consciente de la existencia de los demonios?

Rio ni siquiera había sido consciente de lo que había dicho. Después de escucharlo unos segundos, todo había encajado en su mente. Ella ya disponía de las piezas desde hacía años, su madre se las dio, solo había necesitado verlo para creerlo.

—Mi madre me habló de ellos —le explicó—. También me dijo que fueron los que mataron a mi padre y el motivo por el que escapamos a España. Pero nunca la creí del todo —añadió en un murmullo.

—¿A qué se dedicaba tu padre? —preguntó Momo curiosa.

Riona casi se había olvidado de su presencia, concentrada como estaba en el rostro imperturbable de Gael.

—Era informático, trabajaba desde casa —respondió recordando que su padre siempre estaba

ahí para acompañarla a clase y recogerla.

Se volvió hacia Gael esperando algún tipo de asentimiento o corrección.

—Puede que lo fuera —contestó al fin—. Pero si los demonios lo mataron, significa que era algo más. Bien un ángel o alguien que podía suponerles un estorbo. O, quizás, fuera tu madre el ángel— añadió con un encogimiento de hombros.

—No —intervino Rio—. Mi madre no puede ser parte de... eso —negó intentando reprimir las lágrimas—. Estaba demasiado asustada, no está hecha para enfrentar algo así —concluyó recordando el trabajo que le llevó sobrellevar la muerte de Adriano Dávila y el miedo que la dominaba a veces cuando creía que Rio no miraba. Estaba claro que, si alguno de sus progenitores había sido uno de esos seres de leyenda, no era Diane.

—En cualquier caso —intervino de nuevo Gael—, ese asunto no nos concierne. Lo importante ahora mismo es evitar que acaben contigo y entorpecer, en la medida de lo posible, lo que esos venatores estén haciendo en Madrid.

—Pero hay algo que no entiendo— habló Momo con el ceño fruncido—. ¿Por qué no la han encontrado antes los ángeles si es una de *ellos*?

Riona los miró a ambos, confusa. Hasta el momento, había creído que ese joven era un ángel, a fin de cuentas, la había salvado de un demonio.

—Pero, ¿no eres tú un ángel? —preguntó dando voz a sus pensamientos.

Gael suspiró con exasperación mal disimulada y Momo se echó a reír. Sus carcajadas eran cortas y agudas y Rio pensó que su risa se parecía a los gritillos de un roedor. Que sus incisivos fueran más grandes de lo normal ayudaba.

—¿Cómo va a ser Gael un ángel? ¿Has visto los malos humos que tiene? —comentó entre carcajada y carcajada.

—Ya vale, Momo —la cortó—. No, Riona Dávila, no soy un ángel. Pero —continuó alzando un dedo para impedir que preguntara de nuevo— tampoco soy un demonio.

A Rio le resultaba complicado confiar en alguien a quien no podía clasificar en uno de los bandos. Realmente necesitaba poder meter a Gael en el saco de los "buenos" o los "malos", estaba saturada.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó desviándose hacia una cuestión más sencilla.

—Fácil —se le adelantó Momo—, Gael lo sabe todo.

—No lo sé todo —se apresuró a corregirla dirigiéndole una mirada severa—. Sé muchas cosas. Pero, en este caso, no tiene ningún misterio: leí tu nombre en tu carné de identidad.

Riona no fue capaz de decir nada. Permaneció muda hasta que se echó a reír histéricamente. Su mente había imaginado decenas de posibilidades mucho más interesantes, místicas, mágicas e inverosímiles, sin embargo, había resultado ser de lo más simple y mundano.

—Tal vez deberías hacer algo —comentó Momo—. Parece que le ha dado un ataque.

Gael se masajeó las sienes suavemente reprimiendo el impulso que lo llevaba a presionar el lugar exacto del aura de Rio para que cayera inconsciente en el sofá. En su lugar, se llenó de paciencia y se levantó para ir a la cocina.

Volvió a cabo de unos minutos, cuando la risa histérica había dado paso al llanto descontrolado. Momo intentaba consolarla dándole golpecitos en la espalda y susurrando palabras tranquilizadoras, pero miró aliviada a Gael cuando lo vio salir al salón.

El joven le tendió una taza humeante que ella aceptó con un "gracias" entre hipidos.

—¿Ya estás más tranquila? —le preguntó mientras tomaba asiento.

La muchacha la tomó con dedos tembloroso y se la acercó para darle un trago, pero se detuvo antes de que el líquido rozara sus labios:

—¿Qué es?

—Una infusión de hipérico —contestó sentándose junto a ella—. O Hierba de San Juan. Te ayudará a calmarte.

Riona dio un breve sorbo y suspiró agradecida cuando el líquido caliente descendió por su garganta. Vio de reojo que Momo la miraba con una caja de pañuelos sobre el regazo a la espera de que volviera a llorar.

—¿Qué hago ahora? —preguntó Rio una vez se hubo terminado la infusión.

—Por lo pronto, esperar. Voy a intentar averiguar qué ha sido de ese demonio—. Vio que la muchacha se mordía el labio inquieta y supo que no sería capaz de tener paciencia. Aún estaba demasiado nerviosa.

Gael se puso en pie de nuevo y caminó hasta el final de la tarima del salón, subió los tres escalones del desnivel que conducían a las estancias del ático y se perdió tras una puerta de madera oscura.

No habían transcurrido ni dos minutos cuando regresó con un grueso volumen de páginas amarillentas y lustrosa cubierta de cuero. Con un movimiento rápido, se lo tendió.

—Ábrelo por la página trescientos noventa y cuatro y lee.

Rio no tenía ganas de contradecirlo o cuestionar acerca del contenido de ese libro. Pasó los dedos por la cubierta sintiendo los relieves y filigranas de la encuadernación, por lo demás, austera. Lo que más le llamó la atención fue que el libro no tenía título. Extrañada, se volvió hacia Momo que se entretenía con un portátil viendo vídeos en *You Tube*. La chica le guiñó un ojo y volvió a mirar la pantalla.

Riona lo abrió y olisqueó el aroma a libro viejo que desprendían las páginas hinchadas y amarilleadas por el tiempo. Movié los dedos hasta dar con la página que Gael le había indicado, y comenzó a leer.

La Guerra Celestial

Desde su origen, el ser humano ha buscado a su creador. Por ello, todas las religiones dictan que un dios, o un panteón completo, creó la Tierra y a sus habitantes. Sin embargo, surge una pregunta inevitable: ¿qué había antes? Múltiples mitos abordan el misterio de la creación antes de que el hombre y la mujer existieran. En el siguiente ensayo, se tratará el Génesis del Universo a partir de lo que ha llegado a nuestros días:

Mucho antes de crear el universo que conocemos, la Deidad Suprema dio origen a una especie anterior al tiempo: los ángeles. Criaturas humanoides, aladas y de gran belleza y esplendor.

De entre ellos destacó uno más poderoso, sabio, hermoso y grandioso: Lucifer, que solo era superado por el Creador mismo. No existía nada igual, pues cuentan que de su espalda surgían seis alas de luz y no las dos que poseían el resto de ángeles.

Sin embargo, estos privilegios cegaron a Lucifer de poder y grandeza. Pronto, ansió más y más, preso de una avaricia imposible de satisfacer.

En consecuencia, decidió desafiar a la Deidad Suprema. Respaldado por sus fieles seguidores, Lucifer atacó desencadenando la Primera Guerra o la Guerra Celestial que todavía perdura en nuestro tiempo.

La victoria fue para los ángeles leales al Creador. Tanto Lucifer como los suyos fueron arrojados del Cielo. Cayeron y cayeron hasta los confines del universo, hasta las profundidades del Averno donde aún habitan. Este inverosímil acontecimiento dio lugar al nacimiento de una nueva especie que la Deidad Suprema nunca tuvo intención de crear: los demonios, ángeles caídos.

Sin embargo, los ángeles del Cielo creyeron que aquellas abominaciones habían sido derrotadas para siempre, atrapadas en un lugar del que jamás podrían escapar, el Infierno.

Por aquel entonces, el tiempo no existía, pero se sabe que, posteriormente, la Deidad Suprema creó el mundo que conocemos y escribió la historia de la evolución. De entre todas las criaturas que se originaron, escogió a una como su predilecta: los humanos. Una criatura que tenía todo a su disposición para coronar la Tierra y prosperar.

Sin embargo, desde las profundidades del Averno, Lucifer y sus seguidores maquinaban su ascenso para lo cual se servirían de esa nueva criatura.

El ser humano fue engañado una y otra vez, manipulado por Lucifer y los suyos. Así, poco a poco, el mal fue germinado en la Tierra y se extendió como hiedra venenosa.

La Deidad Suprema no podía descender al mundo que había creado para eliminar el mal que lo acechaba, pues su sola presencia lo desequilibraría y terminaría por destruirlo. En su lugar, envió a varios de sus ángeles a la Tierra con la misión de salvaguardar a los humanos.

Pero el Demonio hizo lo mismo y milenios después, la guerra continúa. Solo terminará cuando Lucifer sea derrotado o la Deidad Suprema sea destronada.

—¿Y? ¿Qué opinas? —preguntó Momo.

Rio dio un respingo al encontrarla casi pegada a su rostro. Sus dedos se quedaron rígidos y el libro se le cayó al suelo.

—Eres muy asustadiza, ¿no crees? —continuó Momo recogiendo el libro. Lo examinó unos segundos para asegurarse de que no se hubiera dañado y suspiró aliviada: Gael era muy celoso con los volúmenes de su biblioteca.

—¿Asustadiza? Oye, me han perseguido e intentado matarme —replicó malhumorada—. Sería todo un detalle por tu parte darme algo de espacio.

—Vale, lo siento —se disculpó haciendo pucheros.

Rio la miró de reojo y se ablandó: parecía realmente arrepentida, incluso demasiado.

—No sé qué pensar, la verdad—. Momo se volvió hacia ella de inmediato, expectante—. Conocía algunas historias, pero nunca creí que fueran algo más que eso, historias.

—Supongo que es extraño —aceptó ella, pero a Riona no le pareció que la entendiera.

—Y tú, ¿qué eres? —le preguntó curiosa.

—¿Yo? —Se señaló la chica—. Nada. Solo soy humana. Gael me rescató cuando tenía seis años.

—¿De un demonio?

—Sí. Mataron a mi hermano y me salvé yo —susurró con el ceño fruncido y los ojos húmedos—. Aunque, en realidad, nunca fueron a por mí. Solo era una niña humana.

Riona decidió no preguntarle más sobre el asunto: parecía estar a punto de echarse a llorar y no se sentía capaz de consolarla en esos momentos. La miró de reojo, ¿cuántos años tenía? ¿Trece? No estaba segura, pero era menor que ella seguro.

En su lugar, decidió cuestionarla acerca de algo que no terminaba de encajarle, si es que algo encajaba en toda aquella locura.

—¿Cómo es que nadie sabe de la existencia de los demonios? ¿Por qué se ocultan? —no comprendía cómo el modus operandi de unas criaturas tan temibles y poderosas era actuar desde las sombras.

—Bueno, hay gente que cree en ellos o los ha visto, pero la sociedad suele tomarlos como supersticiosos o excesivamente religiosos —concluyó encogiéndose de hombros—. Se supone que los ángeles están ahí para evitar que interrumpan la vida de los humanos, pero últimamente no lo consiguen...

—Para que lo entiendas —intervino Gael a sus espaldas sobresaltándolas—, habitualmente los demonios son los responsables de las epidemias más terribles sufridas por la especie humana; o el desencadenante de la corrupción y las guerras —explicó sentándose de nuevo sobre la butaca—. El demonio que te persiguió sigue en la ciudad —le informó—, pero alejado de tu barrio. A su compañero no logro encontrarlo, pero yo no me preocuparía de momento.

—¿Cómo sabes todo eso? —balbuceó asombrada.

—Igual que no es el momento de explicarte por qué los demonios se mantienen ocultos o por qué los ángeles fallan en su deber, tampoco es el momento de explicarte cómo sé lo que sé, Riona —respondió tajante.

No le gustaba la forma brusca en la que se dirigía a ella. Tenía una falta de empatía que asustaba, pero, a fin de cuentas, le había salvado la vida y parecía ser el único capaz de ayudarla, por lo que se mordió la lengua.

—¿Qué debo hacer ahora? ¿Vuelvo a casa? —preguntó con voz temblorosa apartando la vista al no ser capaz de sostenerle la mirada más tiempo.

—No. Vamos a ser precavidos —dijo con voz tranquila—. Puedes pasar esta noche aquí, estarás segura y te vendrá bien para calmar el miedo. Mañana te diré lo que haremos una vez lo haya decidido.

—¿Puede dormir en mi habitación? —preguntó Momo. Riona la miró estupefacta ante la alegría que mostraba, al parecer había alguien más con falta de empatía en ese ático—. ¡Genial! —exclamó cuando Gael asintió.

—Llama a tu madre e invéntate alguna excusa —le aconsejó Gael—. Lo mejor es mantenerla alejada de esto.

Riona se puso en pie de un salto, como si un muelle la hubiera impulsado, y dirigió la vista hacia el ventanal del salón. Abrió los ojos de par en par al comprobar que estaba atardeciendo. Diane debía de estar hecha un manojo de nervios.

En el interior de la habitación de Momo, una estancia amplia de paredes y techos blancos, habían colocado una cama supletoria para Rio que ahora se removía entre las mantas sin poder pegar ojo. Incapaz de aguantarse más, se incorporó.

—Momo —la llamó en la oscuridad.

—¿Mmm...? —murmuró ella adormilada.

—¿De verdad Gael va a ayudarme? —preguntó dubitativa.

Oyó un breve golpeteo hasta que los dedos de Momo dieron con el interruptor de la lámpara de noche.

—Si se lo permites, sí —contestó ella frotándose los ojos—. No te dejes engañar por su actitud: si te ha ofrecido ayuda es porque está dispuesto a ayudarte. Si no quisiera que estuvieras aquí, no lo estarías, así de simple. Es un buen tipo —prosiguió—. Cuando mataron a mi hermano, me quedé sin familia y sin hogar. Gael me encontró y me llevó con él. Desde entonces me ha protegido.

—Debe de ser muy fuerte, ¿no? —insistió para que le quitara la duda que más la preocupaba.

—Lo es, aunque no suele alardear de ello —contestó con una risilla— ¿Ya estás más tranquila?

—Sí.

La confianza que se traslucía en la voz de Momo parecía real, pero Riona aún se sentía como si se encontrara en una casa de cristal y el demonio que la había perseguido pudiera destrozarla en cualquier momento para atacarla de nuevo.

Su último pensamiento, antes de caer rendida sobre la cama, fue que, tal vez, cuando abriera

los ojos por la mañana, todo habría sido una pesadilla.

Pero cuando sus dedos rozaron el vendaje de la frente, supo que no lo era.

Capítulo 3: Abyssus

—Se te ha escapado —dijo Laura.

—Lo sé, me he dado cuenta.

Ian estaba furioso. Era la primera vez que el Tribunal le encomendaba un objetivo ¡y había fracasado!

—Deberías haber acabado con ella en cuanto la tuviste a tiro —le reprochó—. No es propio de ti aplazarlo.

—Quería darle la oportunidad de enfrentarse a mí, divertirme un poco —resopló el joven—. Desde que llegamos a Madrid solo nos hemos encargado de humanos. Me dijiste que se trataba de un ángel, pero esa chica era... ¡era un polluelo! —se quejó.

—¿Es eso lo que ha ocurrido? —inquirió la mujer enarcando una ceja rubia.

—¿Qué insinúas? —le espetó poniéndose en pie de un salto sobre el cemento que cubría la azotea del destartelado edificio.

—Me pregunto... No te estarás ablandando, ¿verdad? —preguntó en un siseo.

—Jamás —respondió Ian sin titubear—. Sabes de sobra hasta qué punto llega mi odio. Lo único que deseo es acabar con todos los ángeles, *todos*.

—Bien —sonrió ella dando el tema por zanjado—. En ese caso, intenta localizarla, pero no hagas nada de momento —le ordenó.

El joven la miró con el ceño fruncido:

—¿Y eso por qué? ¿No debería acabar con ella en cuanto tuviera la oportunidad?

—El Tribunal ha detenido su ejecución y me han convocado a Abyssus —confesó Laura sin poder ocultar su descontento.

—¿Por qué iban a ordenar algo así? —se extrañó—. Si la dejan viva, se convertirá en un ángel, en un problema.

Laura se encogió de hombros y caminó hacia él hasta que solo los separaron unos centímetros.

—No lo sé. Espero que, a mi regreso, pueda responder a tu pregunta. También intentaré averiguar algo acerca del individuo que la ha salvado —susurró sobre sus labios.

Sus palabras terminaron en un beso intenso, violento y demandante que dejó a Ian jadeando cuando lo liberó.

Laura sonreía cuando estiró el brazo y realizó un movimiento rápido, como si cortara el aire. De inmediato, se originó una brecha en el espacio y el tiempo que rezumaba una oscuridad tal que hizo palidecer los rayos del sol crepuscular. La fisura fue ensanchándose hasta generar un óvalo del que emanaba frío y oscuridad a partes iguales.

Sin vacilar ni un instante, Laura cruzó la brecha que desapareció como si nunca hubiera existido.

Cuando volvió a sentir suelo firme bajo sus pies, estaba muy lejos de la Tierra, en Abyssus, la dimensión de los demonios. Situada en un lugar donde el tiempo se desdibujaba, a medio camino entre la Tierra y el Infierno. El hogar de los caídos que Lucifer había enviado a la Tierra hacía milenios para sembrar el caos.

Abyssus era un erial suspendido en el centro de un torbellino de oscuridad. Del terreno

surgían edificios desordenados formando un entramado de calles que conformaban un auténtico laberinto. Pero no para Laura que recorría las calles con decisión.

Atravesó una callejuela delimitada por varias casas destartadas. Escuchó un nervioso correteo y el deslizarse de una cortina ajada. Sonrió al ver moverse una sombra furtiva tras los cristales rotos de una de las ventanas. Probablemente un humano que ya poco tenía que ofrecer a los demonios de Abyssus.

Salió a una amplia avenida con su melena rubia balanceándose al ritmo de sus pasos. El ambiente era totalmente opuesto al anterior. Era un hervidero de actividad, bullicio y, por encima de todo, olía a humanidad.

Cientos de humanos se apiñaban contra las paredes de los edificios y otros permanecían quietos sobre plataformas de piedra y madera.

Aquellos humanos estaban en Abyssus porque habían vendido su alma y ahora los demonios se encargarían de que cumplieran su penitencia.

Era algo que tenía lugar en la Tierra desde que los ángeles caídos pusieron un pie en ella. Los humanos eran ambiciosos, deseaban cosas que no podían poseer o lograr por sí mismos. Cedían fácilmente ante el demonio que les ofrecía llevar a cabo sus deseos y pactaban un precio a largo plazo. Una vez el demonio hubiera cumplido su parte, el humano dispondría de unos años para disfrutar. Pasado ese periodo, el caído regresaría para recolectar y se lo llevaría consigo donde serviría en Abyssus hasta completar su pago.

Sin embargo, todo contrato con un demonio tiene letra pequeña, diminuta, a decir verdad: al estar en Abyssus, un lugar donde el tiempo se deformaba, la servidumbre podía alargarse hasta la eternidad o, en su defecto, hasta que el humano muriera exhausto o el demonio decidiera matarlo. Lo que llegara primero.

Algunos se consumían hasta convertirse en espectros, sombras de lo que un día fueron. Esqueléticos, enajenados y vacíos. Desechados como objetos rotos e inservibles. Era preferible la muerte.

El griterío y las risas de los demonios acompañaron a Laura a lo largo de la subasta de condenados. Lo más probable sería que la mayoría terminara al servicio de uno de los Siete Guardianes de Abyssus, la máxima autoridad junto con el Tribunal.

Pronto, Laura abandonó el mercado de condenados y dejó atrás el anillo más empobrecido de la ciudad para continuar su camino hasta el centro de Abyssus.

La Ciudadela era un tétrico y majestuoso palacio de piedra pulida tan oscura como la obsidiana y coronado por una elevada torre terminada en punta. Se decía que, en lo más alto de aquella lanza que apuntaba al cielo tormentoso, habitaba Lucifer. Aunque eran pocos los que habían podido corroborarlo a lo largo de los milenios.

Y eso no era todo. Los cimientos de la Ciudadela se prolongaban creando una complejísima red de catacumbas que conectaban todo Abyssus, resultando en un laberinto de túneles que solo los demonios de más alto rango disponían de mapas para no perderse.

Había dejado atrás los edificios en ruinas del primer círculo de Abyssus. Alrededor de la Ciudadela se elevaban grandes obras que reflejaban la soberbia y ostentosa humanidad de todas las épocas. No era extraño ver réplicas del Taj-Mahal o el Edificio Chrysler en su versión más oscura. La Torre de Babel era verdaderamente impresionante.

Pero estas muestras de la arquitectura humana no podían compararse con la Ciudadela ni su elevada posición en Abyssus ya que fue la soberbia de Lucifer, el señor de todos los ángeles caídos, quien ordenó su construcción.

Abyssus era lo que la Tierra estaba destinada a ser cuando se apoderaran de ella: una ciudad

sin ley, grandiosa y abandonada a los pecados.

No era un simple reflejo del mundo humano, era una profecía.

Un camino de farolas de llama azulada, marcaba el ascenso hacia el gran portón de la Ciudadela. Laura se detuvo ante una amplia caminata de piedra oscura y contempló fascinada el tenebroso palacio antes de subir.

Ascendió escalón a escalón como si se tratara de una vulgar humana, pues sobrevolar la Ciudadela, o hacer uso de su poder para aparecer ante el portón, estaba prohibido. Era una muestra de respeto y sumisión hacia el Tribunal que gobernaba Abyssus.

Al fin, se detuvo frente a la entrada y pudo ver el mármol negro tallado del portón. Sus relieves, de gran maestría y suntuosidad, relataban la historia de los demonios desde su nacimiento hasta su invasión en la Tierra. Una proeza que había inspirado grandes obras de la humanidad como *La Puerta del Infierno* de Auguste Rodin.

Las dos figuras encapuchadas que custodiaban la entrada, la detuvieron.

—He sido convocada por el Tribunal Supremo de Abyssus, soy Laura, de la Guardia de lord Esriel.

Sin otra muestra de haberla entendido que un leve asentimiento de cabeza, los dos encapuchados retrocedieron hasta el portón y empujaron. Laura pudo percibir la tensión de sus músculos junto con su alma oscura arremolinándose en torno a sus brazos para otorgarles la fuerza que necesitaban. Lentamente, las puertas se abrieron y Laura entró por el resquicio impaciente por presentarse ante el Tribunal.

El interior de la Ciudadela era oscuro y, al mismo tiempo, brillante. La piedra que formaba el vestíbulo era igual que la del exterior: negra y pulida como la superficie de un lago. Por ello, el reflejo de las llamas azules, sacaba brillos por toda la superficie del suelo y la pared. El techo era elevado, tanto que desaparecía en medio de la oscuridad sostenido por delgadas columnas retorcidas y poco armoniosas.

A Laura la llenaba de orgullo conocer el camino hacia la sala del Tribunal pues le recordaba que había sido convocada ante ellos en más de una ocasión. A fin de cuentas, ella, a diferencia de Ian, poseía un rango muy superior siendo una de los tenientes de la Guardia de lord Esriel.

Ascendió a paso rápido por una estrecha escalera de caracol cuya pared estaba cubierta por extraños cuadros de inquietantes pinturas que mostraban actos atroces realizados por los humanos. En todos ellos podía vislumbrarse la sombra o silueta de un demonio que se regodeaba de haber empujado al influenciable desdichado a realizar el crimen.

Abandonó la escalera y caminó por un amplio corredor cubierto de tapices gruesos y ostentosos. Se detuvo ante una puerta similar a la de la entrada pero a una escala muy inferior. No había guardias, pues nadie en su sano juicio se atrevería presentarse ante el Tribunal sin invitación y, mucho menos, tratar de atacarlos. La puerta se abrió suavemente bajo la presión de sus manos sin emitir el más mínimo ruido.

Laura accedió a una altísima sala de planta circular coronada por una amplia cúpula de cristal. Gradas de lustrosa madera seguían las curvas de la sala ascendentemente. El suelo era de piedra tosca y rugosa con símbolos tallados en su superficie generando circunferencias que se entrelazaban. Aquella era la lengua de los demonios, una corrupción de la Lengua Primigenia que, según las leyendas, se hablaba en el Cielo y que ya nadie era capaz de recordar, ni siquiera el demonio más antiguo de Abyssus.

Laura apartó rápidamente la mirada de las runas cuando un leve carraspeo llamó su atención. De las sombras emergieron tres figuras que ocuparon tres tronos de piedra en lo más alto de las gradas. Pero por encima de ellos había otro trono, más grande, pero vacío. Era el trono de

Lucifer, aunque nadie le había visto ocuparlo.

Lentamente, la mujer se colocó en el centro exacto de la circunferencia menor y se arrodilló manteniendo la vista fija en la piedra.

No había mucho que decir acerca de los tres miembros del Tribunal de Abyssus ya que iban ataviados con túnicas oscuras y capuchas que ocultaban sus rostros. Solo las altas esferas de los demonios eran dignos de contemplarlos y Laura aún no era parte de ellos.

Lo único que era capaz de deducir provenía de su estatura y los rumores que circulaban. Clarividencia era la figura menuda que ocupaba el trono del centro. Poseía la apariencia de un niño, pero su voz aguda reverberaba como si fueran tres personas diferentes las que hablaran: pasado, presente y futuro. No requería mucha inteligencia adivinar que Clarividencia poseía la apreciada capacidad de ver el porvenir. Se decía que tenía tres ojos y que cada uno le mostraba visiones de uno de los periodos temporales.

La figura de la izquierda era Eva, Lilith y todas las mujeres a las que el hombre había echado la culpa de sus desgracias. Hoy día respondía al nombre de Pandora, que dio origen al mito que atribuía a la mujer haber liberado las peores plagas sufridas por la humanidad. No todo lo transmitido por los griegos era correcto, pero, en efecto, existió un recipiente que había contenido grandes males y ella se encargó de abrirlo. Así creó una brecha en el ser humano y recluyó a las mujeres al hogar, sin voz ni voto. Tal vez no para siempre, pero sí el tiempo suficiente.

Y, finalmente, estaba Thanatos, un hombre corpulento, de gran estatura y escasas palabras. Él era el General Supremo de las tropas de Abyssus. En el área bélica, no tenía rival, y solo los Siete Guardianes unidos podrían enfrentarse a él.

No era de extrañar, entonces, que Laura no pudiera despegar la mirada del suelo, inmóvil en una pronunciada reverencia.

Sin mayor ceremonia que la que su propia presencia generaba, Clarividencia fue el primero en hablar:

—Laura —la llamó con voz infantil, adulta y anciana al mismo tiempo—, de lo que ocurra en esta sala, nada debe saberse. Asegúrate de que así sea, pues tu vida depende de ello.

—Sí, excelencias —contestó con la vista fija en un símbolo retorcido tallado violentamente como el cuchillo que corta la carne.

—Las órdenes que se te transmitieron a tu llegada a Madrid han cambiado, como bien sabes—. Y Laura juraría que escuchó algo parecido a la irritación en su voz reverberante—. La vida de Riona Dávila será respetada y, si así lo requieren las circunstancias, protegida.

—Excelencia... —intervino Laura con intención de replicar.

Tres siseos la callaron de inmediato.

—Nos informarás de cada uno de tus movimientos y los de tu compañero.

Laura no pudo evitar sorprenderse y alzó la mirada hacia ellos:

—Si me lo permitís —comenzó la rubia aguardando a que la interrumpieran de nuevo. Como eso no ocurrió, tragó saliva y continuó—, no creo que Riona Dávila deba seguir viviendo. ¿Acaso se ha dejado vivir a humanos con mucha menos sangre angelical en sus venas?

Una risa escalofriante salió de la oscuridad de la capucha de Pandora.

—Incluso alguien como ella se da cuenta... —susurró despectivamente.

—Pandora —la interrumpió Thanatos. Y el cristal de la bóveda sobre ellos reverberó ante su atronadora voz.

—Resulta absurdo —suspiró la aludida, pero no volvió a hablar.

—Laura —continuó Clarividencia—, es tu señor Esriel el que ha reclamado la vida de Riona

Dávila y Lucifer lo respalda. ¿Acaso osas oponerte?

—Jamás, Excelencias —contestó rápidamente arrodillándose aún más y escondiendo el rostro para ocultar su estupefacción.

—En ese caso, deberás mantenernos informados de todos los movimientos de Riona Dávila. Observadla y, llegado el momento, recibiréis nuevas órdenes de cómo proceder...

—Espero que esa información me llegue a mí también, Excelencias —intervino una voz emergiendo de las sombras.

Laura se volvió como un resorte a tiempo de ver al mismísimo lord Esriel con una sonrisa cínica en su rostro pétreo.

—Esriel... —chistó Clarividencia con un fastidio perceptible en su voz.

—Me alegra comprobar que el Tribunal respeta los deseos de Lucifer. Debo admitir que tenía mis dudas.

—¿Cómo osas? —se indignó Pandora poniéndose en pie y Thanatos tensó sus músculos bajo la tela oscura de su túnica.

Esriel inclinó el rostro y su pelo largo y negro se inclinó con él.

—No pretendo ofenderos. Desde el principio supe que reclamarla no sería bien recibido por todos. Ahora, con vuestro permiso, me retiraré con mi teniente. Debe regresar a Madrid para cumplir con la tarea encomendada.

Ante un gesto desganado de Clarividencia, Esriel le hizo una seña a Laura y abandonaron la estancia. La pobre mujer había sentido el impulso de lanzarse al vacío ante la tensión que se había generado en la Sala del Tribunal, y lo hubiera hecho si no fuera por la parálisis que se había apoderado de ella.

Una vez fuera de la Ciudadela, Esriel la arrastró hasta un callejón y se volvió hacia ella con furia helada en sus ojos negros:

—¿A quién juraste lealtad?

—A vos —respondió Laura de inmediato.

—¿A quién informarás primero en lo que respecta a Riona Dávila? —le exigió saber.

—A vos —volvió a contestar Laura.

—Bien —aceptó el demonio calmándose un tanto—. Yo decidiré qué llega a oídos del Tribunal.

Laura estaba tan aterrorizada que no se atrevió a replicar. Normalmente, los demonios enviados a la Tierra transmitían sus resultados a los Guardianes que luego se encargaban de reportarlos al Tribunal. Sin embargo, aquella encomienda no se parecía en nada a cualquiera de las otras misiones que Laura había llevado a cabo. Y el hecho de que lord Esriel quisiera ocultar información al Tribunal, no hacía más que sustentar la idea de que algo no estaba funcionando como debería.

—En ese caso, mi señor —intervino con voz trémula—, hay algo que debéis saber.

—¿Qué? —demandó.

—Cuando el Tribunal nos transmitió la orden de asesinar a Riona Dávila... —se detuvo a la espera de que el Guardián se enfureciera de nuevo, cuando no lo hizo, continuó ante su apremiante mirada—. Un extraño intervino a su favor y se la llevó. Sabemos que aún se encuentra en Madrid, pero no podemos dar con su paradero.

Esriel se llevó la mano derecha al mentón y entrecerró los ojos.

—¿Qué sabes de ese individuo?

—Poco. Fue mi compañero el que se enfrentó a él. Lo único que pudo determinar fue su apariencia y que se trata de un adversario de gran poder—. Ante la mirada inquisidora de lord

Esriel, Laura continuó—. Su pelo era gris a pesar de su aspecto juvenil. Lo más probable es que se trate de un ángel, pero, de acuerdo a mi compañero, había algo oscuro en su alma...

Calló de golpe al atisbar el rostro furibundo de Esriel que la paralizó de terror. No fue hasta que la calma regresó a su expresión que fue capaz de escuchar lo que le dijo a continuación:

—Escúchame atentamente, teniente. Nada acerca de ese individuo debe llegar a oídos del Tribunal, absolutamente nada —insistió amenazador. Laura se encogió sintiendo dos espadas acechando su cuello: la de lord Esriel y la del Tribunal—. Y —continuó—, debes evitar enfrentarte a él.

—Puedo acabar con él si os supone un estorbo —se apresuró a decir Laura con una devoción que rayaba en el fanatismo.

—No seas ilusa —le espetó Esriel—. Ni en tus más oscuros sueños serías capaz de acabar con él—. Se echó a reír y continuó carcajeándose durante casi un minuto—. Y algo más —habló al fin ya sin rastro de humor en su mirada—: no quiero que os mantengáis al margen simplemente observando a Riona Dávila. Deseo que la traigáis a nuestro bando. —Esbozó una sonrisa tirante—. Quiero que la acoséis, que la llevéis al límite, que la hagáis caer, ¿entiendes? —preguntó en un tono que le hacía pensar a Laura que no la consideraba lo suficientemente inteligente como para actuar de acuerdo a sus órdenes.

—Se hará como deseáis, mi señor —contestó la mujer inclinándose.

Cuando alzó el rostro de nuevo, Esriel se había esfumado.

A pesar de los siglos que había vivido, Laura sintió por primera vez el terror de encontrarse entre el fuego cruzado de los demonios más poderosos de Abyssus sin saber si viviría para ver un nuevo anochecer.

Maldito el día en que se había visto mezclada con Riona Dávila.

¡Aquí está el siguiente capítulo! Espero que os haya gustado mucho. Ya vamos sabiendo un poquito más de los demonios y su jerarquía. Abyssus es un sitio bastante interesante y es probablemente mi lugar preferido de la novela. Espero que os guste tanto como a mí.

Capítulo 4: alma (parte 1)

El embotamiento del día anterior había desaparecido y Riona podía pensar con mayor claridad, si bien aún se sentía como si se sumergiera en una densa niebla cada vez que intentaba razonar lo que le estaba ocurriendo.

Gael y Momo la miraban de reojo, como si esperaran que fuera a echarse a llorar en cualquier momento.

Cuando terminaron de desayunar, Gael se ofreció a llevarla al instituto mientras Momo protestaba por no poder acompañarlos. Rio la miró aún sin comprender cómo podía mostrarse tan alegre e indiferente a lo que la joven estaba pasando. Se comportaba como si fueran a irse de vacaciones sin ella.

Gael la guio fuera del edificio donde los esperaba un elegante coche negro con chófer incluido. Cuando entraron, Rio agradeció que la calefacción estuviera puesta pues fuera, a esas horas de la mañana, hacía un frío terrible.

—Hoy intenta volver a la rutina. No levantes sospechas —le indicó Gael—. Recuerda que ningún humano puede ayudarte, ni siquiera tu madre. Contarle a tu ella o a tus amigos lo sucedido, no hará otra cosa que ponerlos en el punto de mira de los demonios. Y recuerda que yo estaré vigilando para que nada te ocurra, ¿de acuerdo?

Rio tardó un poco en contestar pues miraba distraída por la ventana. A esas horas, Madrid estaba lleno de coches, pitidos y ruido.

—¿De acuerdo, Riona? —insistió Gael.

—De acuerdo, pero ¿podríamos pasar por el cementerio? —preguntó súbitamente.

—¿El cementerio? —De entre todos los lugares posibles, ese habría sido el último en pasar por su mente.

—Aún es temprano y está cerca del instituto. Me gustaría visitar la tumba de mi padre... Por favor —añadió al verlo dudar.

No estaba segura de lo que buscaba, pero tal vez ahora pudiera darse cuenta de cosas que, años atrás, le habían pasado desapercibidas. Gael no veía la utilidad en ello y sabía que Riona no encontraría respuestas en una tumba, pero si le daba consuelo, él no era quién para negárselo.

—Está bien, pero que sea breve. Tienes que llegar puntual a clase. —Ella asintió—. Dile la dirección a Alejandro —añadió señalando al chófer.

Media hora más tarde, el coche negro se detuvo frente a las verjas del cementerio. Gael la acompañó hasta la entrada y se inclinó hacia ella para que lo escuchara con atención:

—Estaré esperándote en el coche para darte algo de intimidación. Si ocurre algo, grita, te oiré.

Rio se limitó a asentir y no perdió el tiempo. Atravesó la entrada, dejó atrás los dos cipreses que la custodiaban y caminó con rapidez entre las tumbas. Al tratarse de un camposanto antiguo, no presentaba el estricto orden de los cementerios actuales. Cuando se originó, los cuerpos eran enterrados en los espacios disponibles en todas direcciones.

A pesar de haber fallecido en Irlanda, Diane había insistido en que se enterrara allí a su marido. Decía que era su deseo regresar a su lugar de nacimiento. Riona no recordaba demasiado, pero sí que el entierro fue sencillo y breve, con pocos asistentes. Ni siquiera recordaba haber visto a la familia de su padre a la que ni siquiera conocía. Una niña de nueve

años espera que la familia vaya al entierro de su padre, pero allí todo fueron desconocidos, como esa joven rubia que se había mantenido apartada y en la que nadie parecía haber reparado salvo ella.

Aunque, para ser justos, tampoco conocía a la familia de su madre con quienes ella afirmaba no hablarse desde antes del nacimiento de Riona.

Se detuvo jadeando frente a una lápida austera, especialmente si se la comparaba con los mausoleos desperdigados por el terreno. La piedra estaba cubierta por una enredadera y la suciedad parcheaba la superficie de la lápida. Aquel hecho la golpeó como un mazo al percatarse de que hacía años que ni su madre ni ella acudían al lugar para limpiarlo o dejarle flores.

Se arrodilló, llena de vergüenza, y apartó la maleza arrancándola con las manos mientras la culpabilidad la carcomía. No sabía bien en qué creer, pues nunca había sido religiosa, pero después de su charla con Gael, debía admitir que creer en la existencia del alma era casi una obligación. Y, si todo aquello era cierto, se preguntó qué pensaría su padre de que nadie de su familia hubiera ido a visitarlo.

Una ramita seca se quebró y Rio apartó la mano con brusquedad cuando se le clavó una astilla.

—Maldita sea... —siseó. Tiró de ella con los dientes y contempló la gota de sangre que emergió de la diminuta herida.

Abatida, se sentó sobre la tierra humedecida por la niebla que cubría Madrid desde hacía días. Había ido allí para aclarar sus ideas y, tal vez, hablar con su difunto padre. Pero no parecía estar consiguiendo nada de eso, solo sentirse culpable, algo que no ayudaba en absoluto.

Con los ojos húmedos, contempló la inscripción de la lápida que había revelado al retirar la maleza:

Adriano Dávila, padre afectuoso, marido amado.

Nada original ni revelador. Seguramente había cientos de inscripciones como esa por todo el cementerio. No había nada especial en aquella tumba y Rio aún no se sentía del todo dispuesta a hablarle al aire. Creyera o no en la existencia del alma, nada le aseguraba que la de su padre continuara allí.

Siguió retirando las hojas secas que se acumulaban a los pies de la lápida y sonrió al ver el escudo de su familia paterna. De niña, Rio no estaba segura de si la familia de su padre tenía de verdad un escudo porque era un hombre al que le encantaba contar historias de héroes que se enfrentaban al mal. Pero si su madre había grabado el escudo, debía de ser cierto.

—¿Eras un ángel? —se atrevió a preguntar. No esperaba que le contestaran, pero sintió cierta decepción cuando nada sobrenatural sucedió—. No, probablemente no. Si lo hubieras sido, no habrías desaparecido después de morir, ¿verdad? O puede que no quieras hablar conmigo porque estés enfadado. Después de todo, hace mucho que ni mamá ni yo venimos a visitarte. O, tal vez, simplemente le esté hablando a una piedra —susurró para sí soltando una carcajada.

Se puso en pie y caminó hacia un pequeño parterre de flores, escrutó la niebla por si aparecía el jardinero o el encargado del cementerio y, al no ver a nadie, se arrodilló y arrancó varias flores. Era, casi con toda seguridad, el ramo más pobre que nadie había ofrecido a una tumba pero, igualmente, regresó a la lápida de su padre y depositó las flores.

—Prometo volver un día y hacer las cosas bien —susurró antes de ponerse en pie de nuevo. Se colgó la mochila al hombro y emprendió el camino de vuelta a la entrada.

Durante el trayecto serpenteante entre las lápidas, oyó voces entre la neblina. Se giró hacia una pequeña colina donde se había reunido un grupo de gente vestida de negro. Frente a ellos estaba el cura que oficiaba el funeral.

A pesar de sus monocromas ropas, Rio apreció que eran caras, de buena calidad. Al parecer, el fallecido se movía en un círculo adinerado.

Movida por una extraña curiosidad morbosa, se aproximó para divisar mejor al grupo en un intento por identificar la fotografía del difunto. Podría tratarse de alguno de los asesinatos que habían tenido lugar recientemente en la ciudad, todos ellos de ciudadanos destacados: policías, jueces, empresarios... No se tenían noticias de la resolución de los casos, pero de todas maneras habían generado gran expectación y desconcierto entre la población.

Rio tenía el cuello estirado por el lateral de un mausoleo cuando uno de los asistentes del funeral giró la cabeza con brusquedad hacia ella. Un chico rubio clavó sus ojos claros en ella que dio un brinco. Sobresaltada y se alejó avergonzada.

Corrió hasta la verja de la entrada y soltó una exclamación ahogada llevándose una mano al pecho cuando casi chocó con Gael.

—Ni que hubieras visto un fantasma —comentó ante su inquietud—. Es tarde. Entra, te acercaré al instituto.

Aún con el pulso acelerado y el rostro enrojecido, Riona entró en el coche mordiéndose la lengua para no preguntarle si los fantasmas existían.

—Puedes llamarme en cualquier momento si surge alguna complicación —le recordó Gael cuando el vehículo se detuvo a las puertas del instituto—. De todas formas, sabes que estaré vigilante para evitar que vuelvan a acorralarte.

—Vale —asintió Rio algo sobrecogida ante esa repentina actitud protectora y mirando de reojo al chófer que no parecía inmutarse ante aquella extraña conversación—. ¿Qué hago con mi madre? —preguntó.

Gael no contestó de inmediato mientras meditaba la respuesta. Su expresión se arrugó y cerró los ojos antes de contestar.

—Tu madre no es un ángel y no lo será nunca—. Rio no preguntó cómo lo sabía, no se sentía preparada para indagar más en ese mundo—. Será mejor que la mantengas al margen.

—Pero ella debe de saber algo —replicó—. Me contaba historias después de que mi padre muriera. Si no fuera por ella, no sabría nada.

—Sí, y sabes muy poco —suspiró Gael—. Piénsalo, ¿de qué te serviría contárselo a tu madre?

—Ella puede saber algo más... —repitió.

—No, tu madre no conoce ni la punta del iceberg. Casi con total seguridad, fue tu padre el que le contó lo que ahora sabe y por eso huyó de Irlanda contigo. Pero ya has dicho que dejó de hablarte del tema hace años porque no espera que a estas alturas se revele tu poder.

—¿Y eso por qué? —Gael no había dejado de hablarle de sucesos imposibles y, la verdad, comenzaba a sentir que su mente iba a colapsar en cualquier momento.

—Lo normal es que el poder de un ángel, o un demonio, se manifieste durante la infancia. En tu caso, se ha retrasado mucho —contestó sin poder ocultar cierta curiosidad.

Rio apartó la mirada y suspiró mientras se masajeaba las sienes.

—¿Qué hago entonces?

—Nada. Los humanos no llevan bien que se les saque de su realidad. Además, sería inútil contarle lo que ocurre ya que, y lo digo sin la menor intención de faltarle al respeto, es solo una humana. No tiene poder para protegerte o alterar el rumbo de lo que se avecina. Tampoco conviene que se asuste hasta el punto de que quiera mudarse y yo no pueda ayudarte.

La muchacha se sintió extraña ante el hecho de que, por primera vez en su vida, debía ser ella la que protegiera a su madre y no al revés. Se limitó a asentir y abrió la puerta del coche. Antes

de bajarse, se volvió de nuevo hacia él.

—Entonces, ¿vuelvo a casa después de clase? —preguntó sin poder evitar impregnar su voz de cierto sarcasmo. ¿Todo había cambiado de un día para otro y ella debía actuar como si no la estuvieran acechando para matarla? Lo mirara por donde lo mirase, resultaba absurdo.

—No exactamente —puntualizó Gael—. Puedes volver a la escuela y a dormir en tu casa, pero quiero que te pases por el ático todas las tardes que tengas libres. No puedes seguir indefensa toda tu vida porque, en ese caso, esta será muy corta.

Riona apretó los puños para disimular su temblor y se limitó a asentir con un nudo en la garganta.

—Entonces, iré esta tarde —logró decir.

Gael enarcó una ceja:

—¿Estás segura? —inquirió—. ¿No tienes ningún otro compromiso? Ya sabes que es importante mantener tu rutina para evitar problemas —añadió frunciendo el ceño.

Rio se preguntó si los problemas a los que se estaba refiriendo eran para él o para ella misma porque, la verdad, dudaba que Gael apareciera en el registro civil si su madre comenzaba a cuestionar las nuevas compañías de su hija.

—No creo que pueda concentrarme en otras cosas —contestó. Tenía ensayo de ballet, pero no era el momento.

—De acuerdo —aceptó Gael. Cerró la puerta del coche y este se puso en marcha.

Rio lo vio marcharse antes de volverse hacia el instituto. Iba a ser una jornada muy larga.

En una de las azoteas del pabellón más próximo al de Riona Dávila, Ian observaba a la muchacha sentada en su pupitre junto a la ventana. Saltaba a la vista que no estaba prestando atención a la lección y, para ser del todo sincero, el demonio estaba sorprendido de que se hubiera atrevido siquiera a asistir a clase.

Con el ceño profundamente fruncido, Ian se apoyó sobre la baranda de metal oxidado y resopló de puro hastío. Vigilar a una humana con aspiraciones de ángel no le hacía ni la más mínima gracia. Se sentía como una niñera, muy lejos de su misión como *venator* que era hacer caer a los principales pilares de la ciudad para que a los demonios les fuera más fácil corromperla y conquistarla.

Maldito el día en que Laura aceptó ocuparse de Madrid.

El timbre que anunciaba el final de la clase de historia lo despertó del sopor en que lo había sumido la vigilancia de una adolescente mundana.

Se incorporó, estiró los músculos y se disponía a cambiar de sitio para observarla durante el recreo cuando la vibración de su móvil lo interrumpió.

Se dejó caer de nuevo sobre el cemento de la azotea e, irritado, leyó el mensaje de Laura: una dirección acompañada de un "ven inmediatamente".

—Al menos ya ha vuelto. Veamos qué ha decidido el Tribunal respecto a Riona Dávila—. Se volvió hacia la multitud de alumnos que se congregaban en el patio delantero y divisó a la muchacha—. ¿Quién sabe? Lo mismo te queda menos de vida de lo que piensas.

Se concentró unos segundos moldeando su poder. Una inquietante oscuridad comenzó a acumularse en la parte alta de su espalda y, paulatinamente, fue tomando la forma de dos grandes y majestuosas alas negras. El demonio tomó impulso y las batió con fuerza elevándose en el aire. No le preocupaba que los humanos lo vieran. Ellos solo veían lo que querían ver e Ian tenía sus propios métodos para esconderse hasta de los más sensibles.

Sobrevoló Madrid hasta detenerse a las afueras de la urbe. Identificó el edificio destartalado donde Laura lo había citado y descendió en un callejón.

Se trataba de un bloque de viviendas en mal estado y casi totalmente abandonado. Ian no pudo evitar preguntarse qué diablos hacía Laura allí cuando se alojaba en un hotel de cinco estrellas.

Ya no necesitó volver a consultar la dirección pues podía percibir claramente el aura de su compañera en una habitación del tercer piso.

Abrió una puerta de madera agrietada e hinchada por la humedad y entró en un portal lúgubre que olía moho. La escalera de piedra estaba desconchada, la barandilla oxidada y varios objetos revueltos entre la suciedad del suelo.

No se molestó en llamar antes de abrir la puerta pintada de verde tras la cual se encontraba Laura y, casi con total seguridad, un humano.

Entró en una habitación amplia, pero sucia y solo iluminada por la tenue luz que entraba por las rendijas de una persiana torcida y amarillenta. Su mirada se trasladó por toda la estancia sin que sus ojos repararan en nada llamativo de aquel cuchitril. Finalmente se fijó en la cama de matrimonio y distinguió dos cuerpos desnudos entre sus sábanas. Laura se incorporó al verlo y las mantas resbalaron revelando su piel morena y senos abundantes.

—¿Quién es ese? —preguntó Ian señalando con un ademán de cabeza al hombre dormido.

—Un policía al que parezco gustarle —contestó poniéndose en pie y caminando hacia su ropa abandonada en una cómoda que se caía a pedazos—. Puede sernos útil tener a alguien de confianza en una de las comisarías del centro y este idiota —lo señaló con una mano de uñas pintadas de rojo— acaba de venderme su alma.

—Sí, eso pensaba. Huelo la sangre —suspiró Ian—. ¿Qué querías? —inquirió apoyándose en el alfeizar de la ventana.

—Tenemos nuevas órdenes de Abyssus, y no creo que te gusten —le explicó terminando de embozarse las altas botas de tacón.

—Dime que no tengo que seguir vigilando a esa cría— se quejó el demonio.

—Me temo que es más complicado que eso.

En pocas palabras, le resumió el enfrentamiento que había tenido lugar entre los miembros del Tribunal y lord Esriel. Ian no pertenecía a la misma guardia que Laura, pero el joven llevaba siendo su compañero desde que recordaba. Y antes de eso, había sido su maestra. Por eso estaba al tanto de muchos de los asuntos del Guardián de la Soberbia a pesar de que el pecado que causó su caída fue la ira.

—¿Por qué quiere Esriel que la hostiguemos y luego la *seduzcamos*? ¿No se supone que es el que está detrás de que no podamos matarla?

—No trates de comprender a lord Esriel, Ian —le espetó Laura con irritación—. Un demonio Guardián como él está muy fuera de tu alcance.

Ian sonrió levemente. Laura siempre había sentido por Esriel una devoción que rayaba en el fanatismo. Si había alguien que quería comprender sus acciones, era ella y le frustraba no lograrlo.

—Entonces, ¿me ocupo yo de ella? —preguntó sin molestarse en disimular su hastío.

—Sí. Yo intentaré averiguar algo más sobre su extraño protector. Lord Esriel insistió en que no le hablara a nadie de su existencia y en que tampoco debemos enfrentarnos a él —le advirtió.

—Eso no tiene ni que decirlo —resopló Ian recordando el poder que sintió en él—. Pero por mucho poder que tenga, está solo. No creo que sea un ángel o tendría algún compañero...

—Lo tendré en cuenta —intervino Laura interrumpiendo sus deducciones—. Ahora, tienes trabajo que hacer —le indicó. Ella estaba lista para cumplir su parte del contrato para que el alma del policía estuviera en sus manos.

¡Espero que os haya gustado! Las piezas se están moviendo y ya no hay vuelta atrás. Si lo habéis disfrutado, agradecería cualquier voto y/o comentario que queráis dejarme. ¡Un abrazo!

Capítulo 4: alma (parte 2)

La jornada de Rio podía resumirse como larga, extenuante y llena de preguntas. Sus amigas se habían percatado enseguida de que algo no andaba bien y no habían dejado de cuestionarla, especialmente cuando Rio le pidió a Silvia que la cubriera en caso de que Diane preguntara acerca de la noche que supuestamente había pasado en su casa para terminar un trabajo que no existía.

Sintió cierto alivio cuando se detuvo frente a la entrada del edificio coronado por el ático de Gael. Sin embargo, en el interior del amplio ascensor de espejos que reflejaban su rostro cansado y pálido, los nervios y el estrés se asentaron en la parte baja de su vientre. No sabía qué le enseñaría Gael, pero no estaba segura de estar preparada para afrontar más eventos sobrenaturales. En realidad, lo único que deseaba en esos momentos era meterse en su cama y cubrirse con el edredón para aislarse del mundo.

—¡Hola! —exclamó Momo sonriendo ampliamente cuando le abrió la puerta—. Gael está en su estudio, pero saldrá enseguida. Puedes esperarle en el salón.

Rio asintió secamente y caminó hacia la sala. A su lado, Momo no dejó de parlotear animadamente. Parecía ajena a todo lo que le estaba sucediendo a Riona o, tal vez, no le importara al tener a Gael protegiéndola. La verdad, Rio empezaba a pensar que era bastante insensible.

Estaba a punto de gritarle que le importaba poco o nada lo interesante que era la serie que estaba viendo, cuando la puerta del estudio se abrió. Ambas se volvieron hacia Gael y la muchacha apreció que parecía algo cansado, sin embargo, una vez se sentó frente a ella, su rostro volvió a ser inhumanamente imperturbable. Sin siquiera saludarla, comenzó:

—Nuestro poder procede total y exclusivamente de nuestra alma.

—¿Alma? —inquirió Rio sin ocultar el escepticismo en su voz—. ¿Nada de magia?

Gael la miró severamente y la joven se dio cuenta de que era uno de esos momentos en los que debía limitarse a escuchar y dejar a un lado sus prejuicios.

—Sí, alma —continuó—. Muchos hablaban de ella como el quinto elemento o el éter, yo personalmente no pierdo el tiempo en buscarle una explicación —dijo encogiéndose de hombros—. La estructura de nuestra ánima es lo que nos diferencia de los humanos. Todos compartimos una parte en común, la que nos da la vida. Es la parte más profunda del alma y habita dentro de nuestro cuerpo, en el lado derecho del pecho —se señaló el lugar con el dedo índice—. Se llama *cor* —añadió al ver que no lo comprendía—. Sin embargo, hasta aquí llegan nuestras similitudes. Lo que hace especiales a los ángeles y demonios es que nuestra alma es mucho más extensa. Esa parte añadida no es esencial ni necesaria para vivir, es "la carcasa" y se llama *induam*. Su función es rodear al cuerpo mortal y protegerlo...

Gael se interrumpió al percatarse de que Rio miraba disimuladamente al aire a su alrededor en busca de su *induam*. Momo también se había dado cuenta y dejó escapar una risita, la joven la miró enarcando una ceja:

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que aún no puedes verla, Riona —contestó Gael con cierto humor en sus ojos grises.

—¿Por qué no? —preguntó sonrojándose.

—Porque es una habilidad que se aprende. Con el tiempo podrás distinguir la naturaleza del ser que tengas delante percibiendo su induam—. Rio asintió y Gael prosiguió—. Primero deberás aprender a percibir tu propio induam, Una vez conseguido esto, podrás moldearlo para que adquiera la forma que tú desees: un escudo, un arma...

—¿Unas alas?—inquirió la chica de pronto emocionada.

—Eso también, aunque yo decidiré cuándo estarás preparada para ello—. Rio bajó la cabeza algo decepcionada—. Es más, quiero que tengas clara una cosa: solo realizarás los ejercicios que yo te proponga o las consecuencias podrían ser fatales para ti.

—¿Por qué? —susurró con temor.

Gael suspiró y se armó de paciencia: enseñar no era lo suyo.

—Porque como te pases de lista acabarás muerta —dijo seriamente y la joven palideció—. Estamos hablando de tu alma, Riona, no de un juguete.

La muchacha asintió y se volvió a mirar a Momo extrañada de que no hubiera dicho nada en los últimos minutos, eso sin duda debía de suponer algún tipo de récord para ella.

—¿Tú también puedes usar tu induam para volar, Momo? —le preguntó.

—No —contestó sin ocultar su tristeza.

—Y es mejor así —intervino Gael—. No te verás mezclada en nada de esto— afirmó tajante—. Pero, Momo, tampoco es una humana corriente— agregó, y ella sonrió levemente. La mirada de incompreensión de Rio fue interceptada por Gael que procedió a explicárselo—. El alma de Momo es algo más amplia que la del humano medio, no llega al nivel de un ángel pero tiene el suficiente induam como para potenciar determinadas habilidades físicas e incluso lograr algo más... psíquico.

—¿Psíquico?

Momo se echó a reír aunque sin poder esconder su orgullo.

—A Gael le gusta andarse con rodeos. Simplemente, puedo saber si alguien es buena persona o si miente. No puedo ver el alma, como vosotros, es más como un instinto. Soy genial, ¿a que sí?

Como parecía esperar algo por su parte, Rio asintió y ella sonrió más ampliamente.

—No tenemos tiempo, Momo —intervino Gael—. Otro día se lo puedes enseñar si te apetece. Hoy debo empezar a enseñarle ahora que ha permutado.

—¿Permutado? —preguntó enarcando las cejas al tiempo que se preguntaba cuántas más palabras extrañas iba a enseñarle.

—Significa que tu alma ha alcanzado un tamaño destacable como para ser identificada. El alma crece con tu cuerpo y, puesto que los demonios no poseen un registro de ángeles, generalmente se limitan a barrer el territorio que se les asigna para corromperlo y detectar posibles amenazas. Ahora que tu alma está despierta no podrás huir sin que sigan tu rastro.

Aquella revelación no fue bien recibida por Rio, sin embargo, tampoco le sorprendió demasiado al tratarse de seres de leyenda.

—¿Y esa permutación sucede siempre en la infancia? —preguntó Rio recordando lo que le había dicho por la mañana.

—No necesariamente. Para cada individuo es diferente, aunque es lo más común. En cualquier caso, tu induam tiene un buen tamaño, no es lo mejor que he visto —le advirtió—, pero podrás manejarlo. Por otro lado, el volumen de alma no es lo único que determina el poder de un ángel, sino su habilidad a la hora de moldearla.

—¿Y cómo voy a ser capaz de moldearla si ni siquiera puedo verla? —preguntó Rio enarcando una ceja.

—Que no la veas no significa que no esté —puntualizó Gael—. Ahora mismo eres escéptica y no te lo reprocho. Pero es imposible que la veas si, de partida, niegas su existencia. Obviedades a un lado, lo primero que debes aprender es a percibirla y comenzar a ser consciente de que está ahí y lo estará mientras vivas.

A pesar de que lo estaba escuchando, Gael no dejaba de ver la incredulidad en su expresión así como los prejuicios amontonados hasta formar una sólida pared. Había tenido suerte al haberse topado con una muchacha que, a pesar de haber vivido ajena a ese mundo, sabía de la existencia de los ángeles y los demonios. Si hubiera sido cualquier otro humano, habría huido o llamado a la policía. En realidad, Riona solo necesitaba un pequeño empujón antes de exigirle un salto de fe.

—Con el tiempo —comenzó levantando su mano derecha hasta situarla frente a Rio—, podrás llegar a hacer cosas como esta.

Una neblina ondulante y sinuosa fue materializándose sobre su palma extendida creando una esfera arremolinada, como un pequeño huracán que bailaba al son que sus dedos le marcaban.

Rio saltó de su asiento hacia atrás con los ojos abiertos de par en par. A su lado, Momo dejó escapar una risita burlona.

—Podría decirle que se lance sobre ti y te empuje o, incluso, podría atravesarte si le doy la forma y el impulso adecuados—. A un gesto suyo, la esfera tomó una forma muy similar a la punta de una flecha y Riona pudo oír el leve siseo amenazante de la neblina al fluir con mayor rapidez, como dos filos de acero deslizándose uno sobre otro.

Aterrorizada, comenzó a retroceder hacia la salida y estaba a punto de echar a correr cuando Momo intervino:

—Ya, Gael, deja de asustarla —le reprochó, aunque sin poder evitar sonreír.

El aludido se encogió de hombros y, con un leve gesto, desmoronó la punta de flecha que se diluyó en el aire hasta desaparecer.

—Imagino que eso sí lo habrás visto, ¿verdad? —inquirió volviéndose hacia Rio que permanecía inmóvil en medio del salón.

Mantuvo la vista fija en ella hasta que la muchacha se percató de que esperaba una respuesta por su parte. Tragó saliva y, lentamente, asintió.

—¿Y si la próxima vez que ese demonio te amenaza con su pistola, eres capaz de lanzar tu alma como una flecha más rápida que la bala? ¿No desearías ser capaz de defenderte a ti y a tus seres queridos?

Lentamente, Riona asintió de nuevo.

—Bien —sonrió Gael—, entonces ya es hora de que tu alma y tú os conozcáis como es debido. Acércate —le indicó.

Con las rodillas temblorosas, Rio caminó hasta sentarse de nuevo en el sofá. Gael tomó sus manos y las colocó dejando una distancia de unos veinticinco centímetros entre cada palma. La muchacha apreció que sus manos estaban extrañamente frías para estar en un salón cálido y agradable.

—Tu induam rodea tu cuerpo como una coraza —comenzó con voz suave y sosegada, tal vez en un intento por tranquilizarla después de la taquicardia que le había provocado—. Está repartido uniformemente sin dejar ninguna parte de tu cuerpo desprotegida, pues se trata del hogar donde habita y su vínculo con el mundo terrenal. ¿Entiendes?—. Rio asintió por lo que continuó—. El problema es que esa coraza no es impenetrable y, en ocasiones, es preciso concentrar el induam en un punto determinado. Por ejemplo, si alguien lanza un proyectil contra ti, desearás un escudo que sea capaz de detenerlo y para ello precisarás concentrar mayor

cantidad de alma en el punto de impacto y darle una estructura que podríamos llamar sólida—. Rio asintió de nuevo—. Sin embargo, esto el alma no lo sabe ya que no es capaz de razonar y debe ser guiada por esto —le tocó la frente suavemente con el dedo índice—. El inconveniente radica en que no eres consciente de la existencia de tu alma y no eres capaz de percibirla. Sois dos desconocidas y ella está acostumbrada a hacer las cosas a su manera. Tú debes convencerla de que la mejor forma de protegerte es que ella tome la forma que desees y, créeme, no es tarea sencilla.

—¿Y cómo la convenzo? —preguntó Rio que cada vez veía más complicado el asunto.

—Bueno, lo primero es reconocer su existencia —contestó Gael—. Por eso te he pedido que coloques las manos así. Ahora mismo el induam de tu mano derecha está a unos centímetros del de la mano izquierda, no se rozan. Quiero que cierres los ojos—. Las pestañas de Rio revolotearon unos instantes cuando hizo lo que le pedía—. Ahora, muy lentamente, ve aproximando tus manos concentrándote en percibir una interacción, un roce. Ese será el momento en que las dos partes de induam se encuentren. Adelante —le indicó.

Tras sus palabras, todo el ático quedó en completo silencio. Tratando de concentrarse, Riona aproximó las manos centímetro a centímetro. Poco a poco comenzó a sentir algo similar a una débil fuerza magnética que atraía sus manos y, repentinamente, un chisporroteo. Luego nada. Si no hubiera estado concentrada no se habría percatado.

—Lo he sentido —dijo abriendo los ojos.

—Sí, me he dado cuenta —contestó Gael—. He visto las dos partes de tu induam fusionarse y, cuando ha sucedido, has movido los ojos. Lo que quiero ahora es que dediques tanto tiempo como puedas a sentir tu alma, a acostumbrarte a ella. Hará todo más fácil cuando quieras moldearla puesto que el cerebro y el alma están conectados por la mente.

—De acuerdo —contestó vacilante más que dispuesta a marcharse. Se encontraba agotada a pesar de que no había realizado ningún esfuerzo físico.

—Alejandro te llevará —añadió Gael volviendo la vista hacia la cristalera que daba a la terraza desde donde podía verse todo Madrid—. Ah, y Riona —la llamó—, tal vez empieces a experimentar ciertos cambios respecto a los idiomas.

La muchacha se detuvo en seco y se volvió hacia él sin comprender:

—¿Cómo cuáles? —preguntó sin estar segura de querer saberlo. Siempre se le habían dado bien, ¿qué más podía haber?

—Otra de las habilidades de los ángeles es el don de lenguas —explicó Gael aún con la vista fija en la cristalera—. Según escritos antiguos, los ángeles son capaces de hablar todos los idiomas del mundo puesto que todos ellos derivan de la Lengua Primigenia que se hablaba en el Cielo y que trajeron a la Tierra cuando descendieron. Los demonios, al ser ángeles caídos, también poseen el don de lenguas.

—Entonces, ¿podré hablar otras lenguas?

—Hablar, entender, leer, escribir... Todo—. Rio lo miró impresionada, pero él continuó con la vista al frente—. Te será útil en el futuro.

—¿Por qué?

—Los ángeles y demonios están por todo el mundo —contestó encogiéndose de hombros—. Tal vez necesites comunicarte con ellos algún día.

—¿Tú hablas todas las lenguas del mundo? —preguntó intentando reprimir una sonrisilla incrédula.

—Todas y cada una —dijo serio—. Incluso las lenguas muertas.

Con la cabeza a punto de explotar, Riona salió del ático. Al menos no tendría que volver a

preocuparse por el francés.

Volver a casa después de haber estado a punto de ser asesinada, o tras comprobar que las historias que tus padres te contaban de niña sobre seres de leyenda eran ciertas, era como lanzarse a una piscina. Era cambiar completamente de elemento porque cuando sales del agua ya no te sientes igual. Estás mojado, tienes frío y hasta la brisa más suave tiene mayor efecto sobre la piel.

Riona se sentía exactamente así. Era su casa y todo seguía como lo había dejado antes de irse a clase, pero ella ya no era la misma: estaba cubierta de agua.

Apolo fue el primero en recibirla. Se lanzó hacia ella y comenzó a lamerle el rostro mientras meneaba la peluda cola.

—Hola, Rio —la saludó su madre asomando la cabeza por la puerta de la cocina. Su rubia melena que no había heredado su hija, se balanceó suavemente—. ¿Qué tal el ensayo?

—Bien, seguimos practicando la actuación para Navidad —se limitó a contestar. Estaba segura de que ni su profesora ni sus compañeros estarían contentos por haber faltado al ensayo, no cuando tenía uno de los papeles protagonistas. Y ya podía ir buscándose una excusa porque no creía que fuera a colar que la habían intentado asesinar y que había pasado la tarde aprendiendo a sentir su alma.

—¿Y el trabajo de clase? —añadió Diane de vuelta a la cocina para terminar la cena.

Rio reprimió un gemido angustiado deseando que su madre dejara de preguntarle para que ella pudiera dejar de mentir.

—Bien, al menos está terminado. Aunque, tampoco cuenta demasiado —añadió en intento por quitárselo de la cabeza.

Diane asintió distraídamente mientras le daba vueltas a la sopa.

—Bueno, ve a darte una ducha rápida antes de que se enfríe.

Rio asintió y se apresuró a entrar en su habitación. Dejó sus cosas sobre la cama, cogió su pijama de algodón y se encerró en el baño.

Durante el trayecto de vuelta, Rio había aprovechado para aproximar sus manos una y otra vez y sentir su alma. Ahora, sumergida en el agua de la bañera, dedicó unos minutos a hacer lo mismo. Ya no le suponía tanta concentración como en su primer intento y, además, podía percibir las distintas etapas en el encuentro entre las dos partes del indium. El acercamiento era como una fuerza atractiva; luego estaba el primer encuentro que se asemejaba a un leve chisporroteo cuando la capa superficial interaccionaba; y, finalmente, la fusión, en la que ambas partes se unían creando una leve ondulación.

Tal vez al día siguiente, Gael le enseñara a hacer algo más.

Se sumergió de nuevo en el agua y se aclaró el pelo. Buscó el tapón entre la espuma y vació la bañera. Rápidamente, se envolvió en una toalla mullida y se sentó sobre el váter. Estaba tan cansada, que casi se queda dormida. Cuando bajó a cenar, se mantuvo en silencio respondiendo solo cuando su madre le hacía una pregunta. Alegando estar agotada, se escapó a su habitación en vez de quedarse en el salón a ver la televisión como hacían habitualmente.

Pero, a pesar de lo cansada que estaba, no lograba conciliar el sueño. Daba vueltas en la cama, bostezaba, pero sus ojos seguían abiertos. Alargó el brazo para encender la lamparita de noche y miró la hora en su despertador: dos de la mañana, y tenía que levantarse a las siete y media. Perfecto.

Salió de la cama y se arrodilló frente a la mesita de noche. Abrió uno de los cajones y sacó un pequeño joyero. Lo abrió y se alzó una bailarina. Hacía años que no le daba cuerda a la cajita, por lo que la figurita permaneció inmóvil y la música no emergió para enfrentar el silencio de la

noche.

Riona tenía pocas joyas que rara vez se ponía par air a clase, pero había una en concreto que no había salido del joyero desde que se mudaron a España. Sus dedos trazaron el familiar diseño de intrincados hilos de plata y suspiró aliviada cuando su piel sintió la frialdad del cristal azul como el mar profundo.

Como todo lo que le recordaba a su vida en Irlanda, había terminado escondido en un rincón, fuera de su vista. Pero esa noche oscura y fría, necesitaba algo que la tranquilizara.

Abrió la cadena de plata y se lo colocó entorno al cuello. Inspiró hondo y volvió a meterse en la cama. Apagó la luz y acarició los cantos pulidos del cristal, siguió una y otra vez su forma y al fin logró dormirse.

Pero no fue un sueño reparador. Los bordes de la realidad a los que se había aferrado con uñas y dientes, desaparecieron dando paso a terribles pesadillas que deformaron lo que había ocurrido.

Por si fuera poco, el collar tiñó sus sueños de pérdida y nostalgia cada vez que su memoria intentaba recordar a la persona que se lo había regalado. Como si no hubiera sentido ya bastante.

Cuando abrió los ojos y tanteó para acallar la alarma, se sentía más cansada que la noche anterior.

Logró llegar a clase por los pelos y aguantó la primera clase mientras luchaba contra sus párpados que no dejaban de cerrarse.

Cuando sonó la campana, dejó caer la cabeza sobre el pupitre resignándose a aguantar todo un día de lecciones con la mente al borde del cansancio y aún con las pesadillas que la habían atormentado durante la noche muy presentes.

—Ey —susurró Lucía acercando la silla al pupitre de sus amigas—. He oído que hoy llega un estudiante nuevo.

—¿Y? —preguntó Silvia sin separar la vista del libro que estaba leyendo. Rio apenas alzó la cabeza y resopló para apartarse el pelo de la cara.

—Y —continuó Lucía sin dejar que la actitud de Silvia la molestara— dicen que es inglés o, a lo mejor, alemán —susurró emocionada.

—Vamos, que en realidad no tienes ni idea de dónde viene, ¿me equivoco? —inquirió Silvia mirándola a través de los cristales de sus gafas.

—¡Eso qué más da! —exclamó frunciendo el ceño—. Lo que importa es que ¡será rubio!

—¿Sabes? También hay morenos en Inglaterra, Alemania... En realidad en toda Europa —intervino Rio con cierta molestia: habría preferido echar una cabezada antes de clase a escuchar esos rumores estúpidos.

—¡Oh, venga! No me estropeéis el día. Estoy segura de que es rubio...

—Si es que realmente existe ese estudiante nuevo... —añadió Silvia volviendo a sumergirse en la lectura.

—Sara y Daría no fueron tan aguafiestas cuando se lo conté.

—Eso es porque Sara y Daría son tan cotillas como tú —comentó Silvia.

Lucía hinchó las mejillas y se volvió hacia su otra amiga:

—Rio, no dejes que me trate así —murmuró teatralmente.

—Tiene algo de razón y lo sabes —contestó la aludida. Cerró los ojos y se masajeó las sienes en un intento por calmar el zumbido en la cabeza.

—¿Otra vez te encuentras mal? —preguntó Lucía.

—No, esta vez es solo que no he dormido demasiado —respondió con desgana.

—Tengo un poco de maquillaje en la mochila si quieres disimular las ojeras —le ofreció su

amiga.

—Ya sabes que no nos dejan usar maquillaje —suspiró Riona—. Además, ¿tan mala pinta tengo?

—¿Por qué no me acompañas al baño y lo ves tú misma? —propuso Lucía.

Se levantaron y estaban a punto de abandonar la clase, cuando entró el profesor de economía.

Lucía compuso una mueca tomando asiento de nuevo. Pero su disgusto pronto se transformó en expectación cuando fijó la mirada en el chico que había entrado tras el profesor. Rio reprimió una risa y Silvia tapó su sonrisa tras la cubierta del libro.

El muchacho era alto, piel pálida e, indudablemente, rubio. Lucía se volvió hacia sus dos amigas y exclamó un victorioso "¡ja!" antes de volverse otra vez hacia el estudiante nuevo.

—A ver, a ver —los calmó con una voz tan monótona como sus clases—. Hoy tenemos un nuevo estudiante. Se llama Lucas Sellers y ha sido transferido recientemente desde su escuela en Londres...—. Nuevamente se vio obligado a acallar los comentarios que generaron sus palabras —. Habla perfectamente español así que lo único que voy a pedir es que hagáis todo lo que esté en vuestra mano por que se adapte lo antes posible —finalizó dirigiéndose hacia su mesa para depositar el libro de texto—. Siéntese donde le parezca oportuno, Sellers.

El muchacho asintió, se colocó mejor la mochila que llevaba colgada del hombro y dirigió la vista hacia sus compañeros. Varios le hicieron señas para que se sentara a su lado, a muchos les parecía fantástico hacerse amigos del alumno nuevo que, además, era inglés. Lucía también le hizo señas efusivas y Riona se vio obligada a taparse la boca para que no se le escapara una risita que, sin duda, habría llamado la atención del profesor de economía que la habría obligado a contar al resto de la clase qué era lo que le parecía tan gracioso. Ya lo había visto en varias ocasiones.

Rio se apartó el pelo del rostro cuando consideró que su expresión era la que correspondía a una alumna seria y modélica. En ese momento, Lucas pasaba por su lado y dirigió la vista hacia su rostro. En el instante en que sus ojos azules se cruzaron con los suyos, Riona lo reconoció: era el mismo chico que había estado en el funeral. El que se había dado cuenta de que había observado a escondidas.

Avergonzada, giró el rostro volviendo a ocultarlo entre sus ondas castañas. Inspiró hondo cuando supo que había pasado de largo y solo entonces se percató de que había estado conteniendo la respiración.

Era absurdo. Había estado al borde de la muerte y ahora se poníanerviosa por si un recién llegado pensaba que le gustaba ir de mirona en los cementerios. Eso suponiendo que la hubiera reconocido. ¡Menudas prioridades!

—¡Rio! ¡Rio, por aquí! —la llamó Lucía entre la multitud de estudiantes.

La joven acudió feliz al encuentro de sus amigas y juntas salieron del pabellón. Caminaron parloteando alegremente y a Rio se le olvidó por completo que había quedado en pasarse por el ático de Gael. Para ser honestos, se había olvidado completamente de todo lo que tenía que ver con esa guerra de ángeles y demonios. Era, simplemente, una tarde como otra cualquiera.

Caminaron juntas como siempre hasta que se despidieron en un cruce de calles y cada una siguió su camino. No había avanzado más que unos metros cuando un fuerte escalofrío la atravesó de punta a punta.

—Creí que no se marcharían nuca. No sé cómo aguantas el parloteo de esa Lucía, ¿siempre habla tanto?

Solo había escuchado su voz en una ocasión, pero jamás podría olvidarla. Cuando Rio dio media vuelta, ya sabía a quién iba a encontrarse, aunque deseaba con todas sus fuerzas estar

equivocada.

Ian contempló con satisfacción como el cuerpo de la muchacha comenzaba a temblar, su respiración se agitaba y sus pupilas se dilataban.

El demonio comenzó a acercarse a ella paulatinamente, casi con desidia, como si llegar hasta ella no fuera su objetivo, algo que ambos sabían que no era cierto.

Riona solo reaccionó cuando Ian ya había avanzado unos cinco pasos acortando la distancia que los separaba a unos escasos tres metros. Entonces, dio media vuelta y echó a correr.

Corrió y corrió, igual que la primera vez que la había perseguido. Era atterradoramente familiar la sensación que estaba experimentando y que le oprimía el pecho impidiéndole respirar correctamente. Presa del pánico, con la mente embotada y sin espacio para ningún otro pensamiento que no fuera huir, giró la primera calle a la izquierda y entonces se le saltaron las lágrimas: era un callejón sin salida.

Dio media vuelta en un intento por huir, pero chocó contra Ian que ya la había alcanzado. La fuerza del impacto la envió directa al suelo.

Sin tiempo para plantearse siquiera la pregunta de cómo la había alcanzado tan rápido, Rio comenzó a arrastrarse con movimientos frenéticos, torpes y desesperantemente lentos.

Dirigió la vista hacia el suelo un instante; cuando volvió a fijarla en el demonio, había desaparecido.

—¿A dónde vas, Riona? ¿Acaso crees que puedes huir de mí *arrastrándote*? —susurró junto a ella.

Ian se acuclilló y Rio se encontró mirando unos ojos azules tan oscuros que parecían negros. Había odio en ellos, un odio que la hizo estremecerse: nadie la había mirado de esa forma. Jamás.

El demonio estiró un dedo y con él le rozó su barbilla. Para evitar el contacto, Rio levantó la cabeza pero no fue capaz de hacer nada más: el miedo la paralizaba por completo.

—Tienes suerte de que no pueda matarte —siseó entonces el venator.

Parecía que iba a decir algo más, pero salió propulsado hacia atrás sin llegar a articular palabra. Fue a estrellarse contra un muro de ladrillo rojo que se agrietó y desmenuzó como si fuera de cartón.

Una mano firme se apoyó en el hombro izquierdo de Rio y la chica dio un respingo antes de encontrarse con unos ojos grises que emitían un brillo acerado y amenazador.

—Riona, vámonos —le dijo Gael extendiéndole la otra mano.

En ese preciso instante, todo el terror y la tensión la abandonaron dejándola vacía, débil. No fue hasta que tomó su mano que el alivio la llenó por dentro.

Todavía temblaba, pero había recuperado algo de color. Aun así, Gael no le soltó la mano, un gesto que ella apreció profundamente.

—Estás a salvo —le dijo él y a continuación se volvió hacia el demonio que ahora los contemplaba con una mueca de odio.

Gael podría haberlo matado, Ian lo sabía, lo sentía en cada célula de su cuerpo. Pero, tras dirigirle una mirada repleta de desprecio, el recién llegado se limitó a decir:

—Lárgate.

Una vez más, aquel individuo le permitía escapar y él no dudó ni un instante. Recordaba perfectamente la advertencia que le había hecho Laura.

Se concentró unos breves segundos y sus alas aparecieron. De un salto, alzó el vuelo y desapareció en el cielo nublado.

Seguro entre las nubes, Ian se secó el sudor frío de la frente y suspiró. Tal vez tuvieran

órdenes,pero necesitaba saber quién era ese individuo que protegía a Riona Dávila. Teníademasiadas preguntas y si Laura no estaba dispuesta a resolverlas, tendría quebuscar una nueva fuente de información.

¿Qué os parecen Ian, Rio y Gael? Creo que son los personajes de los que más he contado hasta ahora así que quisiera saber que opináis de ellos. ¿Tenéis algún favorito?

Capítulo 5: algo que proteger (parte 1)

Gael se posó suavemente sobre la terraza del ático y sus alas agitaron las hojas de los árboles y levantaron el polvo depositado sobre las baldosas tras las últimas lluvias. Sujetó mejor a Rio y esperó a que Momo lo viera.

Al otro lado del cristal, ella se levantó de un salto y corrió para abrirles.

—¿Está bien? ¿Qué ha pasado? —exclamó asustada.

—Está bien. Voy a acostarla, luego hablamos —contestó imperturbable.

Una vez hubo acomodado a Rio en la habitación de invitados, regresó al salón y tomó asiento en una butaca. Entrelazó los dedos y perdió la mirada en el cielo gris de Madrid. Momo trató de esperar a que hablara, pero su paciencia se agotó al cabo de un minuto y medio de mover nerviosamente la pierna.

—¿Gael, qué ha pasado? —susurró.

—El venator volvió a por ella —se limitó a contestar sin apartar la mirada del infinito—. He tenido que inducirla al sueño para que se tranquilizara. Necesito pensar —agregó.

—¿Pensar? —murmuró Momo frunciendo el ceño.

—Sí, porque ya no quieren acabar con ella.

Momo lo contempló incrédula al tiempo que se le escapaba una risa sarcástica.

—Anteayer la apuntaban con una pistola —murmuró—. ¿Qué te hace pensar que hayan cambiado de opinión?

Él suspiró, apartó la mirada del horizonte y se volvió hacia ella.

—Porque hoy el demonio ha tenido oportunidades de sobra para matarla y se ha limitado a aterrorizarla.

—Gael —comenzó Momo en un tono repleto de reproche—, ¿te has quedado mirando mientras ese monstruo la perseguía? —exclamó enfadada.

—Nunca corrió peligro —se justificó—. Él mismo dijo que ya no quería matarla.

—¿Un demonio que no quiere matar a un ángel? —inquirió enarcando una ceja—. Me cuesta trabajo creerlo.

—Lo sé y me intriga. Pero, Momo, te prometí que no le pasaría nada y voy a cumplir mi palabra.

—Sé que lo harás —asintió ella más tranquila—, pero Rio ha tenido que pasar mucho miedo. No quiero que vuelvas a usarla así. Prométemelo.

—Te lo prometo —dijo al cabo de unos segundos.

Y Momo le creyó: sabía que Gael jamás le mentiría.

—¿Por qué siempre van a por la gente que me importa? —murmuró volviéndose hacia la puerta cerrada de la habitación de invitados.

—No lo sé, Momo —contestó pesaroso.

Despertar de un sueño es regresar a la realidad, poner los pies en la tierra. Pero cuando ese sueño nos ha protegido de una experiencia traumática, el despertar no es precisamente un cambio fácil de asumir. La mente sigue intentando protegerse y se aferra al mundo onírico con uñas y dientes.

Gael había intentado tranquilizarla proporcionándole la huida que necesitaba: un descanso

sin pesadillas, sin recuerdos distorsionados. Pero sabía que iba a tener que lidiar con una Rio aterrorizada, desconfiada y muy alterada. Exactamente lo contrario a lo que necesitaba en esos momentos.

La joven abrió los ojos despacio y volvió a cerrarlos de inmediato. Momo y Gael la observaron a una distancia prudencial. No les fue difícil saber en qué momento su mente se situó en el presente ya que una mueca de miedo se apropió de su rostro.

Cuando se incorporó, miró a Gael, tal vez esperando que él le ofreciera una solución a lo que estaba ocurriendo. Como no dijo nada, al final fue ella misma la que habló:

—¿Qué hago? —susurró con los ojos húmedos.

—Para empezar, no llorar.

—¡Gael! —exclamó Momo con reproche.

—No vas a conseguir nada llorando —se justificó.

Rio parpadeó y algunas lágrimas se derramaron, pero rápidamente se las limpió con el dorso de la mano. Entonces, volvió a mirarlo expectante.

Gael vio que le temblaba el labio y que sus ojos volvían a anegarse. Por más que se esforzara estaba a punto de perder la compostura y echarse a llorar.

—Te enseñaré a defenderte —le dijo. Y Rio se sorprendió tanto que los temblores cesaron—. Pero tendrás que controlar ese miedo que te ha paralizado hoy.

—L-lo haré —murmuró y Gael asintió levemente.

—Ahora será mejor que vuelvas a casa —Rio abrió la boca para hablar pero él se le adelantó—. Nosotros te llevaremos. Y no te preocupes: estaré cerca.

No, definitivamente ese no era el momento para comenzar a instruirla.

Rio durmió poco aquella noche. A pesar de que sabía que Gael no la había abandonado a su suerte, le resultaba complicado conciliar el sueño. Sobre todo porque fuera el viento soplaba fuertemente zarandeando las ramas de los árboles cercanos y haciendo crujir la persiana. Todos esos ruidos la sobresaltaban y la despertaban de su sueño ligero.

Pero una extraña determinación había nacido dentro de ella. Gael le había explicado que el demonio ya no pretendía matarla, pero que eso no impediría que regresara para atormentarla. Así pues, estaba decidida a demostrarle a Gael, y a sí misma, que podía controlar su miedo.

Y puede que algún día, no volviera a sentirlo.

Rio saltó ágilmente para golpear la pelota de vóley y realizar un mate sobre el campo contrario. Pero, en el último momento, Lucas Sellers se lanzó hacia delante y elevó la bola de nuevo. La muchacha frunció el ceño: normalmente nadie lograba salvar sus mates.

Al ser bailarina, estaba en buena forma y solía tener los mejores resultados en educación física sin apenas esfuerzo. Baloncesto y vóley eran unos de los deportes que mejor se le daban ya que era capaz de realizar grandes saltos.

Sacudió la cabeza y se concentró en salvar el partido ya que, por primera vez, su equipo perdía. No es que perder al vóley fuera a bajarle la nota en educación física, pero Rio era competitiva, le gustaba ganar, especialmente en aquello que se le daba bien. Sin embargo no importó lo que hiciera durante el partido, su equipo no remontó.

—Bueno, parece que Riona ya no es la estrella —comentó una de sus compañeras sonriéndole al nuevo.

La aludida resopló e ignoró su comentario. No se llevaba bien con aquella chica y era habitual que se lanzaran alguna que otra pulla. Lucas sonrió levemente, pero no intervino.

—Y tampoco la única británica de la escuela —intervino Teo, un chico que conocía desde primaria cuando su familia se mudó a Madrid.

Riona sabía que, cuando llegó a la escuela, se ganó cierta antipatía dada su actitud distante y algo fría. Su situación familiar, sumada a que no hablaba español con tanta fluidez como sus compañeros, no le puso las cosas fáciles. Sin embargo, cualquiera habría esperado que Teo hubiera superado su ruptura el año pasado, pero él se había dedicado a proclamar que era una frígida y se creía más solo por ser británica... hasta que Silvia le había cerrado la boca.

Normalmente lo habría dejado pasar, pero esos días no estaba dispuesta a aguantar ni una, por pequeña que fuera:

—A ver si te entra de una vez, Teo: tengo doble nacionalidad y, aunque no fuera así, no soy británica. Soy de Dublín —le espetó de mala gana mientras se ponía la sudadera para no coger frío ahora que habían dejado de moverse.

—Es lo mismo —replicó él.

—No lo es —intervino Lucas con su acento inglés—. Solo Irlanda del Norte pertenece a Reino Unido. La República de Irlanda es independiente y su capital es Dublín.

—Al menos alguien usa el cerebro —intervino Silvia rompiendo el silencio que se había generado tras las palabras del joven.

Varios rieron por lo bajo, aunque Rio estaba segura de que la mitad no sabía ese dato.

—¡Venga, todos a los vestuarios! —les ordenó la profesora, palabras que acompañó soplando el silbato.

—Has jugado bien —le dijo Lucas Sellers.

—Gracias —se limitó a decir sin dejar de caminar—. Y también gracias por lo de ahora —agregó en un intento por ser amable, a fin de cuentas acababa de llegar.

—De nada. Yo también me cabrearía si me dijeran algo así. ¿Te has mudado hace poco? —preguntó caminando junto a ella hacia los vestuarios.

—No. Llevo en Madrid desde que tenía nueve años.

—Oh. Esperaba encontrar a alguien en circunstancias similares a las mías—. Y realmente parecía desilusionado.

El joven había cambiado al inglés sin que Riona se percatara. Le resultó tan natural, que ella misma continuó la conversación en su lengua nativa.

—Bueno, al menos tú no te mudaste después de que muriera tu padre. No creo que te sea difícil adaptarte —añadió encogiéndose de hombros.

—Vaya, lo siento mucho —dijo en tono pesaroso.

Quiso morderse la lengua por haberle dicho algo así. No había sido su intención incomodarlo y tampoco solía confesar su pasado trágico en la primera conversación que tenía con alguien. Debía de ser por lo alterada que se encontraba esos días.

—No tienes de qué disculparte, fue hace mucho tiempo —añadió fingiendo una despreocupación que no sentía.

—Bueno, aunque no es ni de lejos lo mismo —comenzó con aire pensativo—, ha sido la muerte de un conocido lo que ha hecho que mi familia se traslade.

—Ahora soy yo quien lo siente —suspiró Rio cada vez más segura de que no había sido buena idea entablar conversación.

—Se trataba de un amigo de mi madre que dirigía una de las sucursales de las empresas de mi familia —le explicó—. Es trágico, pero no como perder a un padre.

—¿Bernardo Arango? —inquirió al recordar el nombre que no había dejado de aparecer en las noticias junto con otros tantos. Al final era verdad que Lucas Sellers había estado en el cementerio para el funeral de una de las víctimas de los venatores.

—Sí —lo confirmó con gesto grave—. Mi familia buscaba mudarse desde hacía un tiempo y

mi madre decidió ocupar su puesto en Madrid y relegar el suyo en Londres.

—Vaya, parece una mujer importante —murmuró ella.

Lucas rio ante su inocente comentario.

—Lo es, pero también tiene sus desventajas: desde niño, mis padres me prepararon en caso de que decidiera dedicarme al negocio familiar. He asistido a montones de cenas aburridísimas a lo largo de mi vida.

—Bueno, al menos te dejan escoger —opinó la muchacha—. Aquí hay muchos alumnos que saben que van a tener que ocuparse del "imperio" familiar sí o sí.

—Por la forma en que lo dices...

—Hago que suene un poco a burla, ¿verdad? —Lucas asintió—. Es que así pienso. Mi familia tiene recursos, pero todo viene de la herencia que nos dejó mi padre, no de negocios. Por eso no conozco ese mundo y me llevó un tiempo adaptarme.

—Ah, así que eres de esas...

Rio se volvió hacia él enfadada:

—¿No me digas que eres de los que juzgan a los demás por el lugar que ocupa el negocio familiar en el *ranking*?

Lucas rio y fue entonces cuando se dio cuenta de que le había tomado el pelo.

—No, no, y si así fuera, mi madre me daría un par de collejas. Aunque mi familia tenga uno de esos "imperios" mis padres me han educado para que no se me suba a la cabeza.

Se detuvieron ante el polideportivo de la escuela donde también estaban los vestuarios en bloques separados.

—Eso no le habría venido mal a muchos en esta escuela —opinó Rio.

—Supongo que no —asintió el londinense recordando a alguno de sus compañeros—. Bueno, nos vemos en filosofía.

Riona se despidió y entró en los vestuarios de las chicas. Varias de sus compañeras ya habían terminado de ducharse, por lo que se apresuró a coger el neceser de su taquilla, a desvestirse y meterse en la ducha.

Intentó ser rápida, pero cuando el agua caliente resbaló por su piel, fue incapaz de salir junto con sus compañeras. Necesitaba cosas como esa para lograr calmarse y centrarse en el día a día. Le ayudaban a mantener el miedo a raya.

Al final tuvo que abandonar la calidez del agua. Con un resoplido, tomó asiento en uno de los bancos de madera y comenzó a embutirse en las medias oscuras, la camisa blanca, la falda de cuadros verdes que tanto detestaba y la americana de aquel color pardo tan aburrido.

Silvia y Lucía la esperaban a la salida; la primera apremiándola para que no llegaran tarde a la siguiente clase y la segunda instándola a tomárselo con calma dado que no tenía ni el más mínimo interés por la filosofía.

Caminaban apresuradamente por los terrenos ajardinados del instituto cuando sintió una presencia que le heló la sangre en las venas.

—Rio —la llamó Silvia al ver que se había detenido en seco.

—H-he olvidado algo en los vestuarios —balbuceó mirando hacia atrás—. Vosotras id a clase, ahora os alcanzo—. Y, sin esperar respuesta, echó a correr.

Sin embargo, no se dirigió a los vestuarios sino a los baños que había cerca del reloj de sol. Ahí era a donde sus instintos la guiaban.

Divisó los lavabos de las chicas y empujó la pesada puerta para entrar. Con una mano en el manillar, examinó metro por metro hasta donde su vista alcanzó y no encontró nada sospechoso, sin embargo, aquella sensación continuaba en su pecho. Era como si el sol hubiera dejado de

brillar y todo se hubiera enfriado.

Se acercó hasta los espejos, abrió el grifo y se mojó la nuca en un intento por aclarar la mente. Aquella paranoia no era injustificada, no después de haber rozado la muerte en dos ocasiones. Además, estaba cansada porque no lograba dormir lo que necesitaba.

Alzó la cabeza para examinar de cerca las ojeras que ya empezaban a notarse y, al ver el reflejo que le devolvió el espejo, se le escapó un grito ahogado.

Ahí estaba el venator, apoyado en la pared opuesta, mirándola.

Rio se giró rápidamente y no tuvo que volver a mirarse al espejo para saber que había palidecido. A pesar del miedo, se obligó a inspirar hondo varias veces y a recordarse que Gael la protegería. Que si no estaba ya allí, era porque no corría peligro. No era algo sencillo de lo que convencerse.

—Hola, Riona —la saludó el demonio sonriendo torcidamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseó intentando mostrarse desafiante. Nunca en su vida había hecho algo así y estaba segura de que él no tardaría en echarse a reír ante ello.

—¿Tú qué crees?—. Y acompañó sus palabras avanzando un par de pasos hacia ella—. He venido a terminar lo que empecé ayer antes de que nos interrumpieran.

Rio retrocedió hasta chocar contra el lavabo, con dedos trémulos, se agarró al borde hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

—No vas a matarme —dijo, aunque la confianza no estaba por ninguna parte en sus palabras.

—Ah, ¿no?

—Si quisieses matarme, ya lo habrías hecho —añadió intentando convencerse más a sí misma que a él.

El demonio sonrió siniestramente.

—Tienes razón, no voy a matarte —admitió.

—¿Por qué no? —inquirió Rio sin poder creer que estuviera manteniendo una conversación con él.

—Porque... —y avanzó unos pasos más hacia ella—. Bueno, no esperarás que te lo cuente tan al inicio de la partida, ¿verdad? Sería demasiado fácil.

Rio vigiló sus pasos con la mirada ahora que el venator se había alejado de la salida. Sin pensárselo dos veces, echó a correr. Agarró el picaporte dispuesta a escapar, pero entonces algo tiró de ella apartándola.

—No he terminado de hablar —siseó el joven que se había movido a gran velocidad y ahora se encontraba bloqueando la puerta.

Rio resbaló sobre el suelo pulido pero logró permanecer en pie. Se limitó a mirarlo. Las anteriores veces solo había contemplado su silueta emborronada y deformada por el miedo mientras corría o buscaba una salida. Esa era la primera vez que lo veía realmente.

Parecía salido de un concierto de rock con la cazadora de cuero, los *piercings* en las orejas y los estampados tribales de su camiseta. Pero lo que realmente la sorprendió fue que no había nada en él que le diera indicios de que no era simplemente un joven normal. No había cuernos ni piel roja como en las ilustraciones de demonios. Nada, absolutamente nada, que lo marcara como el caído que era. De hecho, podría incluso haberle resultado atractivo de no ser por el desprecio y la ira que emanaban de su expresión.

—Si no vas a matarme ¿qué haces aquí? —preguntó de nuevo notando la boca seca.

El demonio pareció plantearse esa pregunta realmente en serio, momento que Rio aprovechó para agacharse y agarrar una fregona que el servicio de limpieza había olvidado recoger. Como si estuviera blandiendo una lanza, lo apuntó con los flecos amarillos y húmedos.

Por un momento el demonio no movió ni un músculo, pero al segundo siguiente se echó a reír a mandíbula batiente y Rio lo contempló estupefacta.

—Una fregona —susurró cuando terminó de reír—. De entre todas las cosas... —volvió a soltar una carcajada, esta vez breve y baja. La muchacha enrojeció, pero no bajó la fregona por muy ridícula que se sintiera.

Parpadeó un instante y, cuando abrió los ojos de nuevo, el demonio estaba frente a ella. Muy cerca. De un solo movimiento, le arrebató la fregona que fue a estrellarse contra la pared. Se partió por la mitad y agrietó varios azulejos.

El caído se inclinó sobre ella y susurró sobre su oído:

—Eres estúpida.

Rio lo miró paralizada por el miedo y aterrorizada por lo que pudiera pasarle si Gael no aparecía a tiempo. Le daba igual lo que creyera: no quería estar frente a él ni un segundo más.

Tres fuertes golpes resonaron sobre la puerta de los lavabos y al fin, el demonio apartó la mirada.

—¿Riona? ¡Abre la puerta!

La muchacha reaccionó al reconocer de inmediato la voz de Silvia y, temerosa, se volvió hacia el demonio que continuaba con la mirada fija en la salida. Por un momento temió que fuera a hacerles daño, pero se limitó a desaparecer en el aire envuelto en una neblina negra.

Apenas un instante después de que se marchara, alguien echó la puerta abajo. Por ella entraron Lucas y Silvia que la observaron confusos al verla de pie en medio de los baños.

Entonces, para desconcierto de ambos, la muchacha rompió a llorar.

A la salida del instituto, Riona vio que Lucas Sellers se acercaba, probablemente para preguntarle acerca de su pequeño ataque de histeria en los baños. La muchacha se las había arreglado para convencer a sus amigas de que era mejor no hablar del tema ya que no tenía importancia. El problema había sido Lucas que había tratado de acercarse para preguntarle y ahora iba a intentarlo una vez más.

Afortunadamente, alguien la esperaba frente a las verjas de la escuela:

—¡Rio! —la llamó Momo gritando y saltando para hacerse ver y oír por encima de la multitud de alumnos que se amontonaban para salir del recinto.

Riona se coló entre los estudiantes y empujó a varios para abrirse paso hasta ella.

—Gael supuso que preferirías que Alejandro y yo te acercáramos al ático.

—Sí, la verdad es que sí —admitió Rio más que aliviada de no tener que ir hasta allí sola después de haber comprobado que el venator no tenía problemas a la hora de colarse en el instituto.

Caminaron juntas hasta el coche. Momo no dejaba de parlotear, pero fue un comentario en concreto el que llamó su atención.

—No sabía que había tantos alumnos en tu escuela...

—La verdad es que en esta no somos tantos. Es un instituto algo exclusivo así que el número de alumnos es limitado si lo comparamos con otros centros —contestó extrañada ante la curiosidad con que ella observaba a su alrededor.

Momo pareció darse cuenta porque se apresuró a contestar:

—Es que nunca he ido a la escuela —dijo encogiéndose de hombros.

—¿No estudias? —inquirió Rio que no pensó que Gael descuidaría a Momo de aquella manera.

—Claro que estudio, pero en el ático. Gael tiene contratados a un montón de profesores para mí sola —explicó con una mueca en el rostro—. Es terriblemente aburrido, saben perfectamente

cuando no presto atención o cuando intento copiar.

Rio se echó a reír ante la frustración de la adolescente.

—¿Por qué no le pides que te apunte a una escuela?

—Bueno... En realidad no es culpa suya. Lo que pasa es que, después de que los demonios mataran a mi hermano, desarrollé algún tipo de agorafobia, ya sabes, miedo a los espacios abiertos —confesó avergonzada—. En mi caso no es tanto eso como salir de casa. Mejoré con los años, pero siempre voy acompañada. Aquí mi amigo Alejandro —lo señaló—, es también mi guardaespaldas.

Las chicas entraron y el chófer arrancó. Una vez dentro, Momo se volvió hacia ella:

—Supongo que debe resultarte raro...

—En realidad, creo que tiene mucho sentido. Yo tampoco quiero salir de casa últimamente.

—Es por eso que tampoco tengo amigos, no de mi edad al menos —añadió dirigiendo una mirada de soslayo a Alejandro que sonrió ligeramente—. Me emocioné cuando Gael te trajo a casa, pero creo que me pasé un poco. No quería parecer insensible —añadió avergonzada. Y Rio adivinó que el propio Gael debía de haberle dicho algo al respecto.

—Bueno, es cierto que lo pensé una vez —confesó—, pero ahora me parece comprensible. Es decir, me extraña que no te pusieras a dar saltos de alegría.

Ambas muchachas rieron y Momo iba a decir algo más cuando el móvil de Rio comenzó a sonar.

—Un momento —se disculpó. No reconoció el número, por lo que contestó extrañada—. ¿Sí?

—Quiero que nos encontremos.

No hubo necesidad de presentaciones, Rio supo al instante quién estaba al otro lado de la línea: el venator otra vez.

—Estás loco si piensas que me reuniré contigo —replicó la muchacha sin saber muy bien si sorprenderse por el hecho de que él conociera su número, o sentirse estúpida por no haberse imaginado que el demonio probablemente sabía ese y más detalles de su vida.

—Sabía que dirías eso —contestó al otro lado de la línea—. Por eso me he tomado la libertad de ir a conocer a tu madre. La estoy viendo ahora mismo mientras charla con uno de sus colegas. ¿Es su novio?

—No te atrevas... —comenzó con un grito pegado a la garganta y el pánico adueñándose de ella. Pero la única respuesta que recibió fue el pitido de la línea cuando el demonio colgó.

Frenética se volvió hacia Alejandro y le gritó la dirección de la oficina donde trabajaba Diane.

Como siempre, ¡espero que os haya gustado! Ya vamos por el capítulo 5 y me gustaría mucho, mucho saber que opináis de esta novela o qué teorías locas se os ocurren. ¡No seáis tímidos! Por otro lado, en la siguiente parte os dejo una pequeña explicación de cómo funciona el alma en esta novela.

~Teoría del alma I~

¡Hola a todos! En esta imagen os presento los elementos básicos para comprender de dónde proviene el poder de los ángeles y demonios, así como su funcionamiento. ¡Espero que os resulte interesante!

Lo principal es saber que el cuerpo y el alma están conectados en todos los niveles y son lo que conforma al ser vivo. El cuerpo no está vivo sin el alma y el alma no puede existir en la Tierra sin el cuerpo. Lo que ocurre con el alma después de la muerte, es algo que se sigue estudiando tanto en Abyssus como en Caelum (el hogar de los ángeles).

Controlar el induam a la perfección es el objetivo de todo ángel y demonio. Gracias a él, pueden crear armas, escudos, alas, sellos, vínculos e infinidad de cosas que veremos a lo largo de la historia. También es gracias al induam que los demonios pueden acceder a Abyssus a través del espacio tiempo ya que se encuentra en otra dimensión (lo mismo sucede con los ángeles y Caelum).

Recordad que el límite del poder de un ángel y un demonio lo determina el tamaño de su induam... y la imaginación.

Espero que os haya resultado interesante. Cualquier duda, preguntadme, estaré encantada de responder.

Capítulo 5: algo que proteger (parte 2)

Rio no sabía dónde había conocido Gael a su chófer, pero estaba tremendamente agradecida. El hombre conducía como si estuviera en la Fórmula 1.

Buscó al venator entre la multitud. En cuanto lo divisó apoyado contra la fachada del edificio que estaba frente al bloque de oficinas, saltó del coche sin esperar a que se detuviera del todo. Momo se dispuso a seguirla, pero se volvió rápidamente hacia ella:

—No, quédate en el coche.

—Pero, Rio... —comenzó a protestar.

—No, Gael no quería que te expusieras a esto. Espera en el coche y llámale.

El tono firme que había empleado no daba pie a discusiones. En ese momento, Rio no podía permitirse discutir, ni de tener miedo por su propia seguridad, no cuando Diane estaba tan cerca del demonio.

Se encontraba junto a la entrada de puertas giratorias, en uno de sus escasos descansos mientras fumaba un cigarrillo y conversaba con sus compañeros. En otras circunstancias, le habría reprochado a su madre que hubiera vuelto a fumar, pero esta vez ni siquiera fue consciente de ello.

Corrió hasta que se detuvo bruscamente a poco más de dos metros del demonio que había apartado la vista de Diane para clavarla en ella. Evitó sus ojos azules y miró de reojo al otro lado de la calle. Suspiró aliviada al ver que su madre apagaba la colilla para volver a subir a su oficina.

—¿Qué pretendías? —le preguntó furiosa.

Ian se sorprendió ante la violencia que rezumaba su voz. Apenas unas horas antes temblaba en su presencia.

—Nada —contestó fingiendo inocencia—. En ningún momento dije que fuera a hacerle daño. Es solo una humana, ¿qué iba a ganar matándola?

—Hacerme daño a mí —contestó ella—. Como has estado haciendo hasta ahora.

—Hasta ahora solo te he asustado un poco. Nada más.

—Me disparaste —siseó.

—Pero fallé —replicó el demonio.

—Solo porque me apartaron de la trayectoria de la bala, no te atribuyas el mérito de algo que no hiciste. Y ahora amenazas a mi madre así que no intentes fingir ser un buen tipo.

—Ya te he dicho que tu madre no nos interesa. Es solo una humana que no pinta nada. A lo sumo podríamos utilizarla para atraerte.

Eso no, eso sí que no.

—¡No te atreverás! —gritó lanzándose contra él pillándolo desprevenido. No esperaba que la joven lograra reunir el coraje para enfrentarse a él.

Algo brilló en las palmas de Rio y, cuando sus manos entraron en contacto con el pecho del demonio, el aire se impregnó rápidamente de un olor a tela y carne quemada.

Los ojos de Ian se abrieron de par en par y se oscurecieron hasta volverse de un negro opaco. Gruñó y la apartó de un empujón que la lanzó al suelo. La sonrisa juguetona que había bailoteado en sus labios durante toda la conversación, había sido reemplazada por una mueca de odio.

Estaba a punto de contraatacar cuando alguien se interpuso entre ambos.

Gael detuvo al demonio colocando tan solo el dedo índice sobre su pecho en carne viva.

—Márchate —le espetó.

Ian se volvió hacia Rio un instante antes de recobrar la compostura. A continuación, se abrochó la cremallera de la cazadora para ocultar las quemaduras y se marchó de allí a la carrera.

—¿Por qué lo has dejado ir?! —exclamó incrédula y con la ira a flor de piel.

—Aquí no, Riona —se limitó a decir Gael.

—¿Ha amenazado a mi madre! —continuó ella sin hacerle caso.

Los ojos grises se volvieron hacia ella brillando acerados.

—Aquí no, Riona —repitió tajante. La muchacha enmudeció y fue consciente por primera vez de que la gente los había rodeado y murmuraba señalándolos—. Vámonos —le ordenó Gael comenzando a caminar hacia el coche y Rio lo siguió intentando recuperar la calma.

Durante el trayecto, mantuvo las manos en los bolsillos, como si en lugar de dedos tuviera diez protuberancias monstruosas. El silencio se había apoderado del interior del vehículo. Gael mantuvo los brazos cruzados con la mirada fija en algún punto de la carretera poniendo aún más nerviosas a Rio y a Momo que se sintieron tremendamente aliviadas cuando llegaron a su destino. Los segundos que duró el trayecto en ascensor fueron, probablemente, los más incómodos que había experimentado en toda su vida.

Cuando al fin tomaron asiento en el salón, Gael se volvió hacia Rio y por fin abrió la boca:

—¿Una fregona? —dijo enarcando una ceja—. Realmente tenemos mucho trabajo por delante.

Riona lo miró estupefacta y Momo soltó una risilla, más de alivio por toda la situación vivida y por que Gael no estuviera enfadado.

—Era lo que había en el baño —intentó justificarse una vez recuperó el habla.

—Espera, espera —intervino Momo—. ¿Usaste una fregona contra ese demonio?—. Y a continuación rompió a reír.

Gael puso los ojos en blanco ante su exagerada reacción.

—Al menos hoy hemos confirmado algo: sin duda eres, o serás, un ángel.

—¿No lo sabíamos ya? —preguntó Momo una vez hubo recuperado el aliento—. Quiero decir, mírala. Era imposible que fuera un demonio.

—Las apariencias engañan —se limitó a decir Gael—. A lo que me refiero es a que has empleado por primera vez tu poder contra un demonio. Eso es prueba inequívoca de que tu alma reacciona contra la suya.

—No es muy disparatado teniendo en cuenta que estaba amenazando a mi madre. Me habría dado igual que fuera un demonio, un ángel o un humano —murmuró Rio.

—El brillo de tus manos no es propio de un ángel caído —afirmó, y ella suspiró aliviada. Cuando Gael volvió a hablar, su voz era resultó fría e, incluso, inhumana—: Pero debes saber que . No sería de extrañar que, puesto que no quieren matarte, pretendan utilizarte, para lo cual deberán lograr que te unas a ellos.

—¿Para qué querrían utilizarme? —preguntó Rio algo intimidada ante su mirada.

—Eso es lo que pretendo averiguar —contestó.

—¿No lo sabes ya? —intervino Momo sorprendida.

Gael suspiró.

—No, Momo. Al contrario de lo que parece creer, no lo sé todo. —Entonces enlazó los dedos y cerró los ojos. Cuando habló lo hizo en apenas un susurro frágil, como si en realidad no quisiera pronunciar esas palabras—. Si quieren utilizarte, te tentarán, te amenazarán, te harán

caer—. Abrió los ojos y la miró—. Necesitas aprender a defenderte, pero no podía ayudarte mientras te paralizabas cada vez que te encontrabas con el venator. Hoy has dejado de tener miedo por ti y has encontrado el valor para proteger a tu madre. Ya puedo comenzar a enseñarte.

Riona parpadeó unos segundos mientras digería que Gael hubiera permitido al demonio acecharla para ver si era capaz de reaccionar. No le gustó, pero no estaba en situación de protestar ni de exigirle nada. Bastante era que la estuviera protegiendo.

—Bien, ¿por dónde empezamos? —preguntó impaciente inclinándose hacia él.

—Bueno, puesto que hoy has logrado herir a un demonio, y supongo que habrás dedicado horas a conocer tu alma, tal y como te enseñé—. Rio torció el gesto, pero no dijo nada acerca del escaso tiempo que había empleado practicar—, voy a proponerte un sencillo ejercicio. Momo —la llamó. Ella sonrió y se puso en pie—. Enséñale lo que sabes hacer.

La aludida se situó en el centro del salón, dobló las rodillas para tomar impulso y saltó. Pero saltó tan alto que logró rozar el elevado techo del ático. Riona la contempló con la boca abierta cuando cayó al suelo con una sonrisa de suficiencia.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó.

—Si bien Momo es completamente humana, su alma posee un tamaño ligeramente superior a la del humano medio. No es suficiente para disponer del induam necesario para crear alas o armas como los ángeles y demonios, pero sí para concentrarla en las extremidades y potenciar sus habilidades físicas. Así Momo puede golpear con más fuerza o correr más rápido. Lo que acaba de hacer es acumular su induam en las piernas para lograr un salto superior.

—Es increíble —susurró Rio mirando con admiración a la adolescente.

—Lo es —asintió Gael con cierto orgullo en la voz—. Y si ella es capaz de eso, tú serás capaz de mucho más. Dominar el induam para crear objetos no es tarea sencilla y requiere de cierta práctica previa. Es por eso que voy a instruirte antes en potenciar tus habilidades físicas. Si alguna vez necesitas huir, con esto me aseguraré de que puedas lograrlo.

Rio asintió. Si bien prefería que le enseñara a derrotar al demonio, entendía que antes debía sobrevivir para llegar a la lección correspondiente. Aunque le resultaba frustrante.

—Bien, cierra los ojos —le pidió—. Quiero que pienses en tu induam como un ente que fluye alrededor de tu cuerpo. Lo percibes pero no puedes atraparlo. Sin embargo, su capacidad de fluir te permite guiarlo como el cauce de un río—. Gael hablaba con tono tan suave y uniforme que, por un instante, Rio se adormeció—. Concéntrate —le ordenó y la muchacha se apresuró a prestar atención—. Ahora intenta realizar el mismo salto que Momo.

Riona se puso en pie y caminó hasta el lugar más despejado de la estancia. Siguió los mismos pasos que Momo y se concentró en visualizar el induam como el agua que cae por una cascada hasta el lecho de rocas que eran sus pies.

Entonces, inspiró hondo y saltó. Para asombro de todos, logró tocar el techo.

—Estoy francamente sorprendido —dijo Gael cuando la muchacha regresó al suelo—. No esperaba tan buenos resultados la primera vez.

Rio lo miró con extrañeza.

—Yo tampoco esperaba que fuera tan sencillo —susurró mirando hacia arriba.

—La verdad es que no es habitual. ¿Practicas algún tipo de deporte? —inquirió.

—Soy bailarina de ballet, no sé si te vale —contestó Rio sin apartar la vista del techo. Quería asegurarse de que realmente fuera tan alto como parecía.

—Entonces eso lo explica todo —dijo—. Parece que ello ha servido para influir en tu induam a pesar de que no hubieras manifestado tu poder.

—¿Qué quieres decir? —inquirió.

—Quiero decir, Riona, que tu cuerpo ya está acostumbrado a servirse de tus habilidades sobrehumanas. Durante todos estos años, ¿no te has percatado de que el baile te era demasiado fácil?

La joven meditó la respuesta durante unos segundos.

—En realidad, sí —admitió—. Normalmente necesito menos horas de ensayo que mis compañeras para dominar los movimientos y conseguí el papel protagonista sin mucho esfuerzo.

—Bueno, pues ya sabes a qué se debe —zanjó Gael—. Es una suerte, desde luego. Te daré un par de días para practicar antes de pasar a la siguiente lección. ¿Qué ocurre? —le preguntó al verla con la mirada baja.

—Me siento como si hubiera hecho trampas —confesó—. Todos estos años he tenido una ventaja respecto a mis compañeros...

Saber que su poder dormido era la razón por la cual poseía un excelente equilibrio y una agilidad envidiables, hacía que los halagos de los distintos profesores que había tenido perdieran valor.

—No es como si te hubieras dopado, Rio —intervino Momo poniendo los ojos en blanco—. Tú naciste con esto.

—Desde mi punto de vista —intervino Gael antes de que pudiera abrir la boca—, has tenido suerte de haber practicado un baile tan disciplinado ya que tu control sobre el indum es notable.

La verdad era que a él no le interesaba si la muchacha consideraba poco ético haber utilizado inconscientemente su condición de ángel para destacar en el ballet, solo le importaba haberse ahorrado largas sesiones de entrenamiento. Cuanto antes estuviera lista para enfrentarse a sus enemigos, mejor.

Durante el fin de semana, Rio se propuso ponerse al día con los estudios y practicar todo lo que pudiera los ejercicios de Gael. Se vio obligada a rechazar varios planes con sus amigas y Diane poniendo malas excusas. Una parte de sí temía que esta nueva vida llegara a absorberla por completo, no permitiéndole volver a tener una relación normal con nadie.

El sábado fue agotador y pronto comprendió que dominar su indum resultaba igual de extenuante para su mente que el ejercicio intenso para su cuerpo. Le dolía cada articulación, cada músculo. Lo peor fue levantarse tardísimo la mañana del domingo por lo que decidió ir a la biblioteca para estudiar. De este modo, evitaría las preguntas de su madre y lograría concentrarse mejor. Después iría al ático donde Gael pretendía empezar con el entrenamiento "de verdad". Rio ya estaba agotada y se preguntaba cuánto más podía complicarse.

Al salir de la boca de metro más cercana a la biblioteca, se topó con Ocaña, un compañero de curso con el que nunca había ido a clase pero que todo el mundo conocía. Podía decirse que Julio era el chico popular, el jugador de fútbol, el que tenía los padres más ricos de la escuela y montaba las mejores fiestas.

Él y Riona tenían cierta historia. Había sido su amor platónico durante los primeros años de secundaria... El de ella y el de todas las chicas del instituto para ser sinceros. Había asistido a una de sus fiestas y, tras hablar un par de veces con él, resultó que cuando Julio abría la boca, perdía todo su encanto. Era prepotente, egocéntrico, chulo y un largo etcétera que no le favorecía en absoluto. El problema era que Riona había llegado a ser bastante popular entre los chicos del instituto, principalmente por sus rasgos extranjeros. Julio se había encaprichado con ella y, un año después de que Rio lo hubiera rechazado, aún intentaba que saliera con él.

Normalmente la muchacha replicaba a sus comentarios educadamente, lo evitaba o le prometía cosas que no estaba dispuesta a cumplir con tal de que se callara. Pero después de todo lo que le había ocurrido en los últimos días, no tenía la paciencia para lidiar con él. Por ello, se

mezcló entre el gentío tratando de pasar desapercibida. Pero no sirvió de nada.

—¡Hola, Dávila! —exclamó el chico en tono jovial al reconocerla.

Rio continuó caminando fingiendo no haberlo visto, pero Julio se apresuró a alcanzarla.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó ignorando el gesto hosco que ella le dirigió—. No vives por esta zona.

Rio suspiró:

—Voy a la biblioteca —contestó escuetamente—. Y tengo prisa —agregó esperando que él captara su humor y la dejara en paz.

Pero otro de los defectos de Julio era que carecía de empatía.

—Bah... Pero eso es un rollo. ¿Por qué no te vienes conmigo y nos tomamos algo mientras charlamos? ¿Qué te parece?

Riona soltó un resoplido exasperado sin dejar de caminar.

—Mira, Julio, te lo he dicho de todas las formas posibles y en varios idiomas: no quiero nada contigo. Así que no te humilles más y déjame en paz.

Y entonces la sonrisa que el chico había mantenido hasta el momento se esfumó.

—Eres una borde, Dávila —le espetó—. Encima de que me rebajo a hablar contigo cuando tu apellido no vale nada.

Rio se volvió bruscamente hacia él y estaba a punto de golpearlo cuando alguien se le adelantó: unos brazos empujaron a Julio del camino apartándolo de ella.

—¿Por qué no dejas el numerito para casa? —le propuso Lucas Sellers mientras lo soltaba con brusquedad.

—Tú eres nuevo, ¿verdad?— preguntó Julio fulminándolo con la mirada. Lucas se limitó a asentir—. Pues, en ese caso, deberías tener cuidado no te conviene buscarme las cosquillas.

El londinense suspiró claramente exasperado:

—Soy el hijo de la Directora General de Lionscorp. Tal vez seas tú el que deba tener cuidado.

Fue visto y no visto. Julio reaccionó como si lo hubieran abofeteado y Riona observó con asombro cómo palidecía y daba media vuelta para marcharse. No sin antes dirigirle una mirada envenenada a Lucas.

—Vaya...— susurró Rio con verdadera admiración ante la rapidez con la que el londinense había despachado a Julio.

—Parece que tenías razón: en esta escuela cuenta demasiado la posición social de uno —murmuró Lucas con una mueca en los labios.

—Y parece que tú eres el más ricachón de todos.

El muchacho frunció el ceño y la miró algo avergonzado:

—Son mis padres los que tienen dinero, no yo —replicó.

—Sí, bueno. Gracias.

Lucas rio suavemente.

—Creo que el que debería agradecermelo es él: juraría que estabas a punto de romperle la nariz antes de que interviniera.

—Es posible —contestó sonriendo—. Tengo prisa. ¡Hasta luego! —se despidió.

Riona soltó una pila de libros sobre la mesa de madera provocando más ruido del que pretendía y ganándose con ello la desaprobación de todo el que la rodeaba en diez metros a la redonda. Avergonzada, la muchacha tomó asiento y echó a un lado los apuntes de clase para tomar el primero de los libros que había sacado de la sección de mitología. En letras rojas que contrastaban con las cubiertas negras se leía "Demonología: las estirpes del Infierno".

Tras haber pasado media hora en la biblioteca tratando de estudiar los apuntes de literatura, Rio había llegado a la conclusión de que le iba a ser imposible concentrarse, no con su mente puesta en los demonios. Dispuesta a entender, aunque fuera mínimamente, el mundo al que se había visto arrastrada, había saqueado la sección de mitología y ocultismo.

Le bastó un breve vistazo al índice para saber que, a pesar de ser un área de conocimiento que se bebía sobre todo del cristianismo, aquel libro dedicaba varios capítulos a hablar de la figura del demonio en muy diversas religiones y culturas. Independientemente del tiempo o localización en que se había originado una cultura, el ser humanos siempre se había referido a los demonios como el mal encarnado en la Tierra. Tal vez aquello era una prueba de su existencia: el hecho de que cada pueblo hubiera escrito su versión de ellos.

El problema era que no todo lo que decían aquellos libros era cierto, pues la apariencia de Ian no delataba que no fuera humano. Sentía escalofríos solo de pensar en la cantidad de demonios que podría haber entre los humanos, acechando desde las sombras o viviendo entre ellos.

Durante la siguiente hora, trató de buscar similitudes entre los demonios de las distintas religiones del mundo en un intento por relacionarlas y separar el mito de la realidad. Agotada, dejó caer la cabeza sobre las páginas de un pesado lomo y resopló.

Entonces escuchó el ruido de una silla al ser retirada de la mesa y a alguien sentándose junto a ella.

—Agramon, el demonio del miedo... Ese es peleón.

Rio levantó la cabeza con rapidez y sintió una ira helada apoderarse de ella cuando se topó con Ian. El joven mostraba una sonrisa torcida y burlona que no auguraba nada bueno. Sin pensarlo demasiado, la muchacha tomó uno de los libros apilados con la intención de blandirlo contra el demonio. Pero Ian ni siquiera se inmutó y continuó leyendo:

—Y aquí tenemos a Alouqua —dijo señalando la ilustración de una mujer desnuda de largos cabellos rubios y pronunciadas curvas—. Dicen que fue la mujer más bella y letal que jamás haya existido, después de Lilith, por supuesto. Ni hombres ni mujeres podían resistirse al pecado de la carne cuando se entrometía—. Se volvió hacia ella y enarcó una ceja—. Lilith, la primera mujer, la que fue expulsada del paraíso por no permitir que Adán la subyugara, ¿te suena?

Riona se había quedado muda y los dedos comenzaban a ponerse blancos debido a la fuerza con que apretaba el libro. Preciso de largos segundos para tomar aire y razonar que si Gael no había intervenido, significaba que no corría peligro. A pesar de ello, deseaba que su nuevo mentor no la pusiera a prueba tan a menudo o apurara hasta el último momento para salvarla de aquel demonio.

—No, no me suena —contestó una vez hubo encontrado la voz.

—Por supuesto que no —resopló—. Prefieren que creas que Lilith era una mujer malvada y corrupta, y por ello Dios se vio obligado a expulsarla del Paraíso —susurró Ian.

—En realidad, nunca he oído hablar de ella —replicó mordazmente recogiendo sus cosas y apilando los libros.

Caminó con rapidez hacia la sección de mitología dispuesta a colocar cada volumen en su lugar para fingir que no le tenía miedo. Aunque las ganas de salir corriendo de allí no iban a desaparecer.

—Desde luego —prosiguió Ian yendo tras ella—. Es más efectivo enterrar su existencia en los abismos de la historia y así prevenir que ensucie las mentes de los devotos —concluyó el demonio con tono burlón.

—¡Ni siquiera soy religiosa! —le espetó la muchacha con voz temblorosa mientras se estiraba tratando de colocar uno de los libros.

Una mano masculina rozó sus dedos cuando le arrebató el libro para colocarlo en el estante que no lograba alcanzar. Sin poderlo evitar, Rio soltó un grito agudo y dejó caer todos los volúmenes que sostenía.

—¡Si me vuelves a tocar, te mataré! —fue lo primero que logró decir entre siseos ahogados.

Ian la contempló entre divertido y sorprendido por su reacción.

—No es que quiera ofenderte, pero dudo mucho que seas capaz de enfrentarte a mí.

—Anteayer te quemé —le espetó ella—. Apuesto a que te acuerdas. Debe de dolerte.

El demonio avanzó hacia ella y la chica retrocedió hasta toparse con los estantes de madera.

—Sí, la verdad es que escuece un poco —siseó ya sin rastro de humor mientras la arrinconaba.

—S-si me pones un dedo encima, Gael te hará puré —trató de amenazarlo.

—No lo dudo —contestó el joven mirándola fijamente.

Por un instante, sus ojos le mostraron una oscuridad tal, que Riona se encontró preguntándose qué podía llevar a alguien a caer tan, tan abajo. Por una fracción de segundo, quiso saber qué le había ocurrido a Ian o si era verdad que los demonios eran pura maldad.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —murmuró inclinándose hacia él sin darse cuenta—. ¿Qué esperas sacar de esto? —preguntó entre susurros con la vana esperanza de que decidiera contestar.

—Recabo información sobre mi próxima víctima, porque, Riona, te queda muy poco tiempo de vida —la amenazó.

—¡Eso no es cierto! —replicó palideciendo—. Sé que si quisierais matarme ya te habrían encargado el trabajo sucio. ¡Me queréis para algo!

—Ya, claro —bufó el demonio.

—¡No lo niegues! —exclamó desesperada, olvidándose de que debía evitar llamar la atención—. ¡Queréis algo de mí, de un ángel!

—Cállate —le ordenó Ian entre siseos acercándose aún más a ella para taparle la boca.

Por la esquina del pasillo que formaban las estanterías, apareció una bibliotecaria que cumplía todos los estereotipos del cargo: pelo recogido en un prieto moño, gafas que se deslizaban por la larga nariz aguileña y el dedo índice siempre estirado para llevárselo rápidamente a los labios y exigir silencio.

Sin embargo, cuando los vio en medio de los libros caídos, tan juntos el uno del otro, interpretó una escena muy diferente a la que se estaba dando.

—¡Esto es una biblioteca! —exclamó—. No es lugar para estas cosas —los señaló con el rostro acalorado y los ojos abiertos como platos.

—No grite —intervino Ian con molestia—. Como bien ha dicho, estamos en una biblioteca.

Las aletas de la nariz de la bibliotecaria se inflaron y su rostro enrojeció aún más mientras tomaba fuerzas para iniciar una larga reprimenda. Pero no tuvo tiempo siquiera de abrir la boca ya que Rio vio su oportunidad ahora que el demonio estaba distraído.

Tomando impulso, le propinó un fuerte rodillazo en la entrepierna. Cuando Ian se dobló de dolor, se escabulló corriendo entre los pasillos dejando atrás los insultos del demonio.

Salió del edificio y corrió rumbo al ático de Gael como alma que lleva el diablo. Literalmente.

Cuando se detuvo en el portal del edificio para llamar al timbre, la puerta se abrió con un suave pitido sin que hiciera nada. Riona se abalanzó hacia los ascensores y presionó frenética el botón. Solo cuando se encontró en el interior del cubículo se concentró en normalizar su respiración jadeante.

—Entra —le indicó Gael que la esperaba con la puerta del ático abierta.

—¡Rio! —exclamó Momo caminado hacia ella—. Siéntate —le susurró guiándola hacia el sofá—. ¡Gael! —siseó volviéndose hacia él y señalándolo con el dedo índice—. Tienes que dejar de estirar tanto su suerte. Un día va a pasarle algo.

—Riona nunca ha estado en peligro —replicó el aludido acercándole un vaso de agua a la muchacha que lo tomó con manos temblorosas y lo bebió de un trago.

Entonces, Momo soltó una palabrota que hizo que Gael se volviera hacia ella con el ceño fruncido:

—Espero no ser yo quien te enseñe ese vocabulario, Momo.

—Lo único que tienes que enseñar ahora mismo es cómo haces papilla a ese idiota —replicó ella.

—No —se limitó a responder.

Ambas lo miraron sorprendidas.

—¿Cómo que no? —preguntó Momo cuya voz sonó más aguda de lo habitual a causa de la indignación.

—Que no voy a hacerlo. No nos conviene —dijo Gael volviéndose hacia Rio—. Ese demonio no va a matarte por ahora, y es algo que verdaderamente me intriga. Si acabo con él, nunca sabré lo que pretende Abyssus.

—¿Y vas a utilizar a Rio como cebo otra vez? —gritó Momo cada vez más enfadada—. Te dije que no volvieras a hacerlo.

Gael suspiró con cierto cansancio, como si los siglos se le hubieran amontonado de golpe.

—No se trata solo de eso, Momo. Si lo mato, su compañero se dará cuenta: los venatores siempre se mueven en parejas.

La adolescente se cruzó de brazos tomando asiento con brusquedad:

—Pues entonces mándalos a los dos al otro barrio —contestó resuelta.

—Su compañero no está en Madrid —replicó Gael y Momo murmuró un "vaya, qué suerte la nuestra" que decidió ignorar—. Y si no está aquí, lo más probable es que se encuentre en Abyssus ya que es muy posible que ese Ian le haya hablado de mí y ahora esté investigando—expuso con una calma helada—. No puedo llamar más la atención y prefiero que piensen que soy un ángel que puede conseguir refuerzos en un instante a que averigüen que estoy solo, Momo. No soy lo suficientemente poderoso como para enfrentarme a Abyssus. Riona estará a salvo mientras ellos no pretendan matarla y, creedme, si no lo han hecho todavía, es muy probable que no lo hagan hasta que obtengan lo que quieren. Es primordial que me adelante a ellos y averigüe lo que desean.

—Tiene razón, Momo —intervino Rio dando por terminada la discusión. Todo lo que Gael había dicho, por mucho que le disgustara, era lógico. Él asintió satisfecho con su respuesta.

—Hay algo más que quería comentarte —dijo tomando asiento a su lado—. Lo que voy a pedirte no es una orden, solo una sugerencia —puntualizó mirándola fijamente a los ojos y ella asintió—. Ya que no pretenden matarte, sería conveniente que entablaras conversación con ese Ian.

Rio lo miró entre estupefacta y horrorizada, pero fue Momo la que dio voz a sus pensamientos:

—¿Te has vuelto loco, Gael? —exclamó poniéndose en pie.

—Momo, siéntate —le ordenó suavemente sin apartar la vista de Rio—. Ya hablaste con él en la biblioteca y le hiciste preguntas, acertadas, sin duda, pero demasiado directas. Riona, yo voy a hacer todo lo que esté en mi mano por averiguar qué quieren de ti, pero necesito algo de

ayuda.

La muchacha se tomó su tiempo para meditar la respuesta, pero Gael no la presionó para que contestara. Por un lado, deseaba decirle que no, que no se acercaría a ese psicópata y que lo único que quería era que lo borrara del mapa; pero sabía que si no era Ian, enviarían a otro a buscarla pues, según lo poco que Gael había dicho de Abyssus, no andaban escasos de demonios.

—De acuerdo, lo intentaré —dijo al fin.

Gael asintió y a Rio le pareció ver cierto brillo de respeto en sus ojos plateados antes de que se pusiera en pie y señalara la terraza.

—Salgamos a practicar. Quiero ver de lo que eres capaz.

El entrenamiento en el ático duró lo que quedaba de mañana y gran parte de la tarde en la que solo pararon para comer. Al salir del edificio de Gael, Rio sentía los músculos doloridos, pero se encontraba satisfecha o, al menos, más tranquila.

Tras pasar un rato con su madre, casi creyó que todo era normal. Pero en su habitación, en penumbra y arropada con su edredón de plumas, le fue imposible conciliar el sueño. No solo daba vueltas en la cama, sino también a lo que había ocurrido durante su encuentro con el demonio en la biblioteca.

Cuando los rostros de Ian y ella estuvieron tan cerca que casi se tocaban, en ese momento, tuvo miedo. Pero, en medio del terror que el demonio le inspiraba, Riona descubrió otra clase de temor. Un miedo que se debía a que, por un instante, no había sentido la necesidad de apartarse.

Bueno, pues aquí está. En algún momento Rio tenía que reaccionar, con patada en esos huevos de demonio de paso XD ¿Qué pensáis de ella ahora? ¿Y del poder de los ángeles y demonios?

Capítulo 6: el trato (parte 1)

La mañana del lunes no comenzó bien para Riona que se despertó media hora tarde y tuvo que salir disparada hacia el instituto. Llegó con casi quince minutos de retraso y el profesor de historia, Arturo Velasco, abiertamente detestado por todos los alumnos, apenas apartó la vista de la pizarra cuando dijo:

—Señorita Dávila, a estas alturas del curso ya debería saber que los alumnos impuntuales deben esperar en la biblioteca hasta que termine la lección y el profesor, es decir yo, salga del aula.

Velasco era el único profesor que trataba a sus alumnos de usted y exigía que hicieran lo mismo cuando se dirigieran a él. Asistir a sus clases era como retroceder un siglo. Para ser un profesor de historia, parecía no percatarse del correr del tiempo.

—Lo siento, señor —logró disculparse la muchacha a pesar de que aún le faltaba el aire.

—Cómo sea, espere fuera. Y tenga por seguro que su impuntualidad será puesta en conocimiento de la Dirección —añadió.

Riona torció el gesto cuando el profesor se volvió hacia la pizarra y salió. El pasillo estaba vacío y podía escuchar el eco de sus pasos. Se detuvo junto a la pared para poyarse y calmar su respiración.

Era injusto que, por unos minutos de retraso, fuera a perderse toda la lección, pero daba igual porque ese amargado de Velasco no dejaba pasar ni una.

—Cómprate una vida —siseó fulminando con odio la puerta del aula. Deseaba que su mirada pudiera atravesar las paredes y golpear al profesor.

No tenía ganas de irse a la biblioteca, no después de lo ocurrido el día anterior. Soltó un resoplido y, puesto que en medio del pasillo no hacía nada y se arriesgaba a que el conserje de la escuela la encontrara merodeando fuera de clase, decidió dirigirse al baño más cercano para terminar de despejarse lo que no había podido esa mañana.

Se lavó las manos y se humedeció la nuca y el pelo para tratar de domarlo aunque fuera mínimamente, pero desistió a los pocos minutos y se recogió la melena en una larga coleta.

Continuó despoticando entre dientes hasta desahogarse pero, cuando apartó la vista del espejo, le llegó una voz desde el pasillo.

—¿Tienes por costumbre hablar sola?

Riona se volvió tan rápido hacia la puerta, que su cuello crujió. A esas alturas, no necesitaba asomarse fuera para saber de quién se trataba.

Paso a paso, salió del baño para encontrarse con Ian apoyado en la pared opuesta del pasillo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó tratando de mantener un tono indiferente.

—Ayer no terminamos nuestra conversación —se justificó el demonio encogiéndose de hombros.

—No creo que hubiese mucho más que hablar —le espetó.

—Puede, pero fue muy maleducado por tu parte irte sin recoger los libros que tiraste o terminar de oír las educativas palabras que la bibliotecaria tenía para ti.

Riona avanzó un paso y dejó que la puerta del baño se cerrara tras ella.

—Pensé que tú las necesitarías más que yo—. Resultaba tremendamente absurdo que un

demonio le diera lecciones ético-cívicas.

—Estás muy habladora —comentó Ian frunciendo el ceño.

—¿Lo estoy? —susurró ella mirando a ambos lados del pasillo y rezando por que no apareciera ningún alumno rezagado.

Ian se apartó de la pared y caminó hacia ella que tuvo que poner en juego todo su autocontrol para no salir corriendo o gritar.

—Sí y casi, casi estás siendo capaz de ocultar el miedo que sientes. Se te escapa un poco por los ojos —observó.

Riona apretó los puños. Al parecer él era capaz de ver a través de ella sin importar lo que hiciera. Tampoco parecía inquietarle tener a una muchacha de diecisiete años aterrorizada.

—Déjame en paz —le espetó.

—Oh, ahora sí que puedo ver claramente el miedo que tienes, pero también parece querer lanzarte contra mí. ¿Es por eso que nuestros últimos encuentros han acabado tan bruscamente?— preguntó con falsa afección en la voz. Nuevamente, Rio se mantuvo en silencio—. ¿Qué pasa, Riona? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—No te tengo miedo —susurró la muchacha desviando la mirada en un vano intento por que no viera ese miedo que decía que se le escapaba.

Ian se acercó aún más a ella hasta que solo medio metro los separaba.

—Entonces, ¿por qué tiemblas? ¿Por qué se te humedecen los ojos? ¿Por qué se te acelera el pulso? —la cuestionó arrinconándola contra la pared.

—¡No me toques! —exclamó moviendo el brazo para golpearlo.

Pero el demonio fue más rápido y agarró su muñeca inmovilizándola.

—¿Por qué? ¿Te da asco que te toque? —preguntó con ira contenida.

En un arrebato de valentía, Rio alzó la cabeza y lo miró a los ojos azules con apenas un palmo de distancia separándolos.

—No quiero que me toques, no quiero que te acerques a mí o a mi madre. Eres un demonio, ¿qué esperabas? —las palabras salieron de su boca con un desprecio inusitado en ella, un desprecio que jamás había sentido por nada ni nadie.

Y el asco, más que las propias palabras, fue lo que enfureció a Ian que, con la ira rezumando por sus pupilas, se inclinó sobre ella para susurrarle al oído:

—No me mires con desprecio—. Sentía su aliento caliente contra la oreja—. No te atrevas a ponerte por encima de mí solo por ser un intento de ángel. No sois ni tan puros ni tan justos como hacéis creer —susurro removiendo varios mechones de pelo que habían escapado de su coleta—. Vosotros sois la escoria —siseó y la agarró del brazo fuertemente cuando ella intentó empujarlo para liberarse—. No voy a permitir que me hables así, no tú que no eres más que un polluelo sin alas.

Riona estaba paralizada. Cada palabra que pronunciaba estaba repleta de odio y un desprecio tan profundo que la arrastraban a ella también hacia la oscuridad de su mundo.

Entonces, Ian clavó sus ojos llenos de rabia en su rostro y los tendones de su cuello, tensos como cables de acero, se relajaron; sus ojos se aclararon pasando de ser del color del océano revuelto al de un suave oleaje.

Fue entonces cuando pareció darse cuenta de que estaba apretando tan fuerte su muñeca, que le estaba cortando la circulación. Lentamente, disminuyó la presión y escuchó cómo ella dejaba escapar el aire que había estado acumulando.

—No deberías enfurecerme de ese modo—. Sus palabras sonaron afiladas y distantes.

A pesar de que ya no la mantenía arrinconada contra la pared, no se alejó de ella, no lo

suficiente como para que fuera capaz de respirar de nuevo.

El demonio iba a decir algo más, pero entonces la puerta de clase de Riona se abrió de par en par y por ella salió Lucas Sellers que rápidamente cerró tras de sí y se giró hacia ellos. Su rostro se mantuvo impasible mientras se acercaba. Era como si no estuvieran allí.

—Necesito ir al baño, ¿os importaría apartaros? —dijo cuando se detuvo ante ellos.

Rio miró hacia atrás y vio que estaban bloqueando la puerta de los aseos de los chicos. Antes de que pudiera reaccionar, el demonio se alejó de ella. Nadie dijo nada en los segundos siguientes y, por un instante, la muchacha temió que el venator atacara a Lucas.

La tensión se rompió cuando Ian dio media vuelta y se perdió de vista al doblar la esquina.

Un instante después, la puerta del aula volvió a abrirse y por ella salió Arturo Velasco, con el rostro enrojecido por la rabia contenida y una tiza en la mano con la que apuntó a Lucas:

—¡Sellers, preséntese inmediatamente en el despacho del director! —le ordenó mientras se aflojaba la corbata que amenazaba con asfixiar su cuello rojo e hinchado—. Y ya que estamos, señorita Dávila, acompáñele. Yo les seguiré de inmediato así que más vale que estén allí cuando llegue.

Rio esperaba sentada en un banco de madera tallado de la Dirección. En esos precisos momentos, Lucas Sellers estaba siendo amonestado ante el director por Velasco que, a juzgar por lo que podía oír tras la puerta de roble, no se estaba dejando ningún detalle.

Tras una larguísima media hora, el londinense salió por la puerta y le hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañara. Mientras, el odioso profesor de historia continuaba hablando con el director.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Riona una vez lo hubo alcanzado en el pasillo.

Lucas soltó un resoplido y se volvió hacia ella.

—Ese Velasco nos ha tachado de "impresentables alborotadores cuyo único objetivo es interrumpir sus clases" —le relató imitando pobremente la voz del docente.

—Ay, no... —susurró Rio que sabía perfectamente que cabrear a Velasco equivalía a tenerlo en contra el resto del curso.

—Tranquila. He intentado que no te meta en el mismo saco que a mí. A fin de cuentas, tú solo has llegado tarde, he sido yo el que ha interrumpido la clase en medio de la lección.

—¿Y qué le has dicho? —le preguntó mientras bajaban al primer piso.

—Que impedir a los alumnos realizar una función fisiológica esencial, como es evacuar la vejiga, no solo resulta contraproducente para la atención del alumno, sino poco saludable.

Por un instante, Riona lo contempló con los ojos muy abiertos antes de echarse a reír en medio del pasillo.

—¿De verdad le has dicho eso? —dijo con el cuerpo doblado y los ojos húmedos a causa de la risa.

—Palabra por palabra —confirmó el muchacho guiñándole un ojo—. Como el director no parecía estar por la labor de darle mucho bombo al asunto, Velasco ha tenido que conformarse con emparejarnos para el trabajo en grupo confiando en que tu impuntualidad y mi falta de respeto, harán que fallemos.

—¿Solo eso?

—Por desgracia no —contestó Lucas con una mueca en el rostro—. Quiere que hagamos un trabajo el doble de largo que el resto de la clase. Y me ha advertido que debemos ser meticulosos porque va a revisarlo con lupa. Lo siento mucho —se disculpó avergonzado.

Riona estuvo a punto de echarse a llorar de desesperación: Velasco ya era demasiado meticulosos a la hora de corregir como para añadirle más.

—No es culpa tuya —suspiró. Se preguntó cómo rayos iba a encontrar el tiempo y la motivación para realizar semejante trabajo si ya tenía que lidiar con el entrenamiento de Gael y el miedo de tener a un demonio acosándola.

—Sí lo es. Pero no te preocupes porque pienso emplearme a fondo.

Se despidieron y la muchacha arrastró los pies hasta las gradas del campo de fútbol donde solía pasar los recreos con sus amigas. Seguramente estarían impacientes por saber lo que había ocurrido, especialmente Lucía y Silvia.

Al salir de clase, Riona decidió desviarse de la ruta que solía tomar para ir a casa. Esa tarde no se pasaría por el ático de Gael porque no podía perder ni un ensayo más de ballet si no quería que la sacaran de la actuación de Navidad. Así que decidió hacer tiempo y comer algo por el centro antes de ir a la academia de danza.

Se dirigió a la Gran Vía donde se detuvo ante los escaparates de la gran cantidad de tiendas que había a lo largo y ancho de la calle. Finalmente entró en una enorme librería. Rio adoraba pasar tiempo allí. Tenía varias plantas, todas repletas de libros y las estanterías se deslizaban unas sobre otras revelando distintos volúmenes perfectamente ordenados por autor y género.

Era consciente de que Ian estaría observándola, pero hizo su mejor esfuerzo para no pensar en él y relajarse como no lo había hecho en días.

Cuando salió una hora después con una nueva adquisición para su estantería, dirigió sus pasos a una de las calles más estrechas que nacían de la Gran Vía en busca de su restaurante chino favorito. Allí disfrutó de un enorme bol de tallarines con verduras y pollo salteado y una tacita de té *oolong*. El ajetreo del restaurante y los vapores del té le dieron la oportunidad de abstraerse del mundo y cavilar durante la comida.

Cada vez descubría más sobre Ian, tal y como Gael le había pedido. Aunque no le agradaba demasiado ya que no deseaba verlo como a un ser con sentimientos. Para ella era mejor que se tratara de un monstruo sin nombre que asesinaba a personas inocentes por pura crueldad. Sin embargo, lo sucedido aquella mañana la había empujado a pensar que tal vez él tenía razones para actuar como lo hacía. Y es que no podía creer que ese odio que había visto en sus ojos hubiera salido de la nada.

Un día, tal vez, podría mirarlo a los ojos y adivinar lo que sentía, igual que él parecía ser capaz de hacerlo con ella.

Tal vez fuera cierto que los ojos fueran el espejo del alma.

Cuando hubo terminado de comer, se dirigió a la boca de metro más cercana en la Plaza del Callao, pero se llevó una desagradable sorpresa al toparse con varios compañeros del instituto nada más torcer una esquina. Eran Julio y sus amigos. Cabía mencionar que Julio no se rodeaba de amigos especialmente inteligentes, eso lo haría parecer incluso más estúpido.

Tratando de pasar desapercibida, Rio caminó lentamente hasta el metro, pero de nada le sirvió.

—¡Ey! —exclamó uno de los chicos—. ¿No es esa Dávila?

Poco les faltó a Julio y el resto de sus amigos para volverse hacia ella.

—Mierda—masculló Rio caminando más deprisa. Julio le cerró el paso.

—¿Qué haces aquí, Dávila?—preguntó sonriendo de lado mientras dejaba escapar el humo de su boca.

Riona arrugó la nariz con desagrado antes de contestarle:

—Vivir.

Los otros tres chicos que lo acompañaban rieron entre dientes y Julio dio un paso hacia ella.

—¿Por qué no te quedas un rato con nosotros?

—¿Por qué no te vas a dar un paseo y me dejas en paz? —replicó ella.

—Uuuu... Vaya palo, tío —se burló uno de sus amigos.

Aquello no le gustó en absoluto a Julio que tiró la colilla al suelo y la miró frunciendo el ceño.

—No deberías olvidar que si te dejan en paz en la escuela es gracias a mí. Lo mínimo que puedes hacer para agradecermelo es venir a la fiesta de Navas conmigo —dijo señalando a uno de sus colegas.

Riona inspiró hondo reuniendo paciencia: a veces no entendía por qué su madre se había empeñado en meterla en aquel instituto de pijos. Estaban tan acostumbrados a tener todo lo que querían, que no entendían lo que significaba "no".

Miró a su alrededor en busca de alguien más aparte de esa panda de niños mimados. Desafortunadamente, no había nadie a la vista por lo que se volvió de nuevo hacia Julio.

—¡Oh! ¿Entonces debería caer rendida a tus pies porque me salvas de ricachones de segunda? —preguntó burlonamente—. Pues no, Julio, no. Que tengas un complejo con el cuento de Cenicienta no es mi problema —le espetó rodeándolo para continuar con su camino.

Pero el ego del chico pesaba demasiado y ya había sido herido cada vez que Rio lo había rechazado, especialmente durante su encuentro con Lucas. La diferencia era que esta vez había testigos y no quería que se enterara todo el instituto de que Riona Dávila había vuelto a rechazarlo. Así que el joven la agarró del hombro bruscamente haciendo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo.

—Oye, tío —lo llamó uno de sus amigos—. No te pases.

—Métete en tus asuntos —le espetó Julio.

Cabreada, Rio se puso en pie, se sacudió la falda del uniforme y lo empujó con fuerza estampándolo contra la pared.

—Me vuelves a tocar y tendrán que escayolarte el brazo, ¿está claro? —siseó dando media vuelta.

Los otros chicos la miraron sorprendidos y Julio se dio cuenta de que ahora no solo se enterarían todos de que Rio seguía dándole calabazas, sino que era más fuerte que él.

Corrió hasta ella y la volvió a agarrar del brazo.

—Vas a venir a la fiesta conmigo.

La joven se disponía a soltar una elaborada tanda de insultos cuando alguien se le adelantó:

—Creo que te ha dicho que no.

Rio cerró los ojos como si con ello pudiera hacerlo desaparecer, pero cuando volvió a abrirlos, Ian continuaba apoyado contra la pared a pocos metros de ellos. Al parecer lo tenía pegado a la espalda como si fuera un parásito.

—Vamos, hasta yo lo he oído y estoy mucho más lejos —continuó Ian con una sonrisa ladeada—. ¿Acaso estás sordo?

Julio lo miró con el ceño fruncido y luego se volvió hacia Riona que se desasía de su agarre de una sacudida.

—¿Lo conoces? —le preguntó el chico.

Rio miró al demonio y de nuevo a su compañero de clase. Estaba en tensión, preguntándose qué hacía ahí el venator.

—No —respondió.

—Vaya, eso duele —dijo Ian llevándose una mano al pecho de forma teatral.

—Vete —le ordenó Riona evitando mirar a sus compañeros.

El demonio se apartó de la pared y avanzó hacia ellos.

—No —dijo con una sonrisa endiablada—. Creo que estos idiotas necesitan una lección. Están mal acostumbrados pensando que el mundo está a sus pies —añadió en un siseo.

La muchacha vio el brillo peligroso en sus ojos. Tal vez sus compañeros no lo hicieran, pero ahí estaba. Paralizada por el miedo, ni siquiera reaccionó cuando Julio se plantó delante de Ian.

—¿Por qué no te vas por donde has venido? Lo que aquí pase no es asunto tuyo —dijo sacando pecho.

—Oh, pero de algún modo lo es— sonrió siniestramente.

Riona le dirigió una mirada furibunda cuando dio a entender que ella era asunto suyo.

—¿Quieres pelea? —preguntó Julio sin percatarse de la oscuridad que comenzaba a llenar los ojos de Ian.

—Eso debería preguntártelo yo a ti —replicó el demonio ya sin rastro de diversión—. Largaos —les ordenó.

—Somos más que tú —habló otro de los compañeros de Rio—. ¿Acaso quieres que te lo demostremos?

La oscuridad en los ojos de Ian se hizo más pronunciada:

—Intentadlo —los retó.

Y a pesar del miedo que les inspiraba ese joven, ninguno fue lo bastante inteligente para dar media vuelta y marcharse. Rio se apartó del camino de los chicos y se encogió contra la pared sin poder reaccionar.

El primero en lanzar un puñetazo fue Julio e Ian se limitó a esquivarlo con rapidez y a propinarle un fuerte golpe en la espalda que lo tiró al suelo. Entonces, el resto de chavales se lanzaron contra él. El demonio se movía con una velocidad y agilidad inhumanas. Rio ya había tenido la oportunidad de comprobar lo rápido que podía ser, pero aquella era la primera vez que podía seguir sus movimientos.

Uno a uno, fueron cayendo al suelo, pero volvieron a levantarse como si estuvieran poseídos por una ira enloquecedora. Ian no tuvo piedad y los golpeó fuertemente, la sangre saltó acompañada, en ocasiones, de varios dientes.

—¡Basta! —gritó Riona y un coro de gemidos de dolor la secundó.

El venator propinó una última patada en las costillas antes de detenerse. Las sombras creaban un extraño contraste en su rostro y sus ojos tenían un inquietante brillo que hacía resaltar sus iris azules. Había sangre en su camiseta gris y en sus nudillos, pero no era suya: ninguno había logrado tocarlo.

El demonio se volvió hacia ella, se incorporó y sonrió:

—Nada más estimulante que una pelea, ¿no crees?

Su rostro era una mueca, como si alguien lo hubiera esculpido para representar la ira. Y su indumentaria revoloteaba en ondas oscuras a su alrededor.

Riona no se lo pensó dos veces y echó a correr. Y no dejó de correr hasta que las piernas le fallaron y se desplomó sobre el banco de un parque.

Con las manos temblándole, marcó el número del ático, pero, debido al nerviosismo que sentía, se equivocó. Frustrada, volvió a intentarlo hasta que una mano firme se posó sobre su hombro.

—Estoy aquí, Riona —dijo Gael tomando asiento junto a ella.

—E-es él. H-ha...

—Sé lo que ha hecho —la interrumpió—. Ya he llamado a una ambulancia.

Rio se tomó unos minutos para tranquilizarse y asimilar la información.

—¿Qué voy a hacer? —preguntó angustiada—. Me sigue a todas partes.

—Así te será más sencillo averiguar qué quiere.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué quiere? ¿Y cómo voy a saber qué quiere si su mente es tan retorcida?

—Pues yo ya sé algo nuevo —replicó Gael.

—¿El qué?

—Que está dispuesto a protegerte. Los venatores no interfieren en la vida de los humanos, solo eliminan aquellas piezas que les estorban en su juego. Como políticos, gente con poder, pero no a una panda de chavales que se creen en la cima del mundo solo por ser de familias pudientes.

—¿Protegerme? Yo creo que lo estaba disfrutando —murmuró la muchacha.

—Oh, lo estaba disfrutando, y mucho —le confirmó Gael—. Es un demonio de la ira. Su naturaleza lo empuja hacia la violencia. Pero se metió en esa pelea por ti—. Rio le dirigió una mirada escéptica—. No me refiero a que se trate de un acto loable, sino a que parte de sus órdenes deben de incluir evitar que sufras daño o ganarse tu confianza.

Riona lo miró con los ojos abiertos de par en par. Aquello cada vez tenía menos sentido.

—Genial —resopló—. ¿Y qué quieres que haga?

—Que le sigas el juego —contestó Gael mirando hacia un par de niños que se columpiaban—. Sé que lo que te estoy pidiendo puede convertirse en un arma de doble filo, pero es...

—Necesario —completó ella—. Lo sé. Seas quién seas, tú estás solo. No eres ni un ángel ni un demonio y no puedes pedir refuerzos, así que tienes que conformarte conmigo.

Gael sonrió levemente:

—Bueno, hasta ahora lo estás haciendo bastante bien.

Ella lo miró sorprendida:

—¡Pero si me echo a temblar en cuanto lo veo! Y hace dos días me echaba a llorar.

—Exacto: hace dos días —dijo guiñándole un ojo—. Has mejorado considerablemente y seguirás haciéndolo, Riona. Estoy seguro.

Capítulo 6: el trato (parte 2)

Deslizó la pierna derecha desde el suelo hasta el tobillo izquierdo por donde ascendió hasta alcanzar la rodilla para estirarse formando un ángulo recto con la pierna izquierda. Rio inclinó el tronco hacia delante curvando elegantemente la espalda. Mantuvo el cuerpo en tensión hasta que la música cambió de ritmo a una cadencia violenta y caótica. Entonces, los bailarines se movieron desordenadamente, interaccionando los unos con los otros. Varios cayeron al suelo al ser derribados por una bala ficticia.

La música cesó abruptamente y Riona se detuvo volviendo a la figura inicial. Contempló con horror la matanza que se había generado a su alrededor y esperó cinco segundos antes de relajar el cuerpo y suspirar. Ese sería el momento en que los focos de luz se apagarían para dar paso al siguiente acto, pero ese día la escena marcaba el final del ensayo.

—Buen trabajo —los felicitó su profesora y coreógrafa. Los alumnos aplaudieron y lentamente fueron retirándose a los vestuarios—. Dávila —la llamó cuando se disponía a marcharse. La muchacha caminó hasta ella temiéndose lo que venía a continuación—. No voy a permitir que faltes a otro ensayo más. Si vuelve a ocurrir, le daré el papel principal a la suplente, ¿entendido?

—Sí. Lamento haber faltado —se disculpó por enésima vez.

—Te lo perdono solo porque has hecho el mejor ensayo de todo el trimestre y, de verdad, tengo muchas esperanzas puestas en ti —añadió suavizando el tono—. Lo cierto es que no comprendo cómo obtienes tan buenos resultados si faltas a los ensayos... —añadió con un brillo de admiración.

—Gracias —contestó antes de que hiciera alguna pregunta más. Dio media vuelta y se marchó.

Fue entonces cuando vio una silueta oscura sentada en una de las butacas del teatro. No necesitó fijarse más para saber que se trataba de Ian. Sorprendida por la indiferencia que este hecho le generaba, se limitó a seguir su camino hacia los vestuarios.

Ya en casa, Rio aprovechó el poco tiempo que le quedaba antes de acostarse para practicar los ejercicios de Gael. Se concentró en hacer que su indumentaria tomara la forma de una esfera en vez de potenciar sus habilidades físicas. Ya lo había hecho durante el ensayo de ballet, de ahí los buenos resultados que tanto habían sorprendido a su profesora.

La brisa fría le despejaba la mente, por eso salía a la terraza para practicar. Bajo ella se extendía Madrid y el rumor de la ciudad la ayudaba a aislarse de lo que ocurría en su vida.

Sin embargo, una hora después seguía sin lograr la esfera perfecta que Gael le había mostrado en su ático. Tras varios intentos más, logró eliminar las zonas abombadas, pero su superficie aún fluctuaba de forma intermitente, amenazando con desmoronarse.

El sudor perlaba su frente a causa del esfuerzo que estaba poniendo. Creía estar a punto de conseguirlo cuando su concentración se fue al traste:

—Has hecho trampa.

La esfera se desbarató en una suave neblina nacarada que terminó por desaparecer. Riona abrió los ojos y alzó la mirada para encontrarse con el rostro de Ian que la observaba apoyado en la barandilla de metal.

Lentamente, y sin dejar de mirarlo, Riona se puso en pie y se situó tan lejos como pudo en aquella estrecha terraza.

—¿Cuándo? —preguntó esforzándose por entablar conversación con él, tal y como Gael le había pedido.

—Durante el ensayo de ballet —especificó—. Has usado tu poder de ángel para destacar sobre tus compañeros.

—Hasta hace unos días no sabía que estaba haciendo nada de eso —se justificó molesta.

—Oh, no te culpo —dijo el joven alzando ambas manos—. A nadie le hace daño hacer trampas de vez en cuando. Sin embargo, no me parece un comportamiento propio de un ángel.

—Bueno, como te gusta destacar —dijo ella mientras se abrochaba la sudadera y se soltaba el pelo para combatir el frío—, solo soy un intento de ángel.

—Tienes razón —admitió Ian con un brillo curioso en la mirada—. Mucho puede cambiar aún.

La chica dejó escapar un resoplido. Claro, él se refería a que aún podía hacerla caer.

—Yo no apostaré por ello.

—Me gusta arriesgar —replicó él.

—Pierdes el tiempo —le espetó.

Ian se encogió de hombros, todavía mostrando una sonrisa endiablada.

—Por cierto —intervino antes de que ella dijera nada—, sigo esperando que me des las gracias.

Ella soltó una carcajada irónica. Fracasó en el último instante cuando le tembló la voz.

—¿Por qué debería dártelas? —preguntó con el ceño fruncido.

—Por haberte librado hoy de esa panda de imbéciles.

La joven sintió un escalofrío al recordarlo.

—Yo no te pedí que me ayudaras, lo hiciste porque te dio la gana. Igual que todo lo demás —siseó tratando de no alzar la voz para no despertar a su madre.

El venator la miró fingiendo sentirse herido.

—¡Qué desagradecida! Y yo que lo hice con toda mi buena intención. Iba a ser mi buena acción del año... —añadió pensativo.

—Claro. Como si los demonios os dedicarais a ir de buenos samaritanos por el mundo.

—Bueno, al menos estamos aquí. Al menos tratamos de liberar al mundo. ¿Dónde están los ángeles mientras tanto? ¿Has visto a alguno?—. Riona fue a contestar pero él se le adelantó—. Y no me digas que a ese tío que se dedica a entrometerse porque ambos sabemos que no es un ángel.

La muchacha decidió no decir nada sobre su mentor: sabía que Gael quería mantener en secreto todos los detalles posibles acerca de su identidad.

—Algo habréis hecho para que no haya ángeles.

Ian esbozó una sonrisa traviesa que le puso los pelos de punta.

—Es posible...

—Y ahora os dedicáis a seguir a adolescentes —prosiguió Rio.

—Ey, que a mí ser tu niñera me hace tan poco feliz como a ti —se quejó el demonio.

—Dudo que pueda desagradarte tanto como a mí. Pero, venga, sorpréndeme —lo desafió. Cualquiera cosa con tal de que siguiera hablando, con tal de cumplir su parte con Gael.

Ian la miró divertido y aceptó.

—Bueno, para empezar, no vas a fiestas. Nada. Tienes oportunidades de sobra en ese colegio de pijos al que vas, pero no. Eres un muermo.

Riona apretó los puños tratando de contener la ira, aquello la molestaba más de lo que querría admitir.

—No sé si lo sabes, pero que un psicópata intente matarme, me corta totalmente el rollo.

Ian soltó una carcajada seca.

—No intentes echarme las culpas a mí de tu escasa vida social, ¿quieres? Sé mucho sobre ti y sé que si no pones un pie en ninguna fiesta es por aquel incidente en el cumpleaños de hace un año y medio.

Riona apretó aún más los puños porque, muy a su pesar, era cierto. Diane siempre había sido muy protectora con ella y, aunque ahora entendía por qué, en su momento la traía de cabeza. Así que decidió desobedecerla y escaparse. El problema fue que aquella fiesta no fue lo que prometieron y la gente terminó por meter alcohol. Un grupo de quinceañeros bebiendo alcohol del caro no podía terminar bien, y no lo hizo.

—Por lo que he podido averiguar, a tu madre le dio tal patatús que decidiste no desobedecerla nunca más. Creo que hasta la hiciste llorar cuando tuvo que ir a buscarte a comisaría.

Riona se volvió hacia él furiosa y asustada de que supiera tanto sobre ella.

—Yo no hice nada, me arrestaron solo por estar en esa estúpida fiesta. Además, no hubo cargos —siseó la muchacha.

—Pero aparece en tu expediente... —añadió Ian demostrando hasta qué punto había husmeado en su vida.

—Si tan insoportable te resulta espiarme, ¿por qué no me matas y asunto liquidado? —dijo sin poderse contener.

La diversión se replegó del rostro de Ian hasta sus ojos, como si aquello ya no le hiciera tanta gracia:

—No es tan sencillo. A fin de cuentas, las órdenes son órdenes.

La muchacha trató de mantener la calma a pesar de que estaban hablando de su muerte. Se recordó que aquello era lo que estaba buscando cuando decidió mantener una conversación con el caído.

—Pero, si de ti dependiera, me matarías ahora mismo, ¿no es cierto?

—¿A qué estás jugando? —preguntó él dirigiéndole una mirada perspicaz.

—¿No vas a contestar? —preguntó ella a su vez.

—No.

—¿Es porque no puedes o porque no quieres? —insistió.

—Porque no quiero. De momento confórmate con saber que alguien en Abyssus te quiere con vida. De no ser así, hace tiempo que estarías muerta. No es nada personal.

—¡Nada personal! —exclamó ella—. Vaya, gracias, eso me hace sentir mucho mejor.

—Estás temblando de nuevo —observó Ian.

—¡Tengo frío!

El joven se apoyó cómodamente contra la barandilla y la miró divertido.

—Vamos a decir que me lo creo... —susurró burlón—. Al menos, ya que no van a ordenarme que acabe contigo, tendremos mucho tiempo para conocernos —dijo guiñándole un ojo.

Reprimió los temblores que la recorrían, tomó aire y replicó tan mordaz como pudo:

—¿Y por qué iba yo a querer conocerte?—. Acababa de averiguar que le era mucho más fácil enfrentarse a él cuando anteponía el orgullo y el odio al miedo.

—¿No quieres? —preguntó fingiendo sentirse ofendido.

—Para nada —replicó ella de inmediato. Y cruzó los brazos sobre su pecho intentando

disimular sus dedos temblorosos.

—¿No sientes ni un poquito de curiosidad acerca de mí?—. La chica negó vehementemente con la cabeza—. Es una lástima —prosiguió—, porque yo sí siento una enorme curiosidad por ti —confesó señalándola con el dedo índice.

Riona lo miró estupefacta:

—¿Por qué?

—Bueno, por ejemplo, ¿por qué me han ordenado que no te mate?

—¿No sabes por qué? —exclamó Rio indignada.

—No. Y es la primera vez que me prohíben matar a alguien como tú, ¿por qué será?

—¿Y a mí me lo preguntas? —exclamó.

Pero a pesar de que intentaba mantenerse serena, no pudo evitar que un fuerte escalofrío la recorriera de punta a punta. Si ni siquiera Ian sabía lo que querían hacer con ella, entonces, ¿quién podía saberlo? ¿Realmente valía la pena esperar a averiguarlo como pretendía Gael?

Cuando alzó de nuevo la mirada, el corazón le dio un brinco al ver que el joven se había acercado a ella para observarla mejor.

—A-aléjate —le pidió.

Por supuesto, no lo hizo y continuó mirándola. No movía ni un músculo, aunque mantenía su cuerpo en tensión. Solo sus ojos iban de un lado a otro y Riona adivinó que no la estaba mirando a ella, sino a su alma.

La tensión creció entre ambos a la par que la oscuridad en la mirada del demonio y después de casi un minuto, fue Rio la que se alejó.

—Simplemente no lo entiendo —concluyó él ya sin mirarla, como si hablara para sí.

Rio inspiró varias bocanadas del frío aire nocturno. Le dolió la garganta, pero le aclaró la mente.

—Yo entiendo mucho menos que tú, ¿sabes? —susurró agitada, como si hubiera estado corriendo.

—Eso parece —asintió el joven volviendo a observarla con el ceño fruncido. Rio lo fulminó con la mirada—. No me mires así, ahora no te he hecho nada. ¿Siempre tienes tan mala leche? —preguntó.

Rio abrió la boca indignada antes de recuperarse para contestar:

—No. Solo cuando tengo delante al demonio que ha intentado matarme. No sé tú, pero yo no suelo ser muy civilizada en esas circunstancias.

—Yo les mataría a la mínima oportunidad —asintió él.

—¿Qué? —exclamó asustada.

—Lo que has oído —dijo el joven encogiéndose de hombros—. Si alguien hubiera intentado matarme, acabaría con él de inmediato. Claro que tú eres solo un polluelo sin alas —dijo utilizando las mismas palabras que le había dirigido con anterioridad—, no estás en condiciones de enfrentarte a nadie. Aunque, tal vez, podría enseñarte —susurró clavando la vista en sus ojos de forma atrayente.

Por un vergonzoso instante, Rio se vio arrastrada al mar de sus ojos, mecida por un oleaje de suave y agradable vaivén. Pero entonces se topó con la oscuridad que rezumaban sus pupilas y apartó la vista con rapidez.

—No quiero aprender nada de ti —replicó comprendiendo que aquella era una de las situaciones sobre las que le advirtió Gael cuando le dijo que intentarían tentarla.

—Una pena —suspiró Ian apartando al fin la vista de ella de modo que la muchacha pudiera respirar de nuevo—. Pero mi oferta seguirá en pie un tiempo y, tal vez un día de estos, me

permitirás mostrarte lo que ofrece el mundo...

—Es bueno saber que tus ofertas tienen fecha de caducidad —le espetó Rio dando media vuelta y abriendo la cristalera corredera para entrar en su habitación.

Ian no dijo nada, pero la siguió con la mirada mientras ella cerraba de nuevo y echaba el pestillo que de poco consuelo debía de servirle, pues no impediría que entrara si quisiera.

Permaneció en la terraza observándola hasta que ella habló asomando la cabeza por el edredón:

—Vete —le dijo—. No puedo dormir si te quedas ahí.

El joven sonrió ligeramente y saltó la barandilla. Un instante después, Rio vislumbró la silueta de unas enormes alas aún más negras que el cielo nocturno.

La noticia de que varios alumnos del instituto, entre ellos Julio Ocaña, estaban en el hospital, había conmocionado a estudiantes y profesorado por igual. Fue un tema de conversación que no abandonó los pasillos y, en ocasiones, ni siquiera las aulas. El director de la escuela vivió una de las mañanas más ajetreadas de su vida respondiendo numerosas llamadas de padres indignados. Al parecer, se había extendido el rumor de que el incidente había sucedido dentro del recinto del instituto.

En aquella caótica jornada, Rio se mantuvo alejada de las conversaciones y se ausentó siempre que pudo. Gael había sido muy claro cuando le ordenó que no hablara de lo que sabía con nadie ya que poco podrían hacer los humanos contra un demonio como Ian. Sin embargo, en el fondo, no podía dejar de sentirse culpable, sobre todo cuando se enteró de que la policía se había reunido con el director.

No fue hasta la clase de literatura que Rio salió de su ensimismamiento. Cuando miró por la ventana y descubrió a Ian en la azotea del pabellón contiguo con los ojos clavados en ella.

Durante la siguiente hora, se esforzó por reprimir el impulso que la llevaba a salir de clase y esperó impaciente a que sonara el timbre que anunciaba el inicio del receso. Cuando por fin sucedió, fue la primera en levantarse ignorando las miradas de sus amigas. Corrió por los pasillos hasta el puente cubierto que conectaba el pabellón B, en el que se encontraba, con el A. Una vez hubo cruzado, subió velozmente las escaleras que conducían a la azotea. No le sorprendió encontrar la puerta abierta a pesar de que los conserjes la mantenían cerrada para evitar que los alumnos accedieran.

Un frío viento huracanado la recibió y le hizo echar de menos el abrigo que se había dejado en clase. Abrazándose a sí misma, le echó un vistazo a la azotea hasta dar con Ian apoyado contra la barandilla de metal. Estaba escuchando música a través de unos auriculares. Él la miró y sonrió mientras movía la cabeza rítmicamente.

Rio esperó a que el caído dejara de escuchar música, pero continuó como si nada. Frunciendo el ceño, dio unos pasos hacia él que asintió. Entonces supo que el demonio quería que se acercara, abandonando la seguridad que le daba la distancia entre ambos. Apretando los puños, caminó hasta que poco más de dos metros los separaron. Al fin, Ian desconectó los auriculares de su móvil y se los quitó para dejarlos colgando de su cuello.

—¿Qué tal? —preguntó como si fueran dos amigos que se encontraban por casualidad en la calle.

—¿No crees que te pasaste de la raya con esos chicos?

—No es problema mío que sean unos idiotas incapaces de medir con quién están buscando pelea —contestó encogiéndose de hombros—. Les dije que se largaran, pero decidieron meterse en la boca del lobo.

—Podrías haberlo dejado pasar— insistió ella—. Eran solo... humanos.

—No quiero hablar de eso —replicó con un ademán de mano que expresaba su desinterés.

—Entonces, ¿de qué?

—De lo que vas a hacer cuando la policía indague un poco y descubra que estás involucrada —la señaló con el dedo índice.

—No van a relacionarme —contestó ella con aparente decisión, pero sintiendo un nudo en el estómago.

Ian sonrió torcidamente.

—Tal vez tengas razón —aceptó—. Pero, ¿y si lo hacen? Tarde o temprano, tus compañeros declararán y entonces te señalarán a ti como testigo. Una testigo que huyó de la escena del crimen y que no reportó lo sucedido a la policía—. Rio palideció—. Un comportamiento muy poco cívico, si quieres mi opinión.

Por unos segundos, solo se escuchó el viento aullando a su alrededor. Rio apretaba los puños con fuerza cuando, finalmente, estalló:

—¡Fue culpa tuya! ¡Tú eres el que los atacó sin motivo! —lo acusó.

—Es cierto —contestó serio—. Pero fuiste tú la que huyó. ¿En qué te convierte eso?

Más furiosa de lo que se había encontrado en toda su vida, Riona se lanzó contra él concentrando su induam en las piernas. Pero esta vez Ian estaba preparado. La detuvo sin problemas y la hizo caer al suelo antes de que fuera consciente de lo que había ocurrido. Ni siquiera lo había visto moverse. Cuando intentó levantarse, se encontró sin fuerzas, como si se las hubiera arrebatado.

—¿Qué me has hecho? —preguntó en un débil murmullo.

El demonio se inclinó junto a ella y contestó:

—Solo le he dado un golpecito a tu induam para dispersarlo. Te llevará un tiempo volver a reunirla —le explicó más serio de lo que jamás lo había visto—. Ahora quiero que me escuches atentamente—. Sin poderlo evitar, Rio fijó sus ojos en los de él—. Tienes razón, lo que ocurrió no fue culpa tuya y entiendo que huyeras, ya que no tenías ni la más mínima oportunidad contra mí. La diferencia está en que a mí la policía no puede encontrarme, a ti sí.

—No puedo contarles la verdad... —se lamentó la muchacha.

—No, no te creerían y, en caso de que lo hicieran, acabarían muertos —resumió con sencillez. Rio se sorprendió ante su sinceridad—. Así que te ofrezco un trato con el que todos ganaremos —dijo dando una palmada y sonriendo.

En ese momento, Riona estaba demasiado preocupada por lo que le ocurriría si la policía averiguaba que les había ocultado lo que sabía; o si acabarían muertos al enfrentarse al caído. Tal vez la única solución era aceptar lo que quiera que fuera a ofrecerle.

—¿Qué trato? —preguntó derrotada.

Ian se inclinó hacia ella para susurrarle al oído:

—Borraré cualquier recuerdo que esos idiotas tengan de ti —pronunció las palabras como si fueran una fórmula mágica capaz de solucionarlo todo—. La policía nunca te vinculará con lo ocurrido y tampoco tendrán que vérselas conmigo. Así todos contentos, ¿verdad?

Todos menos yo.

—¿Y qué quieres a cambio?

—Nada, por ahora. Cuando se me ocurra algo, te lo diré— susurró—. Pero no lo pienses demasiado porque se te acaba el tiempo y no tienes más opciones.

Cuando alzó la cabeza, vio la mano que Ian le tendía. Vaciló unos segundos, pero supo que no tenía alternativa. Con dedos trémulos, tomó su mano cerrando el trato.

Poco a poco, Rio se va acercando más a Ian porque, lamentablemente, no le queda otra. Ahora parece haberse metido en un verdadero lío porque, si recordáis de capítulos anteriores, los tratos con los demonios nunca salen bien. ¿Qué pasará?

Capítulo 6: el trato (parte 3)

No pudo concentrarse en nada el resto del día. Cuando llegó a casa, fue incapaz de estudiar y terminó mirando impaciente hacia la terraza hasta que anocheció. Se levantó de un salto del escritorio y salió.

La brisa fría de la noche mecía los mechones de su melena mientras esperaba mordiéndose las uñas a que Ian apareciera. No estaba segura de si lo haría, pero necesitaba saber que había cumplido su parte del trato.

Eran casi las doce de la noche y Rio ya sentía los músculos entumecidos, cuando el demonio apareció.

Surgió de la nada, sobresaltándola. Ella no supo que estaba ahí hasta que retiró las alas negras con las que se había cubierto para fundirse con la oscuridad.

—Está hecho. No recordarán que estuviste ahí—. Su tono era serio, como si ya no le resultara divertida la situación.

Ella le dirigió una mirada que no supo interpretar, pues vio un gran alivio en sus ojos, pero también odio. La mezcla resultaba extraña.

—Genial —contestó cortante.

—Cuando decida lo que quiero a cambio, te lo diré —le informó dando media vuelta para marcharse.

Pero Rio no podía dejar que se marchara así como así. Tenía que conseguir algo sobre él para darle a Gael, lo que fuera. No podía continuar cruzada de brazos esperando a que ese demonio la aterrorizara de nuevo.

—¿Cómo te llamas?—. Fue lo primero que le vino a la mente para retenerlo. Y funcionó, porque el caído se detuvo en seco y, sorprendido, se volvió hacia ella.

La miró perspicaz y pensaba que ya no iba a contestar cuando abrió la boca.

—Ian.

—No parece un nombre de demonio —replicó aún sin mirarlo.

—¿Y qué esperabas? ¿Un nombre sacado de la Biblia? —inquirió enarcando una ceja divertido—. Solo tengo diecinueve años.

—¿Solo eres dos años mayor que yo? —exclamó sin poder evitar sorprenderse—. Creí que eras mucho mayor —dijo pensando en Gael.

—Pero hace casi diez años que lucho para Abyssus —le advirtió al ver que lo miraba con extrañeza, como si se estuviera preguntando por qué le había dado tanto miedo hasta ahora.

—¿Te convertiste en demonio siendo un niño?— preguntó estupefacta.

—Uno no se "convierte" en demonio, se nace siéndolo —replicó Ian—. Que tú hayas tardado tanto no es normal.

—No vengas a decirme ahora que lo tuyo es normal —exclamó horrorizada ante el hecho de que alguien pudiera verse arrastrado a la oscuridad a una edad tan temprana—. ¿No sientes remordimientos cuando recuerdas tu vida humana? —preguntó incapaz de comprender al joven que tenía delante.

—Cuando crees en lo que haces, no sientes remordimientos —replicó mordaz—. Además, no

guardo muchos recuerdos del tiempo en que viví como humano —contestó encogiéndose de hombros.

—¿No recuerdas nada? —preguntó cada vez más sorprendida.

—Qué manía tienes con tergiversar lo que dicen otros... —suspiró el joven—. Claro que recuerdo cosas, lo importante. El resto escogí olvidarlo porque no me serviría de nada en esta vida.

—¿Lo escogiste? —dijo enarcando una ceja poniendo en duda sus palabras.

—Eso he dicho, ¿acaso estás sorda? —contestó malhumorado ante tantas preguntas.

Rio lo fulminó con la mirada, pero no dijo nada al respecto.

—¿Cómo sabes qué era importante y qué no?

—Eso ahora no importa. En su momento lo supe—. La muchacha abrió la boca para insistir, pero él la detuvo alzando una mano—. Suficiente.

—Déjame preguntarte solo una cosa más —le pidió.

Ian la miró a los ojos y vio una extraña determinación y una angustia agobiante. Le era fácil saber lo que sentía pues, o no se molestaba en ocultarlo, o no sabía cómo.

—Una —aceptó al fin.

—¿Qué te hice yo para que quisieras matarme? ¿Qué te he hecho ahora para que me atormentes de esta forma?—. Ian fue a contestar, pero ella se le adelantó—. Y no me digas que las órdenes son órdenes porque he visto el odio que sientes hacia mí.

Su voz temblaba y sus ojos estaban húmedos por las lágrimas que trataba de reprimir. Como un bosque verde, empapado tras la lluvia.

—No es lo que has hecho, es lo que vas a hacer —contestó en susurros.

Rio apartó la vista fijándola en algún punto de Madrid.

—Entonces eres tú el que me está condenando sin motivo.

—Pues prueba lo contrario —la instó—. No tienes por qué ser un ángel —añadió encogiéndose de hombros.

Rio lo miró con ojos húmedos pero rostro sereno.

—Entonces, ¿con vosotros es unirse o morir?

—No estás muerta aún —puntualizó Ian—. Te recomiendo que te pares a pensar en si es cierto todo lo que cuentan de los ángeles. Porque la vida no es todo blanco o negro.

—No tengo nada que pensar —le espetó Riona—. Márchate.

Ian podría haberse negado, pero consideró que ya la había presionado suficiente por ese día. Sin añadir nada más, se subió de un salto a la barandilla, reunió el indium que necesitaba, y materializó sus alas negras. Tomó impulso y se alzó en el aire.

El viento que levantó la hizo retroceder y revolvió su melena. Cuando la corriente cesó, Ian había desaparecido.

No tardó demasiado en regresar al hotel donde se hospedaba a pesar de que estaba situado en el bullicioso centro de Madrid. Era tarde y, si bien la ciudad no dormía del todo, las calles estaban mucho más despejadas que durante el día o los fines de semana. En cualquier caso, Ian habría tardado lo mismo en llegar a su destino: en el cielo el tráfico no podía alcanzarlo.

Los demonios eran errantes y rara vez se asentaban en la Tierra, pues su verdadero hogar estaba en Abyssus, protegidos bajo la sombra de Lucifer. Sin embargo, durante el tiempo que debían permanecer entre mortales para llevar a cabo la tarea asignada, los demonios no se alojaban en cualquier sitio. Vanidosos y amantes del lujo, se hospedaban en los mejores hoteles de la ciudad, e Ian no era ninguna excepción.

El joven aterrizó entre las sombras, cerca de la entrada y accedió al vestíbulo por una gran

puerta giratoria. El señor Ruiz, el recepcionista, lo miró en cuanto apareció. Ian lo había investigado a él y al resto de la plantilla antes de alojarse, y podía afirmar que el señor Ruiz era el humano más aburrido con el que se había topado jamás. Tanto era así, que dedicaba su tiempo libre a cotillear sobre los huéspedes para llenar su insustancial vida.

A pesar de la mirada desdeñosa que le dirigió al joven, Ian sabía que el hombre apreciaba profundamente el tiempo que llevaba hospedándose en el hotel. ¡Y cómo no hacerlo! La mayor parte de huéspedes eran gente de negocios, parejas de luna de miel o amantes. Ricos que podían permitirse un hotel de lujo. Pero un joven rozando la veintena y viviendo en una de las suites, no encajaba con las anteriores descripciones. Y ello suponía una fuente de cotilleos que mantendría entretenido al señor Ruiz durante bastante tiempo.

De nada, señor Ruiz.

El recepcionista lo observó de reojo, probablemente pensando que se trataba de algún niño rico rebelándose contra sus padres, o un estafador. ¿De qué otra forma podía alguien tan joven alojarse en la suite más cara del hotel?

Ian ignoró su mirada especulativa y caminó hasta el ascensor acompañado por el entrechocar de las cadenas que colgaban de sus vaqueros. Una vez dentro, pulsó el botón para subir.

Aunque Laura y él formaban equipo, tenían habitaciones en hoteles distintos. Ninguno de los dos sentía apego por el otro y evitaban pasar juntos más tiempo del que fuera necesario. Además, ella ahora tenía al policía para divertirse, por lo que no lo buscaría en un tiempo. O eso creyó, pues al atravesar la puerta de su suite y entrar en el dormitorio, se topó con la aludida cómodamente tumbada en su cama.

Ninguno de los dos dijo nada mientras intercambiaban miradas. Con parsimonia, Ian se quitó la cazadora y la lanzó contra el sillón de la esquina. Caminó hasta la nevera del minibar, se sirvió una copa y tomó asiento sobre un diván.

Laura siguió sus movimientos apoyada en uno de los postes de la cama. La mirada que le dirigió entonces puso sobre aviso al joven: nada bueno podía pasar cuando ella lo miraba así.

—¿Qué haces aquí, Laura? —preguntó. No estaba de humor para jugar a las adivinanzas.

—¿Me estás traicionando, Ian? —inquirió con una voz tan dulce que resultaba sorprendentemente amenazadora.

El joven estuvo a punto de resoplar, pero se contuvo al ver el peligro brillando en sus ojos oscuros.

—Sinceramente, Laura, no sé de qué me estás hablando —suspiró y le dio un trago a su bebida.

—Me refiero a Riona Dávila.

—Ahora estoy más perdido que antes —replicó poniendo los ojos en blanco.

—Creo que te gusta demasiado —insistió Laura.

—¿Gustarme? —se preguntó Ian mirando hacia el techo—. Puede ser, pero es más una cuestión de quitarles a los ángeles tantos soldados como pueda —añadió con la ira apareciendo en su rostro, como si por unos momentos se hubiera marchado.

—Espero que así sea —continuó Laura acercándose a él y tomando asiento a su lado.

Ian se encogió de hombros.

—Solo estoy jugando con ella, hacerla tropezar. Ya me entiendes —añadió guiñándole un ojo—. Al final, estará tan confusa y desesperada que será mucho más fácil llevárnosla.

Laura sonrió y se acercó a él.

—Más te vale, porque sabes que no puedes encapricharte con ella. Es de lord Esriel —susurró cerca de su oído.

Esta vez sí, Ian resopló exasperado y se apartó.

—Ya lo sé, Laura. No lo he olvidado.

—Bien —asintió y se sentó a horcajadas sobre él—. Porque sería un estorbo tener que recordártelo.

Y dando la conversación por terminada, Laura se lanzó a besarlo. Al principio Ian estaba un tanto reticente, por lo que tiró de su pelo para acercarlo más hacia ella y profundizar el beso. No hizo falta mucho más para ponerlo de su mismo humor cuando, al fin, el joven mordió su labio con fuerza.

Laura se separó bruscamente de él con el labio ensangrentado y sonrió. Extendió uno de sus largos dedos y lo deslizó por el rostro de Ian en una seductora caricia, pero él sintió como un escalofrío lo recorría.

—Me debes todo lo que eres, Ian —susurró en su oído.

—Todo —contestó dócilmente.

—Cuando los ángeles la asesinaron, yo te protegí, ¿verdad?—. Le mordió el lóbulo de la oreja.

—Sí —suspiró él.

—Te llevé conmigo y te enseñé a luchar. Te enseñé todo lo que necesitabas para vengarte. No lo olvides —le advirtió.

—No lo olvido.

—¿Jamás? —insistió ella.

—Jamás —juró Ian.

Laura se apartó para verle mejor el rostro y él estiró el cuello para volver a besarla salvajemente. Ella respondió arañando su espalda mientras tiraba de su camiseta que terminó cediendo bajo sus dedos y se rasgó. El ruido se entremezcló con sus jadeos llenos de una lujuria que los consumía como el fuego del Infierno.

Era una atracción física fatal, pero era simple, sin complicaciones. Justo como a ambos les gustaba.

Ian giró y se colocó tras ella para besarle el cuello mientras enredaba los dedos en su melena rubia. Laura rio.

Sin dejar de reír, lo empujó hacia atrás tirándolo bruscamente contra el suelo. Lo contempló desde arriba y le tendió la mano. Ian la tomó sin dudar y, una vez se puso en pie, la guió hasta la cama.

Aquella noche, la lujuria y la muerte reptaron entre las sábanas que, como serpientes, envolvían los cuerpos desnudos y sudorosos de los dos demonios.

Riona pasó toda la mañana mordiendo las uñas sentada en su pupitre, sin prestar la más mínima atención a los profesores que se sucedieron uno tras otro.

No podía fiarse de Ian, simplemente no podía. No era capaz de creer en su palabra, necesitaba comprobarlo. Con esa idea en mente, Rio esperó impaciente a que terminaran las clases con la firme intención de visitar a Julio en el hospital.

Cuando al fin el timbre anunció el final de la jornada, se puso en pie de un salto y evitó a sus amigas que la miraron sin comprender a qué venía tanta prisa. Sin embargo, a la salida del pabellón, Lucas la interceptó:

—¡Rio! —la llamó dándole alcance y sujetándola por el hombro.

La aludida se volvió algo molesta y, con dedos temblorosos, se apartó el pelo para verlo mejor.

—¿Qué querías? —preguntó.

Lucas frunció el ceño ante el tono cortante que empleó, pero contestó de todas formas:

—He reunido bastante información para el trabajo de historia, ¿te parece que lo empecemos el sábado?

—Sí, claro. Sin problemas —aceptó ella que, en ese momento solo podía pensar en salir disparada de allí.

—¿En mi casa te parecería bien? —continuó.

—Sí, claro —contestó dando media vuelta para marcharse.

Sin embargo, Lucas volvió a detenerla:

—No conoces mi dirección —le dijo algo incómodo.

—Tengo mucha prisa, mándame un mensaje al móvil.

—Rio —insistió Lucas comenzando a exasperarse—, no tengo tu número.

La chica se disculpó balbuceante y tomó el bolígrafo que le tendía para garabatearle, con más fuerza de la requerida, su número en la palma de la mano.

—¡Nos vemos! —se despidió sin dejarle abrir la boca.

No miró atrás y corrió hasta alcanzar una boca de metro. El trayecto se convirtió en una auténtica tortura, no solo el vagón estaba lleno en hora punta, además, hacía mucho calor y Rio pronto se quedó sin uñas que morder.

Cuando regresó a la superficie, la luz blanca del cielo nublado la cegó por unos segundos.

Se encontraba en una pequeña plaza ajardinada que precedía al hospital. Privado, por supuesto. La atravesó a la carrera pisando el césped y no paró hasta subir las escaleras del edificio blanco y detenerse frente al mostrador de información. Con la respiración jadeante, se volvió hacia la recepcionista:

—He venido a ver a Julio Ocaña. Fue ingresado hace dos días. Soy una compañera de clase.

La mujer asintió y se volvió hacia la pantalla del ordenador para consultar la habitación en la que estaba.

—Está en el ala dos, en la habitación 213.

Rio apenas se detuvo para darle las gracias antes de correr hacia la dirección que le señalaba. Una vez en el pasillo correcto, se esforzó por detener el ritmo y caminar hasta la habitación.

Encontró a Julio viendo la televisión, aburrido. Su rostro estaba amoratado y tenía una venda que le cubría el pómulo izquierdo. También, tenía un brazo escayolado y quién sabe qué más.

—Dávila —dijo sorprendido de verla—. ¿Has venido a verme? —preguntó ilusionado cuando ella se detuvo junto a su cama.

—Sí... E-estaba preocupada... —tartamudeó.

—Vaya... —suspiró él con una sonrisa bobalicona extendiéndose por su rostro magullado.

—¿Recuerdas...? ¿Recuerdas algo de lo que pasó? —preguntó tomando asiento y tratando de ocultar su nerviosismo.

—Todo —contestó el muchacho. Un escalofrío lo recorrió.

Riona tragó saliva y se estrujó los dedos.

—¿Qué ocurrió? —insistió.

—Un tío apareció de la nada y nos retó. Se lanzó contra nosotros y no recuerdo mucho más aparte de los golpes.

—¿Solo eso? —preguntó comenzando a sentir el alivio extenderse por su pecho.

—¿Te parece poco? —replicó Julio con el ceño fruncido.

—¡No! Es solo que...

—Era... No parecía humano. Si no fuera porque se trata de una locura, diría que era un monstruo.

—¿Un monstruo? —preguntó Rio temerosa de que Julio hubiera llegado a entrever la naturaleza de Ian.

—Sí. Debía de estar puesto hasta las cejas de vete a saber qué —contestó el chico.

Riona suspiró con verdadero alivio y sintió el miedo encogerse hasta casi desaparecer.

—Vaya, eso es muy... —comenzó tratando de disimular.

Pero no llegó a terminar la frase. La puerta de la habitación se abrió de par en par y, tanto Julio como ella, se volvieron hacia la entrada, Rio abrió desmesuradamente los ojos al ver a Gael cruzar el umbral.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la muchacha.

—Oye, esto es una habitación privada —intervino Julio.

—Cállate —le espetó Gael—. Riona, ven conmigo.

Sin ánimo de replicar, se puso en pie y caminó hacia la salida dejando a un perplejo Julio mirando en su dirección.

Una vez fuera, Gael la guio hasta un pasillo vacío y la encaró con el ceño fruncido:

—¿Se puede saber qué estás haciendo aquí, Riona? Te dije que te mantuvieras al margen.

—¡No podía! La policía ha ido a mi escuela y andan haciendo preguntas. Tenía que asegurarme de que Ian cumplía su parte del trato para que ni Julio ni los demás dijeran que yo lo vi todo.

Los ojos de Gael se abrieron de par en par unos instantes antes de que la decepción y el enfado los ocuparan.

—¿Has hecho un trato con ese demonio? —exclamó furioso agarrando sus manos para examinarle la palma—. Dime que me estás tomando el pelo.

¿Cómo se le había podido pasar por alto? Se suponía que estaba asegurándose de que nada le ocurriera. No podía ser, *nada* escapaba a su mirada.

—Gael, para —intervino Rio, inquieta cuando le arremangó los brazos para examinarle la piel—. No podía dejar que la policía me relacionara con...

—La policía no iba a relacionarte con nada, Riona —la interrumpió—. Te dije que me encargaría de *todo*. Ello implica ocultar que fuiste un testigo, es obvio.

—Pero...

—Pero no hizo falta —la interrumpió—. Cuando vine al hospital para borrar los recuerdos que estos chicos tenían de ti, averigüé que no había rastro de ellos.

—¿Qué?

—No te hagas la sorprendida —suspiró Gael—. El venator debió de haberlos borrado tras convencerte de hacer un trato con él. No puedo creer que hayas sido tan estúpida. —Y yo *tan descuidado*, se reprochó—. No creí que te dejarías engañar...

—Gael, fue ayer cuando hice el trato con Ian —soltó ella con los ojos muy abiertos.

—Eso no es posible. Vine anteayer en cuanto la ambulancia los dejó en el hospital, antes de que la policía tuviera oportunidad de interrogarles.

—Te juro, Gael, que fue ayer cuando hice el trato.

Le bastó un instante para saber lo que había ocurrido:

—Te ha engañado. Al parecer, a él no le interesaba que se supiera que estabas involucrada y borró de inmediato sus recuerdos. Luego se aprovechó de tu miedo para obligarte a hacer un trato con él.

—¿Me engañó? —repitió Rio estupefacta.

—Eso he dicho. ¿Qué le diste a cambio, Riona? —preguntó con los ojos cerrados, como si lo invadiera un terrible dolor de cabeza.

—Na-nada. Quiero decir, nada aún.

—¿Qué? —preguntó abriendo los ojos.

—Me dijo que cuando quisiera algo me lo diría.

Gael frunció el ceño.

—No es así como los demonios cierran un trato—. Rio lo miró sin comprender—. Siempre comunican a la otra parte lo que van a pedirles a cambio de cumplir. Claro que luego está la letra pequeña que se olvidan de mencionar, pero eso no nos atañe ahora. ¿Le diste tu sangre? —preguntó volviendo a examinar la piel de sus manos y brazos.

—¿Mi sangre? —preguntó la muchacha arrugando la nariz con desagrado—. ¡No!

Más confuso de lo que se había sentido en mucho tiempo, Gael habló de nuevo:

—Entonces el trato carece de validez. No estás obligada a cumplirlo.

Le llevó unos segundos asimilar tanta información. Era demasiado absurdo. ¿Por qué haría con ella un trato sin validez? A no ser que fuera a obligarla a cumplirlo...

—Ya, claro. A saber qué ocurre si falto a mi palabra.

—A lo que me refería era a que sin sangre, no hay contrato eterno. Nada te ata realmente a él y no hay nada que pueda castigarte si no cumples con lo que te pide.

—P-pero eso no tiene sentido. ¿Por qué haría un trato así conmigo?

—Es tu problema averiguarlo —replicó Gael y, en tono más amable, añadió—. Ven, te acercaré a casa. No me des esos sustos —siseó.

Si su pelo no fuera ya completamente gris, seguro que le habría sacado canas.

Rio golpeaba la barandilla con la punta de los dedos una y otra vez mientras fulminaba a la oscuridad de la noche. Para una vez, ¡una vez!, que quería hablar con ese estúpido demonio, resulta que había desaparecido. Era increíble que hubiera estado siguiéndola día y noche durante los últimos días, y ahora no apareciera.

—¡Sé que estás ahí! —exclamó—. ¿Podrías arrastrar tu culo de demonio hasta aquí?

Furiosa, suspiró para relajarse y una nube de vaho se formó ante su rostro. Indignada por tener que esperar a que apareciera, si es que iba a aparecer, se subió la cremallera del abrigo hasta arriba.

—¿Qué decías de mi culo? —inquirió una voz tras ella.

Riona no pudo evitar dar un respingo. Se giró y lo encontró apoyado contra la barandilla con un aire casual, como si hubiera estado ahí desde el principio.

—¿Y bien? —insistió al ver que se había quedado muda.

Rio agitó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Hiciste trampa —lo acusó.

—¿Trampa, yo? —preguntó enarcando las cejas fingiendo inocencia—. ¿Cuándo?

—Ayer —replicó Rio mordaz—. Sobre el trato que me obligaste a hacer.

—No sé de qué te quejas si te ha resultado tan beneficioso...

—¡Me quejo porque me engañaste! —exclamó nada dispuesta a dejar que la confundiera de nuevo—. Cuando me propusiste el trato, Julio y los otros ya no tenían sus recuerdos sobre mí.

Ian le dirigió una mirada molesta y se incorporó para apartarse de la barandilla. El entrechocar de las cadenas que colgaban de sus pantalones creó un frío tintineo que le puso el vello de punta.

—Eso no es hacer trampa —dijo acercándose a ella. Rio se esforzó por mantener los pies clavados en el sitio y los brazos firmemente cruzados—. Es cumplir con mi parte por adelantado —la corrigió—. Sabía que aceptarías el trato porque era lo que te convenía.

Rio fue la primera en interrumpir el contacto visual.

—No intentes liarme de nuevo —le espetó—. No habría tenido que hacer ningún trato contigo si no les hubieras dado una paliza.

—Y yo no les habría dado una paliza si no te hubieras topado con ellos —replicó.

Rio se volvió hacia él con rapidez, pero Ian ya se había apoyado de nuevo sobre la barandilla, esta vez dándole la espalda.

—No me hagas responsable de tus actos —le espetó señalándolo con el dedo índice.

—Pero eres responsable—. Al ver la mirada que le echó la joven, sonrió torcidamente—. Al menos en parte.

—No lo creo.

—Me da igual lo que creas —resopló—. Los hechos son que quien quiera que seas o supongas para Abyssus, ha provocado que yo tenga que quedarme en Madrid para vigilarte y, lamentablemente, protegerte. No es lo que más me apetece, ¿sabes?

Riona era la personificación del desconcierto y la incredulidad.

—Creo que he oído mal. ¿Has dicho protegerme?

—En serio, deberías revisarte los oídos. Estoy bastante seguro de que te estás quedando sorda —dijo burlón.

Pero Riona lo ignoró. Sentía tanta furia, que se olvidó del miedo. Avanzó hasta él y le hincó el dedo índice en el pecho:

—Desde que llegaste a Madrid, no has hecho otra cosa que intentar matarme o atormentarme. O no tienes ni idea de lo que significa proteger a alguien, o te estás burlando de mí. ¿Cuál de las dos va a ser, Ian? —siseó.

El joven estrechó la mirada y sus pestañas negras cubrieron sus ojos casi por completo:

—Ninguna. Puede que ahora te parezca que solo te causo problemas, pero algún día te sacaré de uno bien gordo, ese en el que te estás metiendo un poco más cada día —añadió mirándola de arriba abajo.

De nuevo, Rio se percató de que no la miraba a ella, sino a su *alma*.

—¿Qué es lo que te desagrada tanto de mi alma? —no pudo evitar preguntar.

Ian apartó la vista y parpadeo, como si tuviera que acostumbrarse de nuevo a la oscuridad de la noche.

—Es demasiado brillante —contestó.

Riona enarcó una ceja y rio secamente:

—Bueno, supongo que, comparada con la tuya, lo es. ¿De qué color es tu alma? ¿Negro alquitrán?

—¿Por qué no me lo dices tú? —la retó—. Oh, claro: no puedes. No tienes poder suficiente —añadió y soltó un resoplido que escapó de su boca en forma de vaho.

—Pero lo tendré y cuando llegue ese día, podré verte tal y como eres.

Ian le dirigió una sonrisa endiablada que la hizo retroceder levemente:

—Veremos qué piensas cuando seas capaz de verla. Es más, me pregunto qué pensarás cuando seas capaz de ver el alma de ese Gael. Apuesto a que te llevarás más de una sorpresa.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—A que no es lo que parece. Hay más oscuridad en él de la que imaginas.

Sin dejarle preguntar nada más, Ian dio un salto para subirse a la barandilla y comenzar a materializar sus alas.

—No olvides que me debes tu parte —le recordó.

Riona bufó cruzándose de brazos de nuevo.

—¡No voy a cumplir! No hubo sangre en el trato, nada me obliga —replicó demostrando lo

que había averiguado.

Ian se volvió hacia ella como un relámpago. Una sonrisa ladeada cruzaba su rostro.

—Lo veremos.

Y acto seguido se elevó en el aire.

¿Ha cambiado algo vuestra opinión sobre Ian? ¿Qué esperáis de él en los próximos capítulos? ¡Decídmelo en los comentarios!

Capítulo 7: monstruos nacidos del odio (parte 1)

Se convirtió en una extraña rutina. Ian la observaba mientras estaba en clase, en los ensayos de ballet y también se dejaba ver en su terraza algunas noches. A veces hablaban. Ian trataba de convencerla de que los ángeles no eran tan maravillosos como su nombre podía evocar, y Riona se esforzaba por sonsacarle información. Pero pronto comprendió que el demonio no sabía demasiado y que, lo que sabía, no pensaba decírselo. No aún.

El único momento en que Ian no la observaba, era durante sus entrenamientos en el ático de Gael. Al parecer, su protector era capaz de proyectar parte de su alma y así conformar una barrera alrededor del edificio evitando la entrada de cualquier ser sobrenatural, sin importar que fuera ángel o demonio. Y, siendo sincera, saber que Gael se protegía también de los ángeles, la supuesta encarnación del bien en la Tierra, le hacía pensar que había cierto ápice de verdad en las palabras de Ian con respecto a la oscuridad de su único aliado.

El joven, por su parte, veía crecer el alma de Riona a pasos agigantados, pues la luz que la rodeaba había aumentado tanto en tamaño como en intensidad. Ahora ella era capaz de percibirlo con mucha más precisión, adivinando desde dónde la estaba observando. Algo que estaba ocurriendo en ese preciso instante.

Ian había tomado asiento en una de las butacas del teatro donde Riona ensayaba ballet. Se había rodeado de su alma creando la ilusión de que no se encontraba allí, al menos a ojos de los humanos. Sin embargo, ella había sido capaz de entreverlo a él y al alma negra y ondulante que lo rodeaba. A pesar de ello, se estaba esforzando por ignorarlo.

La muchacha encorvó la espalda y acompañó el movimiento con los brazos haciendo que su cuerpo ondeara violentamente, como el mar tempestuoso. Un extraño hechizo se apoderaba de Ian cada vez que ella pasaba de movimientos controlados, delicados y serenos a caóticos, nerviosos y violentos. Cuando creía que era fascinante la forma en la que su cuerpo era capaz de encontrar un ritmo en aquel desenfreno, Rio lo cambiaba y sus movimientos suaves generaban una calma en su espíritu que le hacían ansiar más. Era como dos esencias opuestas encerradas en un mismo cuerpo.

No le llevó mucho tiempo deducir que aquella fascinación provenía de un hecho muy simple: él era así. Un ser contradictorio que no se entendía a sí mismo. Determinado a acabar con tantos ángeles como pudiera, pero lleno de dudas y remordimientos.

Su único objetivo en la vida desde hacía nueve años, había sido encontrar al ángel que intentó matarlo de niño y que había destruido su vida cuando no pudo dar con él.

Esa había sido la razón por la que se había unido a las tropas de Abyssus e, iluso, había pensado que lograría cobrarse su venganza y olvidarse de todo aquel mundo, tener una vida que fuera suya.

Pero dar con el objeto de su ira no era tarea fácil y después de casi una década, Ian no estaba más cerca de hallarlo. Tal vez por ello había volcado toda su rabia en acabar con tantos ángeles como le fuera posible con la esperanza de terminar encontrándolo.

Sin embargo, viéndola como la veía ahora, tal vez Riona Dávila no mereciera morir por haber nacido ángel. Tal vez aún estaba a tiempo de salvarse.

Ian entrecerró los ojos concentrándose en los movimientos de la chica. Podía ver su alma

perlada enroscarse alrededor de sus pies cuando ella se sostenía sobre la punta de los dedos; o su induam echándose hacia delante cuando su cuerpo se inclinaba hacia atrás para equilibrarla. Riona había estado haciéndolo inconscientemente toda su vida, sin embargo, Ian podía verla ahora siguiendo con la mirada la fluidez de su alma, muy consciente de lo que hacía. Gracias a ello Rio era la mejor. Sus compañeros masculinos no tenían dificultades en levantarla o hacerla girar, pues su induam tiraba de ella.

Riona era la gracia personificada y el control sobre su cuerpo era absoluto.

Ian hubiera deseado tener un control tan grande sobre su propia mente.

Después del ensayo, Rio regresó a casa agotada. Tanto, que casi se durmió sobre la cena.

—Ve a dormir, Riona —le dijo su madre después de verla cabecear tres veces.

—No, hoy es noche de cine —murmuró ella. Era habitual que vieran una película juntas la noche del viernes. Era uno de ellos pocos momentos madre e hija que tenían, el resto de la semana, apenas podía verla.

—Vas a dormirte a los cinco minutos de película. Has tenido un día duro. —Diane frunció el ceño—. Tal vez debería hablar con la academia de ballet. No me parece bien que os agoten de esta manera.

—¡No! —exclamó Rio más alto de lo que hubiera pretendido—. No —dijo frotándose los ojos. Lo último que necesitaba era que Diane hablara con sus profesores y se enterara de que había faltado a muchos de los ensayos. No quería que se preguntara dónde pasaba su tiempo—. Es solo que anoche no conseguí dormir hasta tarde. Pero mañana no tengo que madrugar. Recuperaré horas de sueño. Tienes razón, iré a acostarme ahora —aceptó llevando su plato al fregadero.

Diane asintió conforme, aunque frunció los labios preocupada cuando la vio subir las escaleras a trompicones.

En cuanto estuvo en su cuarto, cerró la puerta y suspiró.

—No estaría tan cansada si no tuviera que estar pendiente del demonio que me vigila o de si me va a matar —siseó.

Y lo peor era que ni siquiera podía irse a dormir ahora porque suponía que Ian aparecería de nuevo como llevaba haciendo las últimas noches. Rio intentaba sonsacarle algo, lo que fuera, e Ian evitaba descaradamente sus preguntas con clara diversión.

Esa noche, Rio se puso su pijama grueso y suave de color rosa. Ya le daba igual como la viera y no estaba dispuesta a esperar con ropa de calle a que apareciera. Se tumbó en la cama a esperar pero estaba tan cansada que no pudo evitar dormirse a pesar de estar chateando por el móvil.

Cuando Ian al fin se presentó, la encontró aovillada a los pies de la cama con las pantuflas puestas y el móvil entre los dedos. Había dejado la puerta de la terraza abierta, seguramente pensando que no tardaría en aparecer, y el frío de la noche se había colado en su habitación.

Una nueva corriente de viento entró en el dormitorio y Rio se estremeció; el demonio resopló.

—¿En serio? —siseó entrando—. ¿No tengo ya bastante con tener que vigilarte, ahora debo hacerme cargo de ti?

Lentamente, retiró el edredón de la cama para hacerle hueco y cargó a Riona con suavidad hasta depositarla sobre el colchón. Sin dejar de resoplar, llevó las manos a sus pies y le quitó las pantuflas.

—¿Qué diablos...? —susurró al ver que tenían forma de conejito—. ¿Cuántos años tienes? ¿Diez? —preguntó sin esperar respuesta.

Le echó el edredón encima y estaba a punto de irse cuando vio un estante con un par de peluches en una estantería. Divertido, alcanzó un osito y lo colocó junto a ella.

La miró burlón. Entonces ella suspiró profundamente y se acomodó bajo el edredón. Ian frunció el ceño al ver la confianza y tranquilidad que reflejaba su rostro: eso no la ayudaría a sobrevivir.

Tan sigiloso como había entrado, abandonó el dormitorio y se aseguró de cerrar la cristalera antes de alzar el vuelo. Esperaba dormir aunque fuera la mitad de a gusto que ella.

A Ian le habría encantado ver su expresión de desconcierto cuando se despertó a la mañana siguiente. No recordaba haber llegado a meterse en la cama, tampoco haber hablado con el demonio, mucho menos haberse dormido abrazada a un oso de peluche. Hacía años que no dormía con peluches.

—¿Qué...?

Pero no tuvo tiempo de formular su pregunta porque el móvil comenzó a vibrar. Aún adormilada, contestó sin siquiera mirar el nombre.

—¿Sí?

—Hola, Rio —la saludó una voz alegre y totalmente despierta—. Al final no hablamos de a qué hora te pasarías por mi casa para hacer el trabajo...

—¿Lucas? —murmuró al reconocerlo.

—Sí, soy yo —contestó el muchacho cortado—. ¿Te he despertado? Te he despertado... —añadió contestándose a sí mismo—. Lo siento, es que...

—No te preocupes —lo interrumpió ella con pocas ganas de que siguiera hablando—. El trabajo, bien, eh... ¿A partir de qué hora puedo pasarme por tu casa?

—Pues cuando quieras, no hay nadie así que podemos aprovechar... Si es que puedes.

—Sí, sí, puedo —contestó. La verdad es que ir a hacer un trabajo un sábado era lo último que le apetecía.

—Bien, son las diez. Te mando la dirección y nos vemos en un rato —se despidió y colgó.

—¿En un rato? —repitió ella, pero ya no la escuchaba.

A Riona le iba a llevar algo más que "un rato" despejarse, vestirse, desayunar y llegar hasta su casa. Pero decidió no agobiarse, ya tenía bastantes problemas como para preocuparse por un trabajo.

Devolvió el peluche a la estantería y entró en el baño para lavarse la cara con agua fría, a ver si así conseguía despejarse. Ya en la cocina, se encontró con su madre que la saludó mientras bebía una taza humeante de café.

—He hecho huevos con bacon, ¿quieres? —le preguntó—. Anoche casi no cenaste.

—No sé si... —dijo mirando el reloj.

—Rio, frena un poco. Llevas un ritmo estos últimos días que no hay quien te pille. Siéntate —le ordenó colocando una taza de café y un plato de huevos revueltos frente a ella.

Riona cedió. Normalmente tomaba algo de leche y unas galletas antes de ir a clase, no le vendría mal un desayuno inglés.

Suspiró satisfecha cuando terminó el plato y se permitió reposar unos segundos antes de ponerse en marcha de nuevo.

—He quedado con un compañero de clase para hacer el trabajo de historia —le dijo a su madre.

—La dura vida del estudiante —sonrió ella—. Bien, pero avísame si vienes a comer.

—¡Vale! —contestó tomando su mochila. Pero antes de salir se detuvo—. Mamá, ¿entraste en mi habitación para arroparme anoche?

Diane la miró perpleja pues bien sabía su hija que no entraba en su habitación una vez acostada. Mucho menos para arroparla.

—No. ¿Tan dormida ibas que ni siquiera recuerdas haberte metido en la cama?

—Debe de ser eso —murmuró—. ¡Adiós! —se despidió echando a correr.

Se dio prisa en salir porque no quería que su madre la viera ponerse pálida. Si ella no la había arropado, solo había una persona que pudiera haberlo hecho. Y ese era Ian. Le entró un escalofrío solo de pensar en el demonio entrando en su habitación, husmeando y reuniendo más información acerca de ella... ¿Para luego meterla en la cama y arroparla? Eso no tenía sentido.

Se apresuró a meterse en la boca de metro sin poder parar de pensar en la forma de actuar del demonio. Dio algunas vueltas de más desde la parada, hasta dar con la casa de Lucas: un elevado edificio del centro con elegantes relieves en la fachada. El vestíbulo tenía el suelo de mármol y techos altos. La recepcionista la saludó mientras se dirigía a los ascensores.

Riona estaba acostumbrada a las casas lujosas de sus compañeros, sin embargo, casi todos vivían en las afueras, en elegantes casas ajardinadas. Al parecer, los Sellers habían preferido el ático de un alto edificio.

Llamó al timbre y no tardó en escuchar pasos aproximarse.

—Hola, entra —la recibió Lucas sonriendo.

—Hola.

El interior de la casa era muy luminoso. Con una gran cristalera y tonos crema y azules en las paredes. Una lámpara de pequeños cristales reflejó la luz unos instantes antes de que el chico la guiara hasta su habitación.

Era igualmente amplia y había dos sillas frente al escritorio de cristal. Sin embargo, aún había un par de cajas de la mudanza sin desembalar lo que explicaba lo poco personal del dormitorio de Lucas. No había fotos, posters o discos de música en las estanterías.

—Perdona el desorden —dijo apilando las cajas y llevándolas a una esquina—. Aún no he tenido tiempo de colocarlo todo.

—Da igual. Sé lo que cuesta poner todo en orden— dijo encogiéndose de hombros—. Si te digo la verdad, aún hay cajas sin abrir en mi casa y eso que hace casi diez años que nos mudamos.

—Vaya, ni que tuvierais secretos que quisierais enterrar —bromeó.

—Lo mismo un día me encuentro un cadáver o vete a saber qué —rio tomando asiento.

Dejaron las bromas macabras a un lado y empezaron con el trabajo de historia. Lucas creía que debían centrarse en la historia española y, a ser posible, incluir lo que pudieran de Madrid. No estaría de más demostrar que, a pesar de ser extranjeros, conocían la historia del país en que vivían. Esperaban que Velasco lo considerara de forma positiva.

Lucas ya había avanzado en la búsqueda y había seleccionado algunos temas. Tras discutirlo, eligieron uno de ellos y se pusieron manos a la obra. Primero hicieron una búsqueda rápida en internet para seleccionar los puntos más interesantes y utilizaron varios volúmenes de historia que tenían los padres de Lucas.

Pasaron varias horas planeando y dividiéndose el trabajo para poder ir avanzando individualmente en sus ratos libres. Finalmente, intercambiaron los correos y quedaron en ir avisando de lo que encontraran ese fin de semana.

—Por cierto, ¿quién era el tío con el que estabas el otro día? —le preguntó cuando empezaban a recoger—. En el pasillo —le aclaró al ver que ella no lo entendía.

—¡Oh! Ese...

Lucas rio mientras terminaba de apilar los libros.

—Sí, ese.

—Estamos algo así como saliendo —contestó finalmente. Prefería que Lucas pensara que los había interrumpido en un momento íntimo a que empezara a hacerse preguntas.

—No parecía buen tipo —opinó torciendo el gesto.

—¿Qué te hace pensar eso?— dijo fingiendo estar poco interesada mientras guardaba sus notas en la mochila. Al decirle que estaban saliendo, había esperado que dejara el tema, no que insistiera.

—Tengo un sexto sentido con la gente —siguió Lucas sonriendo—. Suelo acertar bastante.

—¿Ah, sí? ¿Y qué pensaste de mí cuando me conociste? —preguntó tratando de desviar su atención.

—Que eras mucho mejor persona que ese tío. ¿De verdad es tu novio? —insistió acompañándola a la salida.

Rio se restregó las manos algo nerviosa.

—Dije que estábamos saliendo, no que fuera mi novio —puntualizó.

Salieron al portal y Lucas llamó al ascensor.

—Ajá. ¿Y qué hacía en el instituto? Parece un poco mayor para ser alumno —comentó curioso.

—No es alumno —se apresuró a contestar—. Vino a darme algo —dijo quedándose sin excusas.

Por suerte, las puertas del ascensor se abrieron así que se apresuró a entrar y a despedirse de su compañero. Sin embargo, las últimas palabras que le dirigió la dejaron estupefacta:

—Pueden gustarte los chicos malos, pero deberías tener más cuidado. —Ya no sonreía y su expresión había dejado de ser despreocupada. Parecía estar diciéndole algo con la mirada, advirtiéndola.

Pero antes de poder replicar nada, las puertas se cerraron dejándola con la palabra en la boca y el ascensor comenzó a bajar.

Durante el trayecto de vuelta, no dejó de pensar en el extraño comportamiento de Lucas. No solo se había mostrado tremendamente insistente acerca de su relación con Ian, sino que al despedirse parecía una persona completamente distinta.

Ta vez fuera la paranoia que había surgido al entrar en contacto con aquel mundo de leyenda, pero no le parecía normal. ¿Y sí su nuevo compañero era parte de ese mundo? Entonces, ¿qué era? ¿Un ángel? ¿Un demonio? ¿Gael podría decírselo?

—No, no puede ser —murmuró negando con la cabeza—. Te estás volviendo loca. ¿Diecisiete años sin ángeles y demonios y ahora resulta que todo el mundo lo es? No —insistió.

¡Hola! Aquí vengo con un nuevo capítulo. Y qué deciros, ahora sí que sí nos estamos metiendo de lleno en uno de los momentos clave de la historia. ¡Estad atentos!

¡Como siempre, cualquier comentario, teoría o duda sobre la historia es más que bienvenida!

Capítulo 7: monstruos nacidos del odio (parte 2)

Riona llegó a casa a tiempo para comer y, aunque estaba algo ensimismada dándole vueltas a sus problemas, agradeció pasar unas horas tranquila con su madre y Apolo.

El resto del día lo empleó en ponerse al día con sus estudios ya que el domingo tendría que ir al ático para recibir más lecciones de Gael.

Más descansada que el día anterior, salió a la terraza con una taza de café humeante decidida a esperar a Ian despierta. No habían transcurrido ni dos minutos cuando apareció de la nada.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó con una sonrisa burlona.

Riona dio un pequeño respingo a pesar de que ya había notado su presencia en la distancia. Afortunadamente, no vertió el café.

—¿Por qué no me lo dices tú? —siseó mirándolo con el ceño fruncido.

—Yo creo que muy bien. Babeabas y todo cuando me fui.

—Yo no babeo.

—Todo el mundo babea —replicó él apoyándose contra la barandilla.

—¿A qué vino lo del peluche?

Ian soltó una carcajada. Pero esta vez fue diferente, no había burla, sarcasmo o malicia en su risa.

—Por favor. Llevabas un pijama rosa y unas pantuflas de conejitos, no creo que un peluche marque la diferencia. —Volvió a reír.

—Son calentitas —se defendió ella—. Y no se trata de eso. No vuelvas a hacerlo. Es... Es escalofriante.

Ian levantó ambas manos en gesto de rendición.

—Mira, lo creas o no, no tenía ninguna intención oculta en ello. Solo me presenté aquí para que volvieras a intentar sonsacarme información porque es más entretenido eso que vigilarte a distancia...

—Eso sí que es escalofriante.

—Yo solo cumplo órdenes —siseó Ian entrecerrando los ojos—. El caso: cuando llegué tenías todo abierto y estabas fuera de la cama. No me apetece que pilles un resfriado y tenga que ver cómo te suenas los mocos todo el día, sería aburridísimo.

—¿Los ángeles pueden enfermar? —preguntó olvidándose del comentario cortante que había querido soltarle.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Claro que enferman. Y los demonios también.

—Yo creía...

—Tenemos cuerpo, Riona. ¿Acaso tú no has enfermado nunca?

—Sí, muchas veces.

—Claro. Es cierto que, cuando nuestra alma se desarrolla, somos menos vulnerables. Nos curamos más rápido y vivimos más tiempo.

—¿Vivimos más tiempo? —preguntó con una nota aguda en su voz.

—¿Se puede saber qué te enseña el tío del pelo gris?

—A defenderme. No tenemos tiempo para mucho más —añadió fulminándolo con la mirada.

—Es que no sabes nada —resopló—. A tu edad yo ya sabía todo acerca de esta guerra, sabía

pelear y...

—Ya, ya. Y yo solo sé bailar dando saltitos. Lo pillo.

Ian la miró y vio que parecía agobiada, realmente preocupada por no saber casi nada.

—Al menos se te da bien el ballet —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Te estás burlando de mí?

—No, lo digo en serio. Vale que no va a impedir que te maten, pero eres buena, creo. No es que entienda mucho.

—Lo practico desde los seis años. Más me vale saber al menos algo.

Ian sonrió.

—Eso explica por qué tienes tan buen dominio de tu alma.

—¿Lo dices en serio? —preguntó sorprendida por el cumplido.

Ian asintió.

—Te sirves de tu indium para lograr saltar más y mantener el equilibrio con mayor facilidad que tus compañeros. Verte bailar —continuó mirando pensativo el cielo negro—, es como ver a dos personas. Por un lado, está tu cuerpo, por otro, tu alma que es como tu pareja de baile. Te alza, te ayuda a girar y evita que te caigas. No vas a encontrar a nadie que se comenetre tanto contigo.

Cuando se volvió de nuevo hacia ella, la encontró mirándolo anonada. Con los ojos muy abiertos. Al percatarse de ello, Rio apartó la vista con rapidez.

—Eso... —Tragó saliva—. Eso ha sido muy bonito —admitió.

Él se encogió de hombros.

—Es la pura verdad. No vas a poder confiar en nadie más que en ti misma. El indium protege al cuerpo, cuando no sabes controlarlo, es casi como si tuviera conciencia propia. Actúa por instinto para evitar que nuestra parte mortal pueda sufrir daño. Por eso a veces es tan complicado controlarlo y se necesita voluntad.

—Sí, Gael me explicó algo parecido. Aunque no de forma tan... profunda.

Ian volvió a encogerse de hombros sin nada más que decir.

—¿Sabes? —volvió a hablar ella—. Ahora mismo, no me pareces tan horrible.

—Bueno, es que no lo soy. Ya te he dicho que lo de matarte no era nada personal. Las órdenes...

—Son órdenes —completó ella con desagrado—. Ya lo has dicho.

El silencio volvió a cernirse entre ambos. Como un muro infranqueable.

—Tal vez disfrutara —admitió Ian atravesando el muro—. Hacía mucho que no me enfrentaba a un ángel y tal vez me emocioné de más.

—¿Matar a alguien te produce emoción? —preguntó mirándolo de nuevo con desprecio.

—Solo a los ángeles. Es cierto que los demonios matamos también humanos, pero solo aquellos que son pilares que sostienen esta sociedad hipócrita y oprimida.

—Me suena a que buscáis justificar asesinatos a sangre fría y que buscáis la anarquía —siseó.

—Y así es —corroboró él ignorando la primera parte—. Es la única forma de liberar a la gente, de hacer que vean más allá. La sociedad está hecha para controlarlos, para que los pobres sigan siendo pobres y así los ricos no pierdan su posición. Los animales son diferentes. Ellos viven en libertad y el que sobrevive, sobrevive. Cada uno depende de sí mismo para vivir, no de las masas que los aprisionan.

—No estoy de acuerdo. Somos seres sociables, también los animales. Somos más fuertes cuando nos unimos —se atrevió a decir. Era cierto que había parte de verdad en lo que Ian decía,

pero las cosas no eran blancas o negras. Sus ideas eran extremas.

—Porque solo has visto la cara bonita de la sociedad. No has tenido que enfrentarte a un mundo que te desprecia o a una sociedad cuyas leyes no sirven para nada a la hora de la verdad.

—¿Ese es el mundo que tú has conocido?

—Es el mundo en el que me crié hasta que me uní a los demonios. En ese mundo, mi madre era maltratada por su pareja y cuando se defendió, cuando mató a ese desecho humano —Rio se estremeció ante la ira en sus palabras—, fue a la cárcel por asesinato.

—Pero fue en defensa propia... —susurró luchando contra el impulso de salir corriendo al ver su expresión. Al menos esta vez su odio no iba dirigido a ella.

—Ni siquiera eso —dijo soltando una carcajada amarga—. Ella no mató a mi padrastro, fui yo —confesó. Y cuando dijo esas palabras se volvió a mirarla.

—¿Qué...? —preguntó totalmente absorbida por el relato.

—Esa fue la primera vez que maté y la primera vez que utilicé mi poder. Me moví tan deprisa, que ese desgraciado ni siquiera vio por dónde le venía el cuchillo —sonrió pero no parecía realmente divertido—. Probablemente pienses que soy un monstruo, pero yo ya estaba cansado de que ese cabrón pegara a mi madre y, en ocasiones, también a mí. Esa sociedad que tanto te gusta, no hizo nada por nosotros. Tuve que hacerlo yo.

Se detuvo, tal vez recordando la escena, y pareció perder el hilo. Riona se vio obligada a preguntar. Necesitaba saber que había ocurrido después, saber cómo el niño se había convertido en el venator que tenía delante.

—¿Qué pasó luego?

Ian abrió los ojos algo sorprendido ante su curiosidad y la necesidad que percibió en su voz.

—Mi madre asumió la culpa para protegerme —continuó—. Fue a juicio y le asignaron un abogado de mierda porque no podíamos permitirnos pagar uno. Resulta que mi padrastro era un pez gordo, alguien importante con un cargo público. Alguien quiso cubrirlo todo, probablemente de cara a las elecciones o yo qué sé. El caso es que mi madre fue a prisión. Le ofrecieron una sentencia reducida a cambio de su silencio y de prometerle que se harían cargo de mí mientras estuviera encerrada. También le ofrecieron dinero para cuando saliera. Una cantidad suficiente como para mudarnos y empezar de nuevo. Pasé los siguientes años culpándome por su encierro. —Soltó otra risa—. Pero no había sido culpa mía. Si el mundo funcionara como es debido, mi madre habría sido puesta en libertad sin cargos al haber sido un caso de defensa propia. En un mundo que funcionara como es debido, nadie se libraría de pagar por sus crímenes por tener dinero o tener un cargo en el gobierno—. Rio tragó saliva sin saber qué replicar a eso—. Pero no vivimos en un mundo que funcione como es debido —dijo acercándose un paso a ella—. Y por eso hago lo que hago. Quiero ver el mundo reconstruirse desde sus cimientos y ser lo que debería ser.

—¿Y tú madre dónde está ahora? ¿Acaso le parece bien lo que haces? —preguntó Rio que no comprendía cómo una madre podía dejar que su hijo se convirtiera en un ser que vaga por el mundo creando caos.

—Eso es lo mejor de todo. —Pero, por la expresión repleta de ira de su rostro, no lo parecía—. Está muerta. Los ángeles la mataron.

Rio abrió la boca varias veces intentando decir algo, lo que fuera. Aquella revelación la había pillado por sorpresa. Era una horrible sorpresa.

—¿Por qué? —logró preguntar. Sin darse cuenta, se había ido acercando cada vez más a él.

—Porque yo era un demonio y ellos me buscaron para matarme. Se presentaron una tarde en mi casa. Yo no estaba y asumo que ella opuso resistencia o trató de detenerlos para que no dieran

conmigo. En cualquier caso, la asesinaron. Fin de la historia.

Riona tembló. Por un momento, Ian creyó que se había desmayado cuando se derrumbó sobre el suelo. Pero entonces lo miró con los ojos húmedos y una expresión aterrorizada.

—Pe... Pero tiene que haber una razón. Los ángeles no pueden ser malvados, los ángeles... Los demonios... —dijo perdiendo la coherencia. No podía ser que aquellos a los que había estado esperando desde que descubrió la existencia de los demonios, aquellos a los que esperaba para que la salvaran, fueran otro tipo de monstruos.

Ian se acuclilló frente a ella:

—Los ángeles aman el orden —susurró con voz suave y amable. No pretendía asustarla con lo que iba a decirle, tampoco coaccionarla, pero tenía que decírselo—. Harán todo lo que sea necesario por mantenerlo. Incluso permitir injusticias. Es posible que la ayuda que esperas no sea la que obtengas.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó con las lágrimas rodando por sus mejillas.

Ian se apiadó de ella.

—No quiero matarte, Rio —confesó sorprendiéndola—. No eres un ángel, tampoco un demonio y eso está bien. Hay belleza en tu forma de existir, pero tarde o temprano, deberás escoger un bando y ten algo por seguro: mataré a cuanto ángel deba matar y acabaré con tantos pilares como me ordenen. Todo ello con tal de impedir que se cometan más injusticias. Si eso me convierte en un monstruo a tus ojos, bien, adelante, ódiame. No va a ser lo que me mantiene despierto por las noches.

Posó suavemente una mano sobre su hombro tembloroso, solo unos instantes. Entonces, se puso en pie y sin nada más que decir, desapareció en la oscuridad.

Lo último que escuchó, fueron los sollozos ahogados de la muchacha.

Cuando Ian salió de la ducha, se sintió vacío. No había sido su intención contarle todo eso a Riona, simplemente, no había podido contenerse. Por alguna razón que no llegaba a entender, había explotado. Había necesitado contárselo todo porque no quería que siguiera mirándolo como si fuera un monstruo.

Cuando tomó asiento con una copa entre sus dedos, se sentía débil pero también aliviado, tal vez hasta feliz de haber podido quitarse aquel peso de encima, de compartir con alguien aunque fuera solo un reflejo de lo que le atormentaba.

Rio, seguramente, no se sentía de la misma forma. Había roto sus expectativas, su fe en los ángeles, en aquellos que esperaba que la salvaran. Aquellos a los que había creído buenos y justos. Ahora la imagen que tenía de ellos no era más que la de un espejo hecho añicos, deforme y grotesco.

Ian lo lamentaba. Lo lamentaba de veras porque no agradaba verla sufrir. Pero, tal y como le sucedió a él, en algún momento había que despertar.

—Has hecho un buen número con ella. La has dejado llorando como una niña.

Estaba tan ensimismado en sus pensamientos, que no se había percatado de la llegada de Laura. Reprimió una expresión de desagrado.

—¿Has estado espiando? —preguntó. Algunos ángeles y demonios poderosos eran capaces de ocultarse de otros. No era fácil, pero sí posible. Ian había estado demasiado distraído con Riona como para percatarse.

—He llegado al final. No sé qué le habrás dicho, pero buen trabajo. —soltó una carcajada—. ¿Has visto su cara? Era tan patética...

—Yo no lo encuentro divertido —siseó Ian furioso—. Ha sido un despertar demasiado brusco para ella.

—Agh. Ha despertado, no me importa el cómo —resolvió Laura apoyándose en el reposabrazos del sofá—. Me hubiera dado igual que la despertaras suavemente o que la tiraras de la cama. Aunque debo admitir que ha sido divertido —dijo pasándole las uñas por el pecho descubierto.

Ian agarró su mano y la apartó bruscamente.

—Déjame en paz —le espetó enfadado.

—Oh, vamos Ian... —sonrió Laura sentándose sobre él a horcajadas.

—¡Que te largues! —gritó. Y esta vez acompañó sus palabras proyectando su indium y lanzando a Laura al otro lado de la suite.

Su compañera, mucho más poderosa que él, cayó de pie. Su sonrisa había desaparecido de sus labios.

—Ten cuidado, mocoso —siseó antes de marcharse como una fiera enfurecida.

Ian lanzó la copa contra ella un instante después de que desapareciera.

—Menuda mierda —siseó.

Y el domingo pasó sin que apenas se diera cuenta. Permaneció en casa, la mayor parte del tiempo encerrada en su habitación. Diane la dejó tranquila, pensando que estaría estudiando. Y lo había intentado, pero apenas podía mantener la concentración, su mente volaba de inmediato a todo lo que Ian le había revelado. Repasando una y otra vez su conversación, intentando descubrir si había mentido.

Después de todo lo que le había contado, sentía que había puesto todas sus esperanzas en los ángeles para nada. En que algún día ellos la encontrarían y la protegerían, no solo por ser una de ellos, sino porque eran los héroes de la historia, sus salvadores. Gael era de ayuda, sí, pero él mismo había afirmado que no era ni un ángel ni un demonio, por ello estaba solo y no podía enfrentarse a Abyssus. Además, si tomaba las palabras del venator como ciertas, Gael ocultaba más de lo que dejaba ver.

Harta de dar vueltas en la cama sin poder dormir, se levantó, se puso el uniforme y, en el último momento, decidió ponerse el collar. Ese que tantos recuerdos amargos le traía, pero que, al mismo tiempo, lograba tranquilizarla como nada podría. Antes de esconder el colgante bajo el uniforme, acarició sus hilos de plata y los cantos del cristal azul. El efecto fue inmediato, la calma se apoderó de ella y, si bien no acabó con sus miedos, sí pudo desterrarlos.

Salió silenciosa de casa. Esa mañana Diane entraba más tarde por lo que habría coincidido con ella a la hora del desayuno. Le mandaría un mensaje para decirle que había tenido que salir antes y ya está.

Se abrigó bien y se llevó una manzana para ir mordisqueando de camino al metro. Aún no era hora punta por lo que llegó antes de lo esperado al ático de Gael. Cuando se detuvo frente a su puerta, la encontró abierta. No le pareció raro que su extraño maestro se hubiera dado cuenta de su llegada. Probablemente, a esas alturas, ya supiera a qué venía.

Colgó su abrigo en la percha y se dirigió impaciente hacia el salón. Allí encontró a Gael contemplando el amanecer mientras bebía una taza de humeante café.

—Esa es para ti —le dijo sin siquiera volverse.

Rio desvió la mirada hacia la mesita donde descansaba otra taza. Tomó asiento frente a él y le dio un sorbo al café mientras jugueteaba con su collar. Al fin, suspiró tranquila.

—Has tenido mala noche, ¿eh? —comentó señalando sus ojeras.

Después de darle otro trago a la bebida, Rio se aclaró la garganta:

—Supongo que sabes a qué he venido.

—El venator te llenó al cabeza de preguntas y quieres respuestas —dijo encogiéndose de

hombros.

Bien, así no tendría que andarse con preámbulos. Además, que estuviera al corriente era otra prueba más de que realmente estaba pendiente de ella y no la había abandonado a su suerte.

—Era todo mentira, ¿verdad? —preguntó animándose a esbozar una sonrisa—. Lo de los ángeles —aclaró al ver que permanecía en silencio.

Cuanto más tardaba Gael en contestar, mayor era el miedo que la había mantenido en vela. Había logrado echarlo a un lado cuando atravesó el umbral del ático, al verlo tan calmado como siempre.

—No era todo mentira —dijo volviéndose hacia ella. Hizo ademán de consolarla al ver que comenzaba a temblar, pero, finalmente, no lo hizo: no se le daba bien consolar a la gente. Oír las mentiras piadosas que Rio deseaba, no le haría bien a la larga—. Tengo razones para mantenerme oculto tanto de demonios como de ángeles. Sobre los demonios, no tengo que decirte el porqué, lo sabes de sobra; pero los ángeles...

—¿Qué? —preguntó al ver que se detenía.

—No comparto sus creencias ni su forma de proceder. Mi opinión es que la humanidad estaría mejor sin nadie que tratara de influenciarlos. Los demonios pueden resultarte terribles, pero no creas ni por un segundo que los ángeles son menos manipuladores. Ellos ven en los humanos un proyecto divino, y no se detendrán ante nada con tal de llevarlo a cabo.

—Pero...

—Pero —la interrumpió antes de que dijera nada—, si algún día has de elegir entre unos u otros, elige a los ángeles sin dudarlos un instante —dijo fijando sus ojos grises en ella. Por un segundo relucieron como la plata cuando es golpeada por un rayo de luna—. Solo... No creas todo lo que te digan, Riona. Tampoco debes esperar a que acudan a tu rescate.

—Entonces, ¿qué debo esperar?

—Nada —dijo tajante—. Los ángeles llevan siglos en decadencia. Son pocos en comparación con los demonios de Abyssus. Lo mejor es que no esperes a que lleguen porque los demonios ya están aquí, ya te han encontrado. —La miró de reojo y suspiró. Rio lo miraba con los ojos abiertos de par en par, podía ver el miedo en ellos. No, definitivamente consolar no era lo suyo—. Acompáñame —le dijo señalando la terraza.

Como un autómatas, Rio se puso en pie y lo siguió fuera. Aún hacía frío, pero al menos los rayos de sol irradiaban cierta calidez sobre Madrid.

Gael extendió una mano y sobre ella creó la misma esfera que le había mostrado con anterioridad. La que Rio llevaba días perfeccionando.

—Hazlo tú —le ordenó con suavidad.

A Riona le llevó más tiempo materializar la esfera de su induam. No solo por ser una novata, sino porque antes necesitó tranquilizarse. Si estaba asustada, su induam era mucho más difícil de doblegar ya que percibía peligro y se negaba a dejar desprotegido el cuerpo.

Gael no la apremió en ningún momento, esperó paciente a que cumpliera su orden.

—Bien —dijo cuando al fin estuvieron las dos esferas—, ahora concentra su masa. Así.

Riona observó cómo la esfera de su maestro reducía su volumen a la mitad. En consecuencia, su alma se concentró hasta adquirir una tonalidad grisácea, similar a las nubes que anuncian tormenta.

—Recuerda que todo depende de tu mente. Tú tienes el control sobre tu induam, debes convencerlo de obedecerte y tomar la forma que imagines.

Aquella simple desviación de los ejercicios que había realizado hasta entonces, supuso un esfuerzo casi titánico para Rio. La esfera se contrajo y aumentó su tamaño como si se tratara de

una pelota de goma: elástica y reacia a mantener el volumen que ella deseaba.

Cuando terminó, su frente estaba perlada de sudor y sentía un ligero dolor de cabeza. Había aprendido que su alma era de lo más tozuda.

—Bien —aprobó Gael tras asegurarse de que el induam era estable—. Si ahora lanzases esta esfera, provocaría mayor daño que la otra. Esta sería como un proyectil cuya masa está mucho más concentrada y opone menos resistencia al aire. Sería similar a una bala. De hecho, puedes modificar su forma para que resulte más aerodinámica dependiendo de lo lejos que quieras lanzarla. Solo debes recordar una cosa y es muy importante —le advirtió y Rio le prestó toda su atención—: nunca separes de tu cuerpo más induam del que permanece contigo.

—¿Por qué?

—Porque el alma tiende a estar completa, desea estar íntegra. Si ahora mismo lanzases esta esfera contra un objetivo, una vez impactara y realizara su función, su forma se perdería y por sí sola regresaría contigo para reunirse con el resto de su alma. Todo bien por este lado, ¿verdad? —Rio asintió—. Pero si lanzas un volumen muy grande de induam, todo, por poner un caso extremo, lo que ocurrirá es que el resto de tu alma, incluido el cor, abandonará tu cuerpo para reunirse con el resto. En resumidas cuentas: morirías.

—¿Qué? —exclamó asustada.

—Te dije que el alma no es un juguete, Riona. Quiere estar completa y siempre es más fácil reunirse allí donde está la mayoría.

Fue visto y no visto, la esfera de la chica parpadeó y se deshizo generando una bruma perlada que terminó por desaparecer cuando se reunió con el resto. Gael chistó.

—Creo que prefiero que se quede como está... —murmuró ella al ver que no decía nada.

—Cómo quieras —dijo encogiéndose de hombros—. Pero si no utilizas tu alma para luchar, te matarán.

De nuevo, no suavizó sus palabras. Pudo verla asustada, pero era mejor que supiera en qué estaba metida a morir debido a su ignorancia. Gael tenía demasiados siglos a sus espaldas como para andarse con chiquitas.

—No es tan terrible como piensas —continuó—. Yo te enseñaré a medir tu alma, a saber la cantidad que puedes utilizar y nunca te propondré un ejercicio que te ponga en peligro. Puede que no seas capaz de ver tu alma como yo la veo, pero sé exactamente el tamaño que tiene y, lo que es mejor, está creciendo.

—¿De verdad? —preguntó esperanzada. Cuanto mayor era el alma, más poderoso era el ángel, eso lo entendía.

—De verdad. Lo que estuviera reprimiendo su crecimiento, ha desaparecido y ahora crece día a día. A un ritmo rápido, debo añadir —dijo sin poder ocultar su asombro.

—¿Eso es raro?

—Es poco habitual, pero cada ángel es diferente —contestó con vaguedad—. Volviendo al asunto que importa, no todo lo que puedes hacer con tu alma implica separarla de tu cuerpo, con el riesgo que ello supone.

—¿Hay más? —preguntó asombrada.

Gael soltó una risa seca.

—El límite del poder de un ángel viene por dos vías —dijo levantando los dedos—: el tamaño del induam y la imaginación. Cuantos menos límites le pongas a tu mente, mayor provecho podrás sacarle a tu alma.

Mientras hablaba, una niebla grisácea iba concentrándose tras él. Su tamaño aumentó hasta que pareció que Gael tenía una tormenta en su espalda. Entonces fue tomando forma hasta

definirse por completo.

Rio lo miró con la boca abierta y alzó los dedos sin poder evitarlo para tocar las plumas grises, pero Gael movió el ala y la apartó generando una ligera brisa.

—Perdón —se disculpó la chica sin poder apartar la vista de las majestuosas alas.

—No te preocupes. Solo ten presente que es de mala educación tocar el alma de otro ángel. Es más íntimo que el contacto físico —añadió alzando un dedo como advertencia.

Riona enrojeció hasta la punta de las orejas.

—Perdón.

—Te he dicho que no te disculpes —dijo poniendo los ojos en blanco.

La joven asintió.

—¿Y yo podré hacer eso? —preguntó señalando las alas aún fascinada.

—Si sigues mis instrucciones, sí.

—¿Y podré volar?

Gael se esforzó por no volver a poner los ojos en blanco.

—¿Para qué ibas a querer unas alas que no te permitieran volar?

Antes de que pudiera encontrar una respuesta medianamente inteligente, Momo salió a la terraza:

—¡Hola, Rio! —exclamó mientras iba directa a abrazar a Gael.

Este recibió su abrazo y le acarició ligeramente la cabeza, un poco sorprendido ante su efusividad.

—¿Vas a llevarme a dar una vuelta? —preguntó señalando el cielo.

—Sabía que querías algo... —susurró sonriendo—. Hoy no, Momo, tengo que enseñar a Riona.

Ella hizo un mohín y se volvió hacia la aludida:

—¡Rio! Asegúrate de aprender a hacer unas de estas —dijo mientras tiraba de una de las alas de Gael—. Me gusta volar y él casi no me lleva —se quejó frunciendo el ceño.

El ángel volvió a reír y la despeinó pasando el ala sobre ella de camino adentro.

—¡No me ignores! —dijo siguiéndolo.

Riona tardó un poco en ir tras ellos aún sorprendida por la naturalidad con la que Momo había tocado el alma de Gael. Después de lo que le había dicho, saltaba a la vista que compartían un lazo muy fuerte. Gael debía de profesarle un gran cariño si permitía que la tocara.

Bueno, pues ya conocemos la motivación principal que llevó a Ian a unirse a Abyssus siendo tan solo un niño. No es que justifique lo que ha hecho, pero Ian odia el mundo tal y como está construido. Es un mundo que le falló en todas las ocasiones en que podía fallarle y lo detesta. Es también ese odio y esa rabia lo que lo convierten en un demonio de la ira. Poco a poco conoceremos mejor la estructura de Abyssus y cómo se dividen los demonios.

Por otro lado, esta *vendetta* contra los ángeles fue lo que lo llevó a convertirse en venator, que es un demonio cazador. Su trabajo consiste en vagar por la Tierra acabando con todo ángel que se encuentren y corrompiendo las ciudades para sembrar el caos. Ian cree que exponiendo los problemas de la sociedad y lo podrida que está, todo se reconstruirá desde sus cimientos y la gente querrá cambiar. Tiene la esperanza de que surja un mundo mejor que el que hay ahora.

Es por su trabajo como demonio venator, que apenas pasa tiempo en Abyssus y es también la razón por la que ha envejecido a un ritmo normal (para tratarse de un demonio) es decir, Ian tiene y aparenta 19 años terráqueos.

Curiosidad: lo que le explica Gael a Rio sobre el alma no es ninguna broma. Hay casos

en los que un ángel/demonio ha utilizado tanto induam (por ejemplo, lanzándolo en un ataque) que su cor ha escapado del cuerpo y se ha reunido con el resto... dejando atrás un cadáver. Jugar con el alma no es ninguna broma >:(

Sin más, ¡espero que os haya gustado! ¡Nos vemos en el próximo capítulo!

Capítulo 8: zafiro roto (parte 1)

Rio permaneció en el ático una hora más en la que trató de hacer todo lo que Gael le indicaba y le decía qué ejercicios podía practicar en casa sin peligro. La sesión llegó a su fin cuando llegó el tutor de Momo.

—¿Cuántas clases te has saltado, Riona? —preguntó Gael que parecía haberse percatado en ese momento.

—Una o dos... —contestó vagamente.

Gael frunció el ceño de inmediato y la miró con reproche.

—Te dije que no puedes descuidar tu vida diaria.

—Entenderás que no estaba como para concentrarme después de lo que pasó anoche —replicó ofendida. No era su padre, no tenía derecho a darle una regañina.

—Me trae sin cuidado si puedes o no concentrarte —replicó—. El punto es que ni tu madre ni nadie de tu entorno sospechen que algo no va bien. Lo último que quiero es que vengan a mi puerta a hacer preguntas. Como comprenderás, no soy un ciudadano estándar y necesito mantener la atención lejos de mí. No solo me perjudicas, sino que pones en peligro a Momo —la señaló.

—Gael... —intervino la adolescente. Su tutor se había retirado discretamente al estudio donde le daba clase.

Pero Rio se puso en pie y tras murmurar una disculpa entre dientes, salió del ático corriendo. No sabía si huía por la acusación de Gael, debido al enfado que sentía hacia él o por el hecho de que al ver la dureza con la que la había mirado le hizo darse cuenta de que no la estaba ayudando por la bondad de su corazón.

Gael quería algo de ella y por ello estaba dispuesto a ayudarla a sobrevivir. Pero si interfería en su vida o ponía en peligro a Momo, no dudaría en abandonarla su suerte.

En el fondo, estaba sola.

Asistió a lo que restaba de jornada en el instituto, pero estuvo distraída. Ni siquiera se molestó en entablar conversación con sus amigas ni en acompañarlas al recreo. Prefirió quedarse en la biblioteca escuchando música mientras fingía leer. En realidad deseaba dormir, pero la bibliotecaria se enfadaría si en una de sus rondas la encontraba babeando sobre los libros. Y Rio no podía permitirse más faltas, no cuando pronto le dirían a su madre que se había saltado varias clases.

Se sobresaltó cuando alguien se sentó a su lado y ya esperaba encontrarse con Ian cuando Lucas la sorprendió.

—Hola —la saludó—. ¿Te he asustado?

—No —mintió.

—Es una suerte que te haya encontrado. Estaba haciendo el trabajo de historia.

Riona se llevó una mano a la cabeza.

—Lo siento. Se me olvidó por completo, no he hecho nada...

—No, tranquila. Aún tenemos tiempo. Es solo que prefiero quitarme mi parte cuanto antes. Además, te dije que me aseguraría de hacerlo bien. A fin de cuentas, Velasco no te habría castigado si no hubiera estado cabreado conmigo —añadió encogiéndose de hombros.

—Gracias —dijo mientras le echaba un vistazo al portátil que Lucas había dejado sobre la mesa.

—Pareces cansada —comentó al cabo de unos minutos.

—¿Lo dices por mis ojeras o porque estaba cabeceando cuando llegaste? —preguntó con sarcasmo, pero esbozó una pequeña sonrisa.

Lucas rio:

—Supongo que acabo de resaltar lo obvio.

—No duermo bien últimamente. Anoche ni siquiera logré pegar ojo.

—¿Problemas con tu novio?

Rio frunció el ceño. ¿Otra vez lo mismo?

—No es mi novio —contestó tajante—. Y, lo creas o no, las chicas podemos tener problemas que no tienen que ver con vosotros.

Lucas alzó las manos en gesto de rendición:

—Perdona. No quería molestarte.

—Pues deja a Ian de lado, ¿vale?

Lucas tardó más de lo normal en contestar pero, finalmente, asintió.

—Me gusta lo que llevas del trabajo —comentó Rio cambiando de tema—. Intentaré tener lo mío cuanto antes.

—Vale, pero no te preocupes. Mientras lo tengas, no me importa si te lleva algo de tiempo.

Riona asintió y se levantó. Quería ir al baño antes de volver a clase.

—Rio —la llamó y ella se volvió intentando que no se le notara la exasperación en el rostro—, la semana que viene, llega una amiga de Londres. No conoce nada y tampoco habla español. Me preguntaba si no te importaría acompañarnos a enseñarle Madrid. Ya que yo tampoco llevo mucho aquí...

—Claro. Pero avísame antes porque se me olvidará. Te veo en clase —se despidió.

En el baño se echó agua fresca en la nuca y se repasó el maquillaje para disimular las ojeras. No solía maquillarse ya que siempre iba con la hora pegada además de que, en teoría, no estaba permitido en el instituto, aunque las alumnas hacían lo que querían. Pero esa mañana había decidido echarse aunque fuera un poco de base para evitar preguntas.

El resto de la jornada fue una repetición de las primeras clases. Ni siquiera sería capaz de recordar las asignaturas que había tenido. Afortunadamente, los profesores no repararon en ella y nadie le llamó la atención. Tampoco sintió a Ian cerca, lo que la tranquilizaba pero al mismo tiempo la irritaba porque, aunque no quisiera admitirlo, quería hacerle un par de preguntas al demonio.

Taciturna, acompañó a sus amigas que parloteaban animadamente. Mientras caminaban, ella las escuchaba a medias. Iban a cruzar la calle cuando vio a Gael alzando una mano en su dirección.

—Perdonad, tengo que irme —murmuró. Se despidió de ellas rápidamente y corrió a su encuentro.

—Te debo una disculpa —dijo Gael nada más detenerse frente a él.

Riona lo miró sorprendida. No se esperaba que fuera a disculparse. De hecho creía que él esperaba una disculpa de ella.

—No me debes nada —replicó.

Gael sonrió.

—Eso no es cierto. Además, Momo me pateará el culo si no vuelvo con tu perdón.

—No me debes nada porque... Porque cualesquiera que sean tus intenciones conmigo, lo

cierto es que me has salvado la vida, me has dado refugio y me estás enseñando. Lo mínimo que debo hacer es no poner en peligro tu identidad ni a Momo. Lo creas o no, ella me importa.

Él esbozó una sonrisa.

—Lo sé. Momo puede ganarse el corazón de cualquiera. Se ganó el mío —añadió en voz más baja—. Pero esa no es razón para decirte lo que te dije. Lo estás pasando mal, tu mundo se está derrumbando. Debí tener más tacto —suspiró—. No sé si te has percatado, pero no se me da bien ser amable.

Riona sonrió.

—Me he dado cuenta. Pero tampoco eres tan terrible.

Gael enarcó una ceja divertido.

—Gracias, supongo.

—Entonces.... ¿Puedo ir mañana al ático? —preguntó vacilante.

—Riona, nunca te prohibí la entrada a mi casa. Tampoco pretendía que te marcharas esta mañana. Pase lo que pase, siempre encontrarás refugio allí. No es demasiado, pero es algo que puedo ofrecerte.

—Significa mucho, mucho para mí —dijo sintiendo un enorme alivio.

—Bien —aceptó dando el tema por zanjado—. Te espero mañana, pero fuera del horario escolar —le advirtió alzando un dedo.

Ella rio.

—De acuerdo.

Si nada más que decir, Gael alzó la mano y una niebla gris se concentró frente a él. Entonces se sumergió en ella. Cuando la niebla desapareció, ya no estaba.

Riona miró a su alrededor temerosa de que algún transeúnte lo hubiera visto esfumarse. Pero nadie parecía haberlo notado.

Llena de una extraña confianza que no había sentido desde antes de que todo eso empezara, tomó una decisión que esperaba fuera acertada.

Con paso firme, se compró un café bien caliente y se dirigió al Retiro. Pasó delante de la estatua del Ángel Caído y sonrió con ironía: sí, ese era un buen sitio.

Tomó asiento en uno de los bancos y esperó dando pequeños sorbos al café.

Esa noche necesitaba dormir, pero no podría hacerlo hasta dejar un par de asuntos zanjados. Uno de ellos era Ian: no tenía ganas de que el demonio se apareciera en su terraza de madrugada.

Pero el demonio no apareció. Se compró un perrito caliente e hizo tiempo dando una vuelta antes de sentarse de nuevo en el banco.

Fue entonces cuando pudo sentir su presencia, pero sin poder determinar dónde se encontraba.

Se estaba quedando helada y sin paciencia.

Suspiro y dijo con voz firme:

—¿Quieres mostrarte de una vez? —Su aliento se condensó frente a ella. El sol estaba terminando de ocultarse y Diane pronto la llamaría para saber por qué no había llegado.

—No estaba seguro de que quisieras hablar.

Ian surgió junto a ella de la nada. Cuando tuviera oportunidad, debía preguntarle a Gael cómo lo hacían y si ella podía aprenderlo. Le ahorraría tener que ir en transporte público a clase.

—¿Para qué iba a estar aquí congelándome el culo? —le espetó volviéndose hacia él. Le incomodó que se sentara junto a ella, pero no se apartó: era mejor que no mostrara miedo—. Además, ¿desde cuándo te importa lo que yo quiera?

Ian se encogió de hombros:

—Tuviste un día duro, no vi la necesidad de presionarte más.

Rio soltó una carcajada.

—¿Qué considerado!

—Mira, lo creas o no, mi intención no es destruir tu mundo, ¿sabes? Estoy aquí porque alguien quiere que te unas a nosotros. Probablemente han visto algo en ti que consideran de interés.

—¿Intentar matarme es tu forma de convencerme? —Ya no tenía tanto frío, el enfado que empezaba a emerger parecía estar calentándola.

—Al principio sí querían matarte. Ya te lo he dicho: vas de camino a convertirte en un ángel. Serías nuestro enemigo, una amenaza, por eso ordenaron tu muerte. Estamos en guerra, así funcionan las cosas. —A su pesar, lo que decía era lógico, y eso la llenaba de ira—. Pero ten en cuenta algo —dijo clavando sus ojos azules en los de ella—, nadie ha ido a por tus seres queridos, a diferencia de lo que los ángeles hicieron conmigo.

—Tú fuiste a por mi madre —lo acusó.

Ian puso los ojos en blanco:

—No fui a por ella. Me acerqué a ella porque era la forma de acercarme a ti, pero nunca tuve intención de hacerle daño. No soy tan hipócrita, ¿sabes? Es solo una humana que no tiene nada que ver en esto, jamás le haría lo que le hicieron a la mía. A diferencia de los ángeles —agregó lleno de ira burbujeante.

—¿Y qué hay de los humanos que habéis matado desde que llegasteis a Madrid?

—Eso es más complejo. Madrid debe despertar y para eso hay que mostrar cómo es realmente la sociedad. Pero no son víctimas elegidas al azar.

—Mejor déjalo —dijo poniéndose en pie.

—¿Qué? —preguntó sorprendido.

—Que lo dejes. La forma en que intentas justificar los asesinatos que llevas a cabo me repugna. Me dan ganas de vomitar. —Lo que dijo le ganó una mirada de rabia por parte del demonio, pero se mantuvo firme. Estaba tan harta de sentir miedo...

Ian también se puso en pie y tuvo que esforzarse por no retroceder.

—¿Te recuerdo que los ángeles usan métodos mucho más sucios! ¿A ellos no les importa sacrificar inocentes por lo que llaman el "bien mayor"! ¿Y cuál es ese bien mayor? ¿Mantener un orden injusto que asfixia a los más desfavorecidos? —gritó.

—¿Me da igual lo que ellos hagan! —replicó alzando la voz y gesticulando con brusquedad. Tan fuertes fueron sus aspavientos que la bufanda resbaló de su cuello, pero no se molestó en recogerla—. Te estoy hablando a ti —dijo clavándole el dedo índice en el pecho—. ¡Pareces un niño echándole la culpa a otros!

Pero Ian no la escuchaba, ni siquiera la miraba. Tenía la vista fija en el pecho de Riona. Antes de que pudiera decir nada o apartarse, el demonio se acercó tanto que, ahora sí, retrocedió asustada.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—¿El qué? —murmuró con la respiración agitada.

—Eso. —Y esta vez rozó su cuello hasta tocar el collar que llevaba.

—Un collar —respondió con obviedad—. Es mío y no estamos hablando de eso.

Ian la ignoró. De un rápido movimiento le arrancó el colgante del cuello sin que pudiera reaccionar.

—¿Qué haces? —gritó—. ¡Devuélvemelo!

Pero tuvo que apartarse cuando la oscuridad comenzó a concentrarse a su alrededor. De su

espalda nacieron dos enormes alas negras que lo alzaron en el cielo. Rio lo siguió con la mirada hasta que desapareció. Minutos después, su corazón aún palpitaba fuertemente.

No podía ser. No podía ser el mismo.

Ian no había volado muy lejos. Se había limitado a apartarse lo suficiente de ella y detenerse en la azotea de un edificio próximo.

El sol ya se había ocultado, pero sus ojos podían ver mucho mejor que los de un humano y para Ian el colgante resplandecía como si sobre él incidiera una potente luz.

Trazó el diseño de hilos de plata que sujetaban el pequeño zafiro. Lo había visto cientos de veces y aun cuando llevaba años sin verlo, lo reconoció de inmediato. A fin de cuentas, lo había visto colgado de su cuello toda su infancia.

—No puede ser... —murmuró.

Lo giró entre sus dedos buscando la prueba definitiva. Su corazón bombeaba con fuerza y podía escuchar los latidos contra su pecho. Y entonces lo encontró: una pequeña muesca que había arrancado un fragmento al zafiro. Estaba en el mismo sitio, Ian había visto cómo se había roto. Lo vio todo el día en que mató a su padrastro. Cuando él había golpeado a su madre tan fuerte que había caído al suelo y el collar con ella.

Su madre se había lamentado tiempo después. Cada vez que miraba el colgante, pasaba los dedos por la muesca y su rostro se oscurecía al recordarlo.

¿Cómo podía tenerlo Riona?

—¿Por qué lo tienes tú? —murmuró dándole voz a sus pensamientos.

Miró hacia abajo, hacia el Retiro, hacia donde había estado Rio. Seguramente ya no estuviera allí, hacía demasiado frío y habría regresado a casa.

Ian se puso en pie y sus músculos ateridos se quejaron. Incluso se tambaleó al borde del edificio, pero no tenía miedo a caerse, ningún ángel o demonio lo tendría. Además, su mente estaba demasiado ocupada.

¿Qué estaba pasando ahí? ¿Por qué Riona tenía el collar de su madre? Era el mismo, no tenía duda.

Ian era un soldado diligente y obediente. No preguntaba los motivos que tenían sus superiores para escoger un blanco. No dudaba, actuaba. Pero desde que había llegado a Madrid, algo no encajaba. Primero el Tribunal ordenaba la muerte de Riona Dávila, luego lord Esriel intervenía a su favor y le encargaban vigilarla, asustarla y llevarla a su bando. Y ahora esto.

¿Quién era Riona Dávila y qué tenía que ver con él?

Guardó el collar con sumo cuidado, asegurándose de que no pudiera perderlo y volvió a alzar el vuelo.

El trayecto al hotel lo distrajo y el frío aire de noviembre lo ayudó a despejar la mente. Para cuando llegó a su suite, tenía una mejor idea de lo que debía hacer.

Tras darse una ducha y ponerse cómodo, se sentó en uno de los sofás y examinó el collar de su madre. Había una forma relativamente sencilla de confirmar a quién había pertenecido gracias a que los objetos personales tenían alma. Por supuesto, no en sentido literal. No estaban vivos, pero al haber sido importantes para alguien, especialmente si habían permanecido con la misma persona durante mucho tiempo, tenían grabada una impronta del alma de su poseedor.

Era un rastro sutil y el joven nunca había intentado percibirlo antes, pero conocía la teoría. El procedimiento sería similar a ver el alma de una persona, con la diferencia de que tendría que concentrarse muchísimo más.

Colocó el colgante sobre la mesita frente a él y rodeó su mano izquierda con su indumentaria para concentrar mayor sensibilidad en sus dedos. Entonces inspiró hondo y cerró los ojos.

Despacio, tan despacio que parecía no avanzar, fue acercando la mano hacia el colgante. Su objetivo era hacer que su induam interaccionara con el rastro que pudiera haber quedado grabado en la joya.

Se sentía como un principiante aprendiendo a percibir su propia alma, como si hubiera retrocedido años en su adiestramiento.

Tuvo que concentrarse solo en el colgante y aislarse de los ruidos y de las sensaciones que percibía en el resto de la habitación. Cuando ya el sudor se acumulaba en su frente y sus músculos estaban agarrotados de permanecer en la misma posición, pudo sentir la impronta que buscaba.

A su mente acudieron imágenes confusas y tuvo que ejercer presión con su induam para que el rastro se calmara ante su intrusión. Entonces, tal y como esperaba, vio a su madre. Seguramente se debía que fue su dueña durante más tiempo que Riona. A decir verdad, Ian no sabía cuándo había obtenido el collar ni si había sido un regalo. Lo único que sabía era que siempre lo había llevado.

Movió los dedos despacio, como si acariciara a la impronta, convenciénola de que se abriera a él. Y, tras unos segundos, funcionó. El rostro de su madre pasó a un segundo plano y fue sustituido por el de una niña de ojos grandes y verdes que rápidamente relacionó con Riona Dávila.

Intentó indagar más, pero la impronta no tenía la misma unidad que el alma de un ser vivo y se fraccionó en miles de fragmentos. Ian abrió los ojos sobresaltado y contempló las diminutas partículas esparcirse. Algunas se perderían, pero esperaba que la mayoría quedaran aún ligadas al colgante.

Aturdido, miró la hora en su móvil y se dio cuenta de que eran más de las nueve y había estado ahí sentado durante dos horas.

Recuperó el colgante de la mesa y se levantó a llamar al servicio de habitaciones para que le llevaran algo de cenar. Mientras esperaba, lo examinó como si no hubiera memorizado su intrincado diseño hacía años.

Era una suerte que Laura no lo hubiera llamado para nada, no creía poder cumplir sus órdenes ni aunque fueran tan simples como vigilar a una adolescente.

Riona estuvo de mal humor durante todas las clases. Sus amigas le preguntaron qué le ocurría, pero ella respondía con evasivas. Sabía que su actitud había pasado de molestarlas a empezar a enfadarlas, pero realmente no sabía qué decir. No sabía qué excusa poner cuando le proponían planes que debía rechazar para irse a casa de Gael.

Esa misma situación se estaba repitiendo en ese momento, a la salida del instituto.

—¿Estás castigada por haber cateado matemáticas? —preguntó Silvia cuando les dijo que no podía acompañarlas al cine.

—No... —suspiró.

—¿Entonces? —insistió Lucía.

Rio iba a contestar cuando divisó a Ian algo apartado, apoyado contra el tronco de un árbol y con la mirada fija en ella. Sintió que hervía de ira y cuando se volvió hacia sus amigas no estuvo segura de haber logrado disimular su enfado.

—Perdonad, tengo que irme —dijo señalando vagamente hacia el demonio.

—¿Es tu novio? —preguntó Lucía.

Rio se volvió de nuevo hacia ellas más que dispuesta a darles un no rotundo, pero se detuvo a tiempo. Bien pensado, sería una forma sencilla para que dejaran de hacerle preguntas.

—Sí, es por eso que no tengo tiempo para salir últimamente.

—¿Por qué no nos lo dijiste? —preguntó Lucía de forma melodramática. A su lado, Silvia enarcó una ceja.

—Porque estamos empezando y la semana pasada discutimos.

—¿Acabáis de empezar y ya estáis discutiendo? —inquirió Silvia.

—Fue una tontería —dijo restándole importancia con un ademán—. ¿Me perdonáis?

—Solo si nos cuentas cómo os conocisteis en detalle —dijo Lucía apuntándola con un dedo amenazador.

Rio puso los ojos en blanco pero asintió. Ya se inventaría algo, pensó mientras corría hacia el demonio.

—Vámonos —le espetó y comenzó a caminar con Ian siguiéndola.

En cuanto perdieron de vista el instituto y a las amigas de Rio, la joven se volvió hacia él furiosa.

—Devuélvemelo —le ordenó.

Ian la miró sin la diversión que solía ver en sus ojos. Estaba extraordinariamente serio y la observaba con una intensidad que la incomodaba.

—Lo haré, pero necesito que me escuches.

—No tengo por qué hacerlo —siseó con la mano extendida—. Devuélvemelo.

El joven se acercó a ella despacio y depositó el colgante sobre su palma, pero agarró su muñeca impidiéndole apartarse.

—Por favor —le dijo con suavidad y firmeza.

—Si lo que pretendes es hacer que me una a los demonios, olvídalo. No lo haré.

El joven negó levemente.

—Lo que quiero decirte no tiene nada que ver con ellos. Pero es importante, mucho —añadió mirándola a los ojos—. Por favor, Riona.

Se miraron unos segundos más hasta que ella apartó la vista.

—De acuerdo, te escucho. Pero suéltame.

Ian la liberó de inmediato y observó con el ceño fruncido cómo colocaba el collar alrededor de su cuello de inmediato.

—¿Qué querías decirme? —le preguntó mirándolo de nuevo.

—¿Qué significa para ti ese collar?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Otra vez? ¿Qué te ha entrado con mi collar?

—Responde, por favor —añadió sin abandonar el tono amable.

—Fue un regalo, ¿contento? —dijo finalmente.

—¿De quién?

—¿Por qué quieres saberlo? —Ian fue a replicar, pero ella lo interrumpió—. No esperarás que conteste a tus preguntas si tú no contestas las mías, ¿verdad?

El demonio resopló, pero terminó asintiendo.

—Supongo que es lo justo —aceptó y señaló su cuello—. Ese collar era de mi madre, y quiero saber por qué lo tienes tú.

Riona lo miró muda de asombro, pero finalmente sonrió:

—Querrás decir que tu madre tenía un collar como este.

—No, quiero decir que ese collar era de mi madre. Ese y no otro —insistió el ver su mirada incrédula.

—¿Eso qué significa? —susurró completamente perdida.

Ian se metió las manos en los bolsillos y se apoyó contra el muro de ladrillo.

—Significa que aquí hay algo que no nos están contando. Ni a ti, ni a mí. Por eso necesito que contestes: ¿quién te lo regaló? —dijo mirándola de nuevo.

Riona abrió la boca y volvió a cerrarla varias veces. Entonces se tambaleó. Ian apareció de la nada para sujetarla y ella dio un brinco sobresaltada.

—Lo siento, no pretendía asustarte —murmuró soltándola de inmediato. Cuando Rio alzó la vista, vio que tenía los ojos anegados en lágrimas—. No llores —dijo molesto—. No voy a hacerte nada. No tienes que llorar.

—Me... me lo regaló un amigo —dijo—. Un niño. Fue cuando vivía en Irlanda...

Ian mantuvo el rostro impertérrito, pero por dentro era un manojo de nervios.

—¿Cómo se llamaba ese niño?

—No... No lo recuerdo —contestó ella finalmente—. Fue hace mucho tiempo y él murió. Murió al mismo tiempo que mi padre... No lo recuerdo —repitió angustiada.

Ian la vio temblar e hizo ademán de sujetarla de nuevo, pero se contuvo.

—Vale, tranquila —le dijo en un susurro intentando calmarla—. No tienes por qué acordarte. No es...

Pero Riona lo agarró de la cazadora con ambas manos y clavó sus ojos en los de él.

—¿Qué estás tratando de decirme? —exclamó—. ¿Eras tú ese niño?!

—No lo sé...

—¿Cómo no vas a saber...? —Se detuvo antes de terminar—. No lo recuerdas —adivinó.

—Suéltame —le espetó Ian.

Pero fue él quien se soltó y se apartó de ella.

—No lo recuerdas, ¿verdad? —insistió yendo tras él.

—Déjame... —siseó.

Riona corrió tras él y lo agarró del brazo para que se detuviera:

—No lo recuerdas —insistió con los ojos muy abiertos.

—¡No! —estalló perdiendo la compostura—. No lo recuerdo, joder. No lo recuerdo. No sé si fui yo o si esto no tiene nada que ver conmigo.

—Pero crees que tiene que ver, ¿verdad?

Por una vez, era el rostro del demonio el que se mostraba angustiado. El silencio se cernió sobre ambos y Rio contuvo la respiración a la espera.

—Sí.

Era extraño que una palabra tan sencilla como esa lo cambiara todo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó ella soltándolo al fin.

—Descubrir la verdad —contestó Ian con determinación. Sus ojos brillaron acerados.

—No me has entendido, ¿qué vas a hacer ahora conmigo?

El caído volvió a mirarla y Riona lo vio dudar unos segundos antes de contestar:

—Cuando averigüe la verdad, te lo contaré. Te contaré todo lo que sepa. Mientras... —La miró vacilante—. Mientras permanece al lado de ese Gael. Él te protegerá.

Ian dio por terminada la conversación y Rio ya comenzaba a ver su alma oscura arremolinarse en su espalda para crear sus alas. Luchaba por contener la pregunta que pugnaba por abrirse paso en su boca, pero al final no pudo evitar darle voz:

—Y si tú y yo no tenemos nada que ver, ¿qué harás conmigo?

Ian no la miró cuando alzó el vuelo, pero sí contestó:

—No lo sé.

Rio lo siguió con la mirada hasta que se perdió entre las nubes.

No lo sabía. Vaya, genial.

:o ¡Vaya! ¿Os dio curiosidad? Este es uno de los primeros giros de la novela así que espero que os haya sorprendido y os haga preguntaros más cosas.

Capítulo 8: zafiro roto (parte 2)

A esas alturas, Rio no estaba segura de nada, pero sí tenía un par de cosas claras y una de ellas era que no podía confiar en Ian. Daba igual que estuviera en lo cierto acerca de su relación, tenía que buscar la verdad por sí misma. Afortunadamente, disponía de los medios para ello.

Después de disculparse con Gael por no poder ir esa tarde a entrenar, volvió a casa a la carrera. Solo Apolo estaba allí para recibirla. Su madre estaba en el trabajo aunque no le quedaría mucho para salir.

Con Apolo correteando a su alrededor, Riona caminó con decisión hasta la sala de estar que hacía las veces de trastero. Al final de la estancia había otra puerta y tras ella un cuarto más pequeño y mal aprovechado. Sabía que muchos vecinos del edificio habían echado abajo la pared que los separaba para hacer una habitación más amplia, pero a las Dávila les había venido perfecto. En ese cuarto habían escondido todo aquello que no querían ver, generalmente todo aquello que les recordara a su vida en Irlanda y lo que habían perdido allí.

El cuarto tenía cajas que habían permanecido cerradas desde que se mudaron, la mayoría llenas de las pertenencias de su padre que ninguna había tenido valor de tirar o donar pero que preferían mantener fuera de la vista y ahorrarse el dolor que traían consigo.

Pero el objetivo de Rio eran los álbumes de fotos, todos anteriores al 2009, anteriores a su llegada a Madrid.

Examinó el lomo donde estaban escritos los años que abarcaban y eligió el de sus últimos dos años en Irlanda. Sabía que contendría fotos de sus cumpleaños y otros eventos, y sabía que en ellos estarían sus amigos de la infancia de los que solo podía recordar a uno, aquel que le había regalado el collar. Había olvidado su nombre, seguramente de forma inconsciente ya que la muerte de su padre, de su amigo y su marcha de Irlanda había sido demasiado para una niña de escasos nueve años. No dudaba que parte lo habría olvidado por ser demasiado pequeña, pero estaba segura de que había recuerdos que su mente había bloqueado para protegerse.

Con el corazón encogido, pasó las páginas plastificadas intentando no mirar las fotografías de Adriano, y buscar a su amigo.

Para haber pasado tanto tiempo, lo reconoció de inmediato. Había una fotografía de ambos en una de las playas irlandesas que nada tenían que ver con las de Levante a las que estaba acostumbrada. La arena era oscura y apelmazada tanto por las olas como por la lluvia que teñía de verde las rocas. El cielo gris que anunciaba tormenta podría haber apagado los colores de la fotografía, sin embargo hacía destacar las mejillas sonrosadas en el rostro de Rio y los ojos azules del niño sonriente a su lado. El mismo niño que le pasaba un brazo por los hombros y posaba ante la cámara.

Contuvo la respiración mientras contemplaba sus rasgos tratando de eliminar la posibilidad de que ese niño fuera Ian. Pero su pelo oscuro y despeinado, sus ojos de un azul intenso y su sonrisa pícaro no ayudaban. Y, para rematarlo todo, el collar parecía brillar en la fotografía, como una diminuta estrella.

Casi por acto reflejo, Riona se llevó la mano al pecho y rozó la joya que ahora pendía de su cuello. Por un momento creyó que estaba vivo, pero solo eran los latidos de su propio corazón, acelerados, desbocados.

¿Estaba siendo poco objetiva? ¿Si Ian no le hubiera dicho nada, estaría viendo su rostro en esa foto?

Con dedos trémulos, sacó la fotografía del álbum y volvió a cerrar la caja. No quería estar más tiempo allí.

Al salir del estudio se topó con su madre y casi se le escapa un grito al tiempo que concentraba su induam en la mano derecha.

—¡Rio! —exclamó Diane—. He visto tus cosas en la entrada, pero no contestabas. ¿Dónde estabas?

—Eh, pues... Estaba...

—Tienes polvo en el jersey —interrumpió sus balbuceos y sacudió su manga—. No sé dónde te habrás metido, pero échalo a la cesta, voy a poner una lavadora —dijo tras acariciarle la cabeza.

Riona se quedó en medio del pasillo, viendo cómo su madre se dirigía a la cocina. Bajó la mirada hacia la fotografía que había ocultado tras ella y volvió a mirar a su madre. Tras un instante más de duda, siguió a Diane.

—¿Mamá...? —preguntó asomándose.

—Dime —respondió distraída mientras separaba la ropa de color.

—Necesito hacerte una pregunta.

Diane la miró sorprendida.

—Pues hazla, no sé por qué te andas con tantos rodeos. ¿Has hecho algo malo? —añadió enarcando una ceja, parecía divertida.

Rio inspiró hondo y alzó la fotografía para que la viera.

—¿Sabes quién es este niño? —preguntó.

En cuanto Diane se volvió, todo rastro de buen humor desapareció de su expresión. Dejó lo que estaba haciendo y caminó hasta ella. Despacio, le acarició la mejilla.

—Así que estabas ahí metida. Rio, ¿por qué entraste ahí?

—No sé —mintió—. Me acordé de él —dijo señalando al niño—, pero no de su nombre o de cómo era —añadió mientras jugueteaba con el collar.

—Normal, tenías solo nueve años cuando desapareció —dijo caminando hacia el salón.

—¿No había muerto? —inquirió siguiéndola y tomando asiento junto a ella sobre el sofá.

—Nunca encontraron el cuerpo y al final se le dio por muerto. Creí que lo habrías olvidado, eras muy pequeña y coincidió con la muerte de... tu padre.

—No me olvidé de él. Es decir, sabía que este collar me lo había regalado un amigo de Irlanda y que había muerto. Pero no recordaba cómo era o su nombre.

—Me sorprende que aún sepas de dónde salió —dijo señalando el collar—. ¿Sabes que es un zafiro?

Rio abrió los ojos de par en par:

—¿Un zafiro?!

Diane asintió.

—Cuando te lo regaló, quise devolvérselo a su madre. Pensé que lo habría cogido sin permiso para dártelo, solía hacer cosas así. Pero resulta que su madre se lo había dado después de verlo buscar un regalo para ti durante días —rio—. ¡Una niña de nueve años con un zafiro! Pensé que lo perderías y estuve muy pendiente. Pero siempre lo cuidaste mucho...

—No suelo ponérmelo, pero he estado un poco agobiada últimamente.

—Me di cuenta —dijo acariciándole el pelo—. Estaba esperando que me dijeras por qué.

Riona se encogió de hombros:

—Bachillerato, los ensayos, elegir una carrera... Esas cosas.

Diane la miró perspicaz, y aunque sabía que no le estaba diciendo toda la verdad, prefirió dejarlo pasar. No era una madre controladora ni pretendía saber todo de su hija. Estaba soltera, trabajaba mañana y tarde, y su hija pronto cumpliría la mayoría de edad. No tenía tiempo para indagar. Solo podía crear un ambiente familiar y cuidarla mientras pudiera. Confiar en su hija y que Rio confiara en ella, era uno de sus objetivos más importantes. Diane había crecido en un ambiente estricto y frío, y eso era lo último que quería para su hija.

—Fui a visitar la tumba de papá —confesó al cabo de unos segundos—. A partir de ahí pensé en algunas cosas de Irlanda.

—Su madre fue asesinada el mismo día que Adriano —murmuró Diane señalando la fotografía—. Fue un mal momento... Quiero decir, no había un buen momento para nada de lo que ocurrió, pero si yo no hubiera estado... Bueno, ya sabes, tal vez podría haber hecho algo más.

Rio alzó la mirada hacia ella.

—¿Algo más? —preguntó.

—Participé en el grupo de búsqueda, pero no tanto como hubiera querido —dijo pesarosa—. También le di toda la información que pude a la policía, pero nunca encontraron a Ian.

Rio se quedó sin aire.

No podía ser cierto.

—¿Ian? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí, se llamaba Ian Dunn —contestó ajena a lo que su hija pensaba.

Si en ese momento no hubiera estado sentada, se habría tambaleado, tal vez hasta habría caído al suelo.

Diane se puso en pie y Rio la miró como por acto reflejo.

—¿Y el asesino? —preguntó. Sabía que la autopsia de su padre no había dado resultados. Desconocía si la madre de Ian había muerto en las mismas circunstancias, lo que sí sabía es que tanto Diane como ella estaban seguras de que alguien los había matado. Y después de lo vivido las últimas semanas, la joven lo estaba más que nunca.

—Nunca lo encontraron.

Con una mirada melancólica, dijo que tenía que poner la lavadora y desapareció por la puerta de la cocina.

Rio inspiró hondo varias veces tratando de tranquilizarse. Cuando hubo reunido fuerzas, se encerró en su habitación y pasó la tarde dormitando. Estaba demasiado cansada para permanecer despierta; pero lo que acababa de descubrir, le impedía sumirse en el sueño profundo que necesitaba.

La verdad era que no sabía qué pensar y no podía esperar a que Ian se dignara a aparecer para que confirmara lo que Diane le había dicho.

Necesitaba descartar todas las opciones. Necesitaba oírlo de él.

Cuando Diane se hubo acostado, Rio se levantó de la cama y se puso el abrigo más grueso que tenía. Después salió al balcón y no tuvo que esperar demasiado. Cuando quiso darse cuenta, el demonio ya estaba junto a ella.

—¿Has averiguado algo? —le preguntó sin apartar la vista de la calle. Desde su casa podía ver el ajetreo nocturno de una ciudad que no sabía que había demonios acechándola.

—No mucho —reconoció Ian mirando en la misma dirección—. Temo levantar sospechas si pregunto demasiado. Lo ideal sería recuperar mis recuerdos, pero no será tan fácil. Necesitaría encontrar al ulterio que los borró...

—¿Ulterio? —preguntó ella en un susurro.

—No es importante ahora. —Acompañó sus palabras con un ademán—. El caso es que no tengo nada que contarte.

—Pues yo sí.

Ian se volvió hacia ella de inmediato, con los ojos azules abiertos de par en par. Se acercó, pero mantuvo las manos en la barandilla: no quería asustarla más.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Qué?

—No sé si debería decírtelo...

—Eso no es justo, Riona —replicó molesto—. Yo prometí que te contaría todo lo que averiguara.

Ella soltó una carcajada airada.

—¿No es justo? ¿De verdad vas a hablarme de lo que es justo? —Ian fue a contestar, pero ella no se lo permitió—. Si te digo lo que sé y resulta que tú y yo no tenemos nada que ver, ¿qué será de mí? ¿Intentarás matarme de nuevo?

—No lo haré —contestó, pero hasta a Rio le sonó falsa su respuesta.

—No te creo —siseó con odio—. Todo dependerá de las órdenes que recibas. Incluso si resulta que tú y yo nos conocimos, si te ordenan matarme, lo harás.

—No. —Y esta vez la verdad era claramente perceptible en su voz—. Si lo que sospecho resulta ser cierto, entonces jamás volveré a hacerte daño, da igual lo que me ordenen, Riona.

Ella le sostuvo la mirada largos segundos, tratando de leer su expresión. Finalmente, apartó la vista y entró en su cuarto. Volvió con la fotografía que había encontrado. Con el corazón a punto de salirse del pecho, le dio la vuelta y se la mostró:

—¿Este niño eres tú?

Ian se inclinó hacia ella y entonces se quedó inmóvil como una estatua. Rio no se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que él hizo un movimiento brusco. Brincó asustada cuando el demonio se giró y dio un fuerte golpe contra la barandilla que vibró bajo su fuerza.

—¡Shh! Mi madre puede oírte —chistó Rio.

Miró hacia la rendija de su puerta esperando ver una luz encenderse en el pasillo, pero pasaron los minutos y nada ocurrió. Entonces se volvió hacia Ian que no se había movido.

—Oye... —Pero él no reaccionó. Tampoco podía verle la cara, solo su espalda en tensión y los puños fuertemente apretados alrededor de la barandilla—. ¿Eres él o no?

Al no obtener respuesta, estiró el brazo y tocó su espalda, pero la apartó rápidamente al sentirlo temblar.

Al fin, Ian se volvió hacia ella y lo que vio en su rostro le resultó indescriptible. ¿Era ira, miedo, desprecio, estupefacción...? ¿Todo al mismo tiempo?

El demonio se apartó de la barandilla y Rio observó que había dejado los dedos marcados en el metal, pero pronto se distrajo al ver que se acercaba a ella. Se detuvo cuando los separaba apenas un palmo de distancia, alzó las manos como si fuera a tocarla, pero las dejó caer de nuevo a los costados.

Ian inclinó la cabeza hacia su oído. Pudo sentir su respiración contra su piel cuando, en un susurro entrecortado, dijo:

—Soy... yo.

Riona abrió los ojos de par en par y se alejó para mirarlo a la cara. Los minutos transcurrieron e Ian no apartó la vista.

La mente de la joven era un torbellino, sin embargo logró sacar algo en claro de entre todas las ideas confusas e inconexas:

—Entonces elegiste olvidarme porque no era importante —susurró con dureza. Recordaba a la perfección lo que le había dicho tiempo atrás.

—Riona...

—Es lo que me dijiste: que tú escogiste olvidar todo aquello que no te servía. Yo no fui importante para ti y si te ordenan que acabes conmigo, lo harás —siseó alterada. Luchaba por no alzar la voz, por no ponerse a gritar.

Ian volvió a estirar la mano hacia ella y acarició el collar con los dedos.

—Que tengas esto es prueba de todo lo contrario —murmuró—. Esa fotografía es prueba de todo lo contrario —dijo señalando su mano que aún la sostenía.

—¿Cómo puedo fiarme de lo que dices?

—No deberías —respondió Ian de inmediato—. Esto es demasiado confuso y ahora mismo no puedo pensar con claridad —reconoció llevándose una mano a la cabeza—. Pero te haré una promesa. —Rio lo miró expectante—. No te haré daño, ni ahora ni nunca —dijo con fiereza—. Intentaré averiguar la verdad porque todo esto me resulta sospechoso —siseó dándole la espalda para marcharse.

—¿Sospechoso? —susurró y él se volvió de nuevo para mirarla.

—Sí. Fue el Tribunal de Abyssus el que ordenó tu muerte —le reveló—. Es una de las máximas autoridades entre los demonios —añadió al ver su confusión—. El caso es que a mi compañera le entregaron un sobre con tu fotografía y nombre para encontrarte. Es mi superior y debería haber ejecutado la tarea del Tribunal ella misma al tratarse de una orden directa. Sin embargo, me entregó el sobre a *mí* —se señaló sin poder ocultar su sorpresa—. De entre todos los demonios, a *mí* —soltó una carcajada que no contenía ni pizca de diversión—. ¿No crees que es demasiada casualidad?

—¿Quieres decir que ella sabía de tu relación conmigo? —susurró.

Ian asintió.

—Creo que ella lo sabía y quiso ponerme a prueba —dedujo.

—¿A prueba? ¿Y eso no te molesta?

—Ella me pone a prueba continuamente. Fue mi maestra y le gusta recordármelo —dijo encogiéndose de hombros—. No me molestaría si no fuera porque te metió a ti en medio. ¿Qué? —preguntó al oírla reír.

—¿Tú te estás oyendo? —exclamó Rio tras soltar una última carcajada—. Preocupándote por mí, como si fuéramos amigos de toda la vida cuando, hace una semana, me apuntabas con una pistola... Bueno, no solo me apuntaste, me disparaste —dijo señalándose la sien.

Ian la miró compungido.

—Si lo hubiera sabido...

—¡Pero no lo sabías! —exclamó—. Ese es mi punto. No tienes todos tus recuerdos, ya te lo dije hace unos días: ¿cómo puedes estar seguro de que no has matado ya a alguien que te importa? Ir por la vida amnésico es peligroso, te convierte en... —se detuvo.

—¿Qué? Puedes decírmelo.

—... una marioneta que ellos pueden manejar a su antojo —terminó temerosa de su reacción.

Pero Ian no hizo nada que pudiera asustarla. Vio la ira relampaguear un instante en sus ojos azules, pero, por lo demás, permaneció inmóvil.

—Hay pocas cosas que valore en mi vida más que el recuerdo de mi madre y mi deseo de vengar su muerte —le dijo muy serio—. No tuve una niñez particularmente alegre. —Rio fue a interrumpirle, pero él la detuvo alzando la mano—. No pretendo justificarme, solo que entiendas algunas cosas de mí. A lo que voy es a que en esa foto que me has enseñado, parezco bastante

feliz y, sin embargo, no lo recuerdo.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Lo que quiero decir es que puedo entender por qué decidí olvidarte. —Ella enarcó una ceja, a la espera de que respondiera—. Tenía once años, acababan de asesinar a mi madre e iba a unirme a las tropas de Abyssus para vengarla. Era un niño que seguramente hubiera preferido seguir siéndolo. Sé que hay cosas que olvidé porque me distraerían o me harían dudar, eso sí lo recuerdo, aunque no lo que decidí borrar. Supongo que tú fuiste una de esas cosas.

Un silencio más denso que los anteriores, se adueñó de aquella pequeña terraza, como si una burbuja los aislara del resto de Madrid.

—¿Sabes que mi madre te buscó? —Ian la miró sorprendido—. Tu madre y mi padre murieron el mismo día y tú desapareciste —le explicó apoyándose contra la barandilla—. Ella tenía la cabeza en otras cosas, como marcharnos de Irlanda, pero se unió al grupo de búsqueda y proporcionó información a las autoridades para que dieran contigo.

—No lo sabía...

—¿Cómo ibas a saberlo? Seguramente ya estarías en Abyssus —replicó, aunque no pudo sonar tan mordaz como pretendía. Lo quisiera o no, lo que el demonio le había dicho cambiaba su forma de verlo.

Ian no dijo nada y cuando Rio lo miró a la espera de que hiciera algo, vio que estaba acumulando su alma en la espalda para materializar sus alas.

—¿A dónde vas? —preguntó.

—Estoy cansado y tengo mucho en que pensar —se limitó a decir—. Te veré mañana, Riona... Si es que quieres.

Acto seguido, saltó y extendió sus alas para remontar el vuelo. Cuando lo perdió de vista, Rio entró en su habitación y se fue directa a la cama. Sin embargo, se quedó con la lamparita encendida. No creía poder conciliar el sueño, por lo que dedicó unos minutos a mirar la fotografía. Contempló el rostro sonriente del niño que había sido, así como el brazo que le pasaba sobre los hombros. A pesar de tener los mismos ojos azules, le costaba relacionarlo con el demonio que acababa de marcharse.

Meditó acerca de si podía confiar en él cómo le pedía, en si podría perdonarlo y verlo como una víctima más a pesar de que él mismo había asesinado a gente inocente.

No había llegado a ninguna conclusión cuando el sueño la venció.

¡Espero que hayáis disfrutado mucho de la lectura! Y es oficial: ya podéis shippear abiertamente a Ian y Riona. En lo que sigue, averiguaremos que los une exactamente ya que tienen un pasado común y estaban muy unidos. ¡El problema principal es que Ian no recuerda nada de ello por lo que hay mucho que descubrir!

~Agradecimientos~

Esta novela nació cuando yo tenía 13-14 años. La primera historia que escribí de este mundo se llama "la prueba de Eika" que podéis leer en mi perfil. A partir de ella, quise escribir sobre ángeles y demonios. Esta novela ha pasado por varias reescrituras y me alivia mucho que hayáis visto la mejor versión de ella y no lo que escribí con 15 años 😊

Agradezco más de lo que puedo expresar con palabras que me hayáis acompañado con esta historia. Estoy feliz de que disfrutarais con estos personajes que amo con todo mi corazón (excepto tal vez a Laura y Esriel).

Y adoro vuestros comentarios. Me hacen reír, emocionarme y, sobre todo, me empujan a escribir.

UN PEQUEÑO CUESTIONARIO

Quería pedirlos, de forma totalmente voluntaria, que contestéis a estas preguntas, me ayudaría muchísimo saber vuestra opinión. Si no os apetece, podéis pasar a leer el final de esta nota 😊

- 1) En una escala del 1-10, ¿cuánto has disfrutado este libro?
- 2) Si no es 10, ¿qué cambiarías para que lo fuera?
- 3) ¿Cuáles fueron tus partes favoritas?
- 4) ¿Hubo alguna parte que no te gustara o te aburriera?
- 5) ¿Qué personaje/es han sido tus favoritos?
- 6) ¿Crees que es una novela predecible? ¿Por qué?
- 7) ¿Te gustó tanto como para recomendar esta novela a un amigo?

¿Y AHORA QUÉ?

Mi objetivo siempre fue no dejar cabos sueltos en este primer libro y cerrar todas las tramas que se plantearon aunque aún hay mucho que contar sobre los ángeles y demonios primigenios, Gael y los ehlan. En este epílogo, doy algunas pistas de hacia donde apunta la secuela. Y de eso voy a hablar: de la secuela.

"Cadena de almas" está pensada como una bilogía, así que aún nos queda un libro más para terminar esta historia. Lamentablemente, no puedo dar una fecha exacta de cuándo comenzaré a publicar la segunda parte ya que quiero tenerla lo suficientemente avanzada para llevar un buen ritmo de publicación. La verdad es que estoy pasando por un bloqueo con la escritura y llevo mucho tiempo forzándome a escribir para no parar mis historias y esto ha hecho que se me acumule cada vez más el bloqueo y esté siendo un desastre. Prácticamente llevo un año forzándome a ello, pensando que en algún momento se va a arreglar y no ha sido el caso.

¡Pero no os desaniméis! Porque os aseguro que la segunda parte llegará. Mientras, haré historias cortas (como las que comenté en Instagram que narrarán cuando a Ian se lo llevan a Abyssus y la historia de Lucas y Proteo). Así que estad atentos a mi perfil y redes sociales donde anunciaré cada novedad que haya. También acepto sugerencias de cosas que queráis leer 😊

Mientras dura la espera, os invito a leer el resto de mis novelas. Aunque no son "Equilibrio" creo que os pueden gustar. Recomendando especialmente "los eternos malditos"

que además está terminada.

Una vez más, ¡muchas gracias por acompañarme en este nuevo viaje! Espero que hayáis disfrutado. ¡Nos vemos pronto!

Table of Contents

Titel	
¡PUBLICACIÓN!	
~Información importante~	
Prólogo	
Capítulo 1: el último día	
Capítulo 2: venator	
Capítulo 3: Abyssus	
Capítulo 4: alma (parte 1)	
Capítulo 4: alma (parte 2)	
Capítulo 5: algo que proteger (parte 1)	
~Teoría del alma I~	
Capítulo 5: algo que proteger (parte 2)	
Capítulo 6: el trato (parte 1)	
Capítulo 6: el trato (parte 2)	
Capítulo 6: el trato (parte 3)	
Capítulo 7: monstruos nacidos del odio (parte 1)	
Capítulo 7: monstruos nacidos del odio (parte 2)	
Capítulo 8: zafiro roto (parte 1)	
Capítulo 8: zafiro roto (parte 2)	
~Agradecimientos~	